



@ Blanco Móvil, Eduardo Mosches.

México 2025.

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

Descarga éste y más de 295 libros en formato PDF  
gratis desde: [www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)

**40 años de narrativa internacional  
en Blanco Móvil 1985-2025**

**Selección Eduardo Mosches**



## Los primeros pasos

*Eduardo Mosches*

Hagamos un salto hacia atrás, tomemos de la nariz el tiempo transcurrido y recordemos, oh la memoria, ese instante en que nació.

No fue un parto difícil. Fue convenientemente natural. No es mi intención hablar del instante en que fue concebida, porque se realizó en un acto bastante colectivo, no una orgía, pero fue un momento de suma libertad. Muchos participamos, casi no dudo de mi paternidad.

La primera cobija se la regaló Julio Cortázar. Era roja, quizá fue casualidad, pero así lo decidió para que tuviese tan buenos sueños como los de una Maga y ningún pulóver se pudiera meter en su vida con demasiada angustia, sino con esa sonrisa que pueden llegar a dar los conejitos blancos, y pasar de balcón en balcón por algún puente inestable. En fin, fue su primer padrino, pues más tarde tuvo muchos que la cuidaban y le daban regalos, aunque la mayor parte eran textos escritos, desde poemas hasta leyendas, para que fuesen conformando —en su interior— mundos de intensa creación. Se entrevistaron con ella, desde la sonriente Margo Glantz, con las narraciones de su propia memoria hasta la adustez casi guaraní de Roa Bastos, hombre de dura madera, de

un lirismo cargado de una gran estética moral, a la cual susurraba canciones de viejos dictadores envueltos en la sangre rojiza del Quebracho. Y también la meció ese español que le decía que había que coger la vida y estrujarla contra nuestro corazón, así le decía Camilo José Cela. Después llegando al quinto mes se nos movió muy feo la ciudad y pasó un gran susto, pero la gente la hamacaba y eran humanamente amorosos con ella y entre ellos, para comprender y reseñar tanta muerte que vivió nuestra Ciudad de México. Algún pañal de papel y letras le fue entregado por Elena Poniatowska con su sonrisa amplia y su espíritu de crítica y ojo avizor; Mónica Mansour le contó algunos cuentos del amigo que escribió sobre los vivos y los muertos de Comala, le sacó una sonrisa triste, pero sonrisa al fin. Le llegaron algunas noticias de un gran campeonato de fútbol mientras Borges le hablaba al oído y Samperio le contaba de Lenin y también se habló de su primera casa, muy llena de libros con un nombre de independentista hindú, pues se crío entre libros y entre conocidos lectores, que beben café a tragos largos mientras las noticias de las dictaduras por el cono sur llenaban de rabia la espuma cargada de los capuchinos. Y cumplió su primer año con el regalo de Felisberto Hernández que le enseñó cómo las mesas hablan, y las sillas son fuertes en presencia y no sólo sirven para sentarse sino también para amarlas. En una de ellas jugó un largo rato. Cuando estuvo a punto de cumplir el año y medio, con el cuerpo crecido, se tuvo que comprar ropa nueva.

Y no pocos narradores le contaron qué había pasado en la ciudad el 2 de octubre, muchos contaron sobre esos momentos en que mataron adolescentes y quisieron

matar la libertad. Le hablaron al oído de ese día triste. Y llegaron los italianos no sólo con el aroma a salsa y espaguetis sino con esos cuentos que habían salido de las luces de la fogata de Calvino. Sanguinetti, Sciascia y el Eco de alguna rosa con su nombre y un Moravia envuelto en tinieblas y amores. Y siguieron llegando algunos visitantes de Argentina: eran, otra vez, el vidente Borges y Sábato, el patriarca profético. El Río de la Plata olía a asesinados en esos años de 1987.

Y pasaron los meses y siguió creciendo y muchos amigos entraron por las ventanas para conocer a la niña. Y me dice hoy que recuerda a la rebelde narradora María Luisa Puga, Christopher Domínguez, Noé Jitrik, la fina presencia de Aline Pettersson, la agudeza de un intenso itinerario de palabras y familia de Silvia Molina, que le hicieron nacer nuevas sonrisas. Y los meses iban pasando y muchos le siguieron contando aventuras y dolores, risas y sonrisas, las letras formaban arcoíris y algunas tinieblas incrustadas en las oraciones con todo y predicado. Ya había cumplido tres años y conoció a Beatriz Escalante y a Óscar de la Borbolla, ironía y seriedad, un poco de terror le contaron por las noches, pero también se divirtió cuando en pleno octubre de 1988 le crecieron las piernas y por eso le alargaron el vestido con el color de madera, y los cuentos oliendo a plátano dulzón de una Honduras le hicieron mella porque eran cuentos nuevos y poco conocidos. A los tres años de crecida, Bukowski la sentó medio lascivamente en sus rodillas, porque siempre fue muy cachondo y quería que también ella sintiera cierto temblor entre los muslos. Muslos de tinta y leche.

Después tuvimos que cambiar de casa, dejamos atrás la casa de los libros, la librería y el café y nos fuimos a vivir un poco más libres, pero un poco más inseguros, y eso también forma parte de la libertad. Y cambiaste un poco la cara. Y fue la nueva época. El gateo había quedado atrás, ya caminabas con cierta seguridad y hasta cantabas y te entretenías con pintores, el primero que te hizo dibujos fue Macotella, pedazos de ciudad ilustrando la sonrisa de los que llamamos los contemporáneos. Y en esos tiempos ya estábamos en el 89. Tenías ya cuatro años y en los años siguientes te visitaron, pincel en mano, Noé Katz, José Luis Cuevas, Roger Von Guten, Magali Lara, Arturo Rivera y Alberto Castro Leñero, todos ellos te hicieron muñecos y barquitos con mucho afecto, el afecto de desear verte crecer. Se juntaron el color, la línea y la palabra. Todos comenzaban a formar voluntariamente parte del club de los amigos.

Y otros vinieron y te sacaron fotografías de perfil, de la ciudad, con bailarines, con el ambiente urbano. Hubo cuerpos desnudos para que aprendieses a no temer tu propia desnudez, sino a amar tu cuerpo y ahí estaban Graciela Iturbide; Rogelio Cuéllar con su ojo irreverente, el señor de los retratos; Pedro Valtierra y el incendio flamígero de los ciudadanos; Eunice Chao te llevó a pasear entre sus paisajes; pudiste acercarte al cuerpo femenino a través de los ojos de Lucero González, Lourdes Almeyda, Patricia Martín, la irreverencia quijotesca de Tovalín y de todos los demás fotógrafos que te enseñaron a mirar más allá de lo que se puede ver a simple vista.

Además, el que llegó para hablarnos de Guatemala y decía a través de ti que el arte es una espada flamíge-

ra, y no un cortapapel para hacernos una cultura libresco, inútil, estéril, sin comunión con los hombres. Aunque Cardoza y Aragón decía hombres para decir humanos, él tomaba muy en cuenta al género femenino.

Y ya llegamos al ritmo poético de la saudade brasileña, llego otro amigo a darle más color a tus facciones, a jugar con las pinturas y con aquello que le decimos el frente, Pablo Rulfo comenzó a visitarte con total frecuencia. Te hizo muchos guiños con sus ojos de pintor poeta.

Ya estabas creciendo cada vez más. Y siguieron pasando los años y te llevaron a hamacarte a los parques por algunas regiones del continente, comenzaste a viajar a través de los ojos que nos invitaban de otros países: pasaste por la tristeza subterránea de Bolivia y el doloroso canto de sus poetas y cuentistas, llegaron a la isla que fue de la utopía, esa Cuba que nos habló unos años para cambiar tanta pobre tristeza en otras cosas y algo más de arcoíris, pero se llenó muy rápido de gris.

Y comenzaron a llegar también las risas y palabras del otro lado del mar, del Medio Oriente y un poco de África, algo de Europa, en fin, se mezclaban los aromas escritos de Israel, Angola, España, Austria, Líbano, Puerto Rico, Venezuela, Colombia, Argentina. Y seguían llegando las cartas y los verbos, las oraciones hechas imaginación, la palabra creadora de acción, de vehículo de creación, era un intenso movimiento de migraciones de palabras, espejos y luces de variadas tonalidades. Y hay nuevas generaciones que te hacen visitas permanentes, ya no están sólo los que iniciaron.

Y escuchaste mucha música y canciones de tantos amigos que ya cantaron o leyeron, como Francesca Guillén, Nayeli Nesme, Nahuel, Juan Carlos Colombo, Omar López, mi hijo Gabriel y Valentina Garibay, entre otros.

Bueno, ya termino con tanto recuerdo y dejo paso al brindis de la continuidad, y ahora a festejar por este pedazo de historia, con el deseo de que sigas creciendo y alcances a vibrar con mejores y diferentes sonidos, de tanta metáfora hecha vida. Entre algunas arrugas y las letras, llegamos a estos 30 años con más amigos, entre escritoras y escritores, crecieron los lectores en edad y cantidad. Por otro lado, dolorosamente, el país empobreció, hay más miseria en las calles, los desaparecidos aumentaron: los 43 se sumaron a decenas de miles, hay presos políticos en las cárceles, nos mordemos la rabia y seguimos escribiendo y leyendo. Continuamos en esto de realizar historia literaria y cotidiana.

Bueno, mi *Blanco Móvil*, espero y quiero que sigas cambiando de colores y deseos en tus próximos cumpleaños. Y a ustedes lectores, los dejo con la selección de narrativa.

Se debe agradecer que esta publicación formará parte del acervo editorial de la Brigada Para Leer en Libertad, el cual es un programa de difusión y divulgación masiva de la literatura de ficción nacional e internacional y el ensayo social.

## La cigarra autista

*Linda Barrón*

La línea ondulante de hojas, granos y semillas avanzaba con lentitud bajo el sol ardiente. Las hormigas obreras, diminutos titanes del bosque, cargaban el estigma de su especie servil. Tres veces su propio peso soportaban sus cuerpos frágiles.

Los guardianes de curvas mandíbulas vigilaban la línea sin desmayo, atrás, adelante, animando la marcha del ejército acaparador, amenazando siempre con el ataque enemigo para aligerar el paso.

La fila sinuosa escalaba los troncos caídos del sendero, se perdía en las hondonadas, resurgía incontenible en las lomas, sorteando los escasos charcos estivales, camino a la fortaleza terrosa donde atesoraba su codicia.

Los exploradores aparecieron en el horizonte pequeño de una colina. Corrían apresurados, atolondrados, contorsionando su ágil cintura. Rozaban una a una las antenas de los negros soldados que recibían inquietos las alarmanes noticias.

Supieron que el escuadrón de exploradores, al cruzar un campo de frambuesas silvestres, fue interrumpido en su marcha por la singular armonía de un sonido que perforaba la canícula.

Docenas de exploradores sucumbieron al hechizo y olvidando su impostergable misión, se perdieron para siempre en la umbría del bosque.

Los exploradores aguerridos que resistieron el embrujo, haciendo acopio de sus instintos más antiguos, retomaron a la columna sin detenerse un momento para contar el ataque inesperado y prevenir el desastre.

Exploradores y guerreros observaron en los espejos redondos de sus ojos un mismo temor, el recuerdo ancestral de una tentación que durante treinta millones de años no había cesado de acosar la pervivencia organizada y laboriosa de los formícidos.

Guerreros y exploradores se comunicaron la estrategia con temblorosos roces de sus antenas. Tomaron posiciones a intervalos regulares junto a los flancos de la silenciosa legión, olfateando el aire, acelerando el ritmo.

Las pertinaces obreras, ajenas a intrigas y dictado de la guerra y de la historia, redoblaron mecánicamente el paso, sostenido en milagroso equilibrio contra el más leve viento, el botín de granos, semillas, hojas, larvas y ninfas que vorazmente habían arrasado.

Ya se adivinaban a lo lejos los oscuros frutos rojos del peligro. Los guerreros arreciaron el paso empujando a las obreras con la firmeza metálica de sus mandíbulas. Los exploradores agitaban con temor sus seis patas indefensas, únicos sabedores en toda la comitiva de la irresistible tentación que tendrían que vencer por el bien de su especie.

Una brisa cálida golpeó la frente humillada de las primeras obreras. Las ondas acariciadoras de una música desconocida estremecieron las articuladas antenas como

los estambres de una flor. Una ansiedad desconocida, un anhelo sin límites iba horadando el doble cuerpo ovalado de las hormigas que dejaban caer su enconada carga como un fruto podrido.

Las hormigas aventuraron unos pasos indecisos hacia el campo de frambuesas. El resto de la columna se agolpaba, imprecisa y desorientada. Todas ellas, una a una, fueron seducidas por la magia de aquella música prodigiosa.

Los guerreros de rígidas antenas, agitaban desesperados las hoces de sus mandíbulas, inútiles para enfrentar un enemigo transparente como el aire.

Un abandono de larvas estremecidas, de velas verdes plegadas, de granos amarillos, quedó olvidado en el trillo opaco del deber. Todas se precipitaron curiosas hacia el campo de frambuesas. El calor vertical del mediodía extraía los perfumes resinosos más intensos del bosque. A medida que avanzaban, la música las iba magnetizando con la atracción irresistible de la belleza.

Las hormigas obreras como las olas de un velo negro, se fueron adentrando en el bosque rumoroso. Allí observaron asombradas un pulular de amarillos seres acorazados que salían de la tierra y escalaban presurosos los troncos de los árboles. Maravilladas percibieron la ruptura de cientos de corazas amarillas de las que emergían triunfantes insectos fantasmales que ascendían a las ramas de los árboles.

Y allí arriba, gloriosamente multicolor, la primera cigarra adulta del verano, filtrando la luz solar con los vitrales de sus alas.

Las hormigas, agolpadas a los pies del frondoso árbol, escuchaban en inmóvil encantamiento los sonidos que crecían potentes y apasionados, vencedores de largos años de oscuridad y aislamiento, proclamando la alegría de vivir y el ardoroso deseo de amar.

La vieron descender de lo alto y detenerse en la base del tronco, muy cerca de ellas. Admiraron su cuerpo robusto y dorado, el plegarse de sus alas de abanico. Advirtieron que en lugar de corazón una oscura cavidad anhelante producía la melodía del bosque.

La intensa vibración de los sonidos inundaba el cuerpo de las hormigas, los cuerpos pequeños, negros, infecundos; los cuerpos sin alas y sin caricias que se dejaban hipnotizar sin remedio por la perversa belleza de aquella mirada asimétrica, por triple joya brillante de sus ojos frontales.

Con un leve vuelo, la cigarra se acercó a ellas y se abandonó a sus ansias antiguas, al indeciso y reiterado palpar de sus antenas, al roce de sus cuerpos sin sexo que se habían olvidado para siempre de sí mismos, al tercer día de nacer.

Expertas en apropiaciones, las hormigas se adueñaron también de aquella música que era ahora de todos, un latido de la tierra eufórico y tribal, un solo ritmo de instintiva libertad recuperada.

Sólo los amargos soldados y una pequeña cuadrilla de endurecidas obreras resistieron el embeleso. Las demás se pusieron a bailar. Sus cuerpos escindidos por estrechos desfiladeros de represión, desarticulaban, se rompían, para renacer armoniosamente unificados,

cuerpos de gusano acariciador, de diminuta serpiente azul, ondulante, reptante, inscribiendo en el apéndice de su larga memoria genética la recién descubierta alegría de vivir.

Inútiles resultaron los esfuerzos de los soldados por impedir aquella fuga irreal, por hacer retomar a las hormigas danzantes; inútiles los mensajes que les transmitían sobre las laboriosas hermanas que esperaban impacientes las provisiones, o las indefensas larvas que boqueaban moribundas por su alimento. Nada lograba enturbiar la luminosa excitación que se había desatado en sus cuerpos.

La rabia impotente de los soldados hizo resurgir en ellos la atávica crueldad de sus mandíbulas. Arremetieron desesperados contra sus propias hermanas que, sorprendidas en su placer, eran incapaces de cualquier defensa. La feroz boca masticadora de los soldados iba dejando una inerte alfombra de cadáveres negros, de miembros descuartizados, de espesos jugos vitales donde se debatían convulsos los últimos gestos de una infracción feliz.

Ensimismada y solitaria, la cigarra autista continuó su canto hasta que sintió las férreas hoces atenazando su cuerpo. Los eficientes soldados se disponían a adormecer a su presa para llevarla inmóvil al cuartel general. Planeaban lascivos su oculto deseo de esclavizar a la cigarra para el exclusivo placer de su casta. Tarde advirtieron las brillantes esferas de sus ojos el peligro que corría y nada pudieron hacer ante tanto odio las diminutas sierras de sus patas.

La cigarra recibió con dolorosa pasividad la rabia de las obreras que, al desgarrar sus alas antes de devorarla, recordaron la ceremonia castradora en la que año tras año participaban, cuando les tocaba arrancar las alas nupciales de la reina, la única hormiga del hormiguero que había conocido el amor.

## Historia antigua

*Rodrigo Fresán*

Hace años que el hombre se casó y hace años que el hombre es infeliz en su matrimonio. El hombre vive en Buenos Aires y pasa el tiempo, o intenta que el tiempo pase, pensando en el Imperio Azteca. El hombre está obsesionado por el Imperio Azteca desde que su maestra, hace tanto, tanto tiempo, le explicó todo sobre el tema. El hombre llega a la conclusión de que es más fácil salvar al Imperio Azteca que salvar su matrimonio, y entonces decide salvar al Imperio Azteca. El hombre se sienta en su sillón favorito frente a una ventana desde donde puede ver la jaula de los leones en el zoológico de enfrente, se queda dormido y se despierta en medio de una jungla, en la península de Yucatán. El hombre ha retrocedido en el tiempo y no tarda en encontrarse con un azteca que le señala el camino a Tenochtitlán después de caer de rodillas. El hombre descubre que habla azteca bastante bien y que su barba rubia lo hace parecido a Quetzalcóatl, el dios que los aztecas vienen esperando desde hace siglos. El hombre descubre que ha llegado a México diez años antes que Cortés. Entonces se le ocurre la manera de salvar al Imperio Azteca. El hombre se hace amigo de Moctezuma, le enseña español, le hace memorizar la genealogía real es-

pañola y le explica que, cuando llegue Cortés, diga que es católico y que se han abolido los sacrificios humanos públicos. Moctezuma se muestra de acuerdo. Cuando Cortés desemboca en las playas de México, el emperador de los aztecas le pregunta en perfecto español cómo anda la Reina y elogia la galanura de los caballos manchegos que el conquistador ha traído del otro lado del océano. Cortés se enfurece, quema sus naves y destruye el Imperio Azteca. El hombre comprende que no se puede cambiar el pasado, vuelve a su época, se divorcia y el resto es historia, historia antigua.

## **Ave Roc\***

(fragmento)

*Roberto Echevarren\*\**

Por esa época te cambió la cara. Ni mejor ni peor. Fue otra. Los ojos volcados hacia dentro se habían vuelto más claros, crispabas las comisuras y arrugabas los párpados. Insultaste y te insultaron. Pasabas horas cortando y pegando celuloide. Nada de eso servía para hacerte conocer ni te daba una carrera. No serías director de cine. Te volviste impaciente a medida que acumulabas experiencia. “Prepárate a ver la luz, a ver al envuelto por la luz”. “Nunca habrá otro como tú”. “Conozco tus tácticas y tu cabeza, el porte, el haz insoportable en el borde del podio”. Un desvirgado, las tripas al fuego de Venice Beach. “Estaré siempre contigo”. ¿Quién te llevará en andas, escaleras abajo? ¿Quién te transportará por qué calles? “Conocí a mi amor un domingo alunado”. Al principio no te reconocí. Pasaste imantado por un rumbo, descalzo entre el vapor, en shorts de flecos, descoloridos, más viejos que los de Tampa, o los mismos. Miraste la arena, un *waterbird* de pico rojo.

En tu coche de sueltas chapas oxidadas viajamos a San Diego y Tijuana. Tú decías a todo que sí en español. Venías como un animal del norte nutrido con carne, no

tortillas. Consideraban casi con benevolencia tus ojos oblicuos de cordero degollado cuando te emborrachas con mezcal. Anduvimos las noches de un bar a otro, igual que tiempo antes en Nueva Orleans. Fuimos a uno llamado 79. Una vieja de brazos como rollos profusos de gelatina, traje blanco de encaje y abanico de avestruz presidía en un sofá sobre el estrado. Un enjambre zumbaba a su alrededor.

Le tocaste la cola a un mariquita sin que la vieja se diera cuenta. “El Oeste es el fin, qué chinga”, espetaste frente al mariquita que miró enojado hasta que decidió interpretar tu intervención como un cumplido. De huesos largos y finos como las patas de un mamboretá, piel morena, pelo azabache coronado con un plumero frontal de color cobre, me recordó a un rocker asiático que vivía en Los Ángeles. Pero el rocker usaba pantalones de spandex y un chaleco de seda negra, un penacho endurecido en forma de melena de león. Abrió su cigarrera de metal dorado, te convidó. Ajustó la bufanda de seda en la garganta, encendió tu cigarrillo con un encendedor niquelado que sostuvo con dificultad entre las uñas fucsia. “Es mi muchacha, no una niña de hacienda. No podrías hacerle esto a una mujer”.

El mariquita te miró como queriendo sacar de mentira verdad. Sabía que eras un blanco del norte, tendrías lana. ¿Pero quién entendía tu melena de bucles, la camiseta rota de andaluz errante? Nadie es perfecto, concluyó el mariquita. Después de los pasodobles y corridos tocaron un solo de guitarra. Sugirió que tomaran un refresco en

la terraza. Compraste dos tequilas, reconsideraste, con tiempo, las sienes y pómulos bajo la piel tirante, los ojos impenetrables que tú penetrabas porque se reblandecían en cuanto dejabas de mirarlo. Se sentaron sobre sillas de hierro en un patio de terracota. Ahora, desde el portal, llegaba el ritmo de una rumba. Te contó que compraba las botas tejanas en San Diego, que su abuela tenía un piano laqueado sobre el que extendía un mantón de Manila, que sus amigas eran costureras pero él se consideraba a sí mismo diseñador de modas: había vendido tres camisetitas de playa a una boutique en la zona de Tijuana.

Pero tú, entre las cosquillas que las uñas del mariquita provocaban en tu palma izquierda, refugiado en el tequila y en tu asiento, inventaste que esta aparición no hablaba español, no brindaba unos datos que tú descartabas, hablaba en cambio una lengua de la que no conocías sino dos o tres términos. Uno era *soma*, trago que al ser digerido transformaba la membrana de las cosas en queso blando. El mariquita alimentaba tus propios pensamientos como una lluvia de oro el parasol de *soma* bajo cuya sombra te encontrabas. Sacudía la abundante colección de sus pulseras, que él, con una palabra común al español y al nocturno tagalog, llamaba sus *esclavas*. A un costado croaban los sapos. Viste el nacimiento del antebrazo satinado por el óleo jazmín, los dientes fluorescentes bajo la luz negra de los reflectores. Recordaste a un indonesio arrodillado y amarrado por el pelo que aparecía en los informativos sobre la guerra: le disparaban con una pistola contra el parietal, la sangre brotaba como un chorro de orina del otro lado de la cabeza. Se te contrajo el esfínter.

Matarlo era como hacerte su amigo. Metiste una mano entre la blusa de raso, descubriste una banda de puntilla que le ajustaba los pechos. Introdujiste un dedo bajo la banda, rozaste los pezones. Cada uno estaba atravesado por un aro de oro. Echó la cabeza atrás. Abrió la boca. Roncó. De los ojos se veía apenas una raya blanca.

Cuando llegaron al amueblado, las hojas de la persiana que hacían las veces de puerta giraron como en un bar de vaqueros. Extendida a lo largo del zaguán, en ropas menores, dormía una vieja, despertó, pidió los documentos. Le diste el carnet de estudiante de cine pero ni lo miró. Se puso chancletas, entró a un corredor, silbaba, desportillada: “Pase, ¿saben?” debajo de los bigotes. El mariquita hinchó el labio superior como si fuera el belfo de un conejo. Al entrar a la pieza, sacó una lata de talco de la cartera, se asperjó alrededor de la boca para suavizar cualquier traza de vello. Orinaste en una palangana. El chorro retumbó. De vez en cuando, desde los otros cuartos, llegaban quejidos, un chasquear. El mariquita te lamó el ombligo. Se concentró en la ingle. Metiste la mano entre los pantalones de brilladera. Descubriste. Emergió un juguete, el pescuezo fino y duro de un cisne de peluche rematado por una corona de diamantes. El pulmón del cisne envolvía las partes. Se puso talco en la raya de la cola. Se sentó encima de tu cara. Tu lengua resbalaba en las zonas que había hundido el elástico de la bombacha. Olía a sudor, más una sospecha acre. Te dijo que estaba limpio, es decir, preparado. Entonces le ordenaste que se parara sobre la cama, presionaste su coxis contra el pomo de un pestillo de metal del tamaño de un huevo de

cocodrilo que se le hundió en el recto. Otra vez, como en el bar, puso los ojos en blanco, torció la cabeza. Separaste el cisne que moldeaba los genitales, estaban, advertiste entonces, cubiertos de polvo de oro. El pene era del tamaño de una aguja de coser lona. Tuviste la compulsión de lamerlo hasta que el mariquita se alarmó. No sabía si te burlabas. Entonces le pediste que por favor te cogiera. Se alarmó todavía más. Exigió que primero lo hicieras gozar. Desfallecieron el uno en los brazos del otro, tú más que él. Le pediste que te introdujera los dedos por el esfínter. No quería porque tenía miedo de quebrarse las larguísimas uñas. Pero insististe. Lo rompió. Pasó el puño angosto hasta la muñeca frágil, las pulseras bailaron sobre tus nalgas. Le pediste que clavara las uñas en las mucosas, hasta que el desgarrón despertó tu disfrute más hondo. El experimento resultó para ti tan drástico como el de la cámara del vacío para Pascal. Dentro de las tripas se te abrió una cúpula espinosa, un botón de peyote.

\* Capítulo XI de la novela inédita del mismo nombre, que publicará próximamente El Equilibrista.

\*\* Roberto Echevarren nació en Montevideo en 1944. Poeta, ensayista y novelista. Entre sus varios libros se destacan *La planicie mojada* (1981), *Animalaccio* (1986), *Aura amarra* (1989). Dice Arturo Carrera que la poesía de Echevarren “también bordea un misterio, la pérdida de cualquier felicidad anterior”.



## Del peligro de alquilar el culo en estos días

*Juan Hernández Luna*

Lo que más le dolía era el culo. Como si los hijos de puta le hubiesen metido una marra de acero y olvidado sacarla.

Aquél no había sido su día, de eso estaba segura. Podía jurarlo por Santa Águeda y por San Bonifacio, sus santos preferidos. Primero, habían sido las medias corridas con el lazo del tendero, luego al ir a cagar, descubrió a Zoila espiándola desde la letrina contigua. Odiaba a Zoila, no podía entender cómo a sus doce años, todos los hombres del barrio le fueran conocidos. Y no bastante con ellos, había comenzado a buscar el favor de las mujeres con sorpresa de que no pocas aceptaban acostarse con esa chiquilla que hacía valer su condición de huérfana, quedándose a dormir en el portón de la vecindad y haciendo de la letrina su centro de actividades, tanto para sus escarceos como para espiar a quien usara el retrete de junto.

Aquella tarde salió de la vecindad con las medias rotas y sintiendo el culo embarrado de las miradas de Zoila. Se había retrasado. Cuando llegó a la fonda de doña Esther, ésta le dijo que el *Jirafa* la había ido a buscar y se había marchado encabronado luego de esperarla.

El *Jirafa* dejó dicho que esta tarde y toda la noche quería verla caminar por la 16 Oriente y 11 Norte. Mierda.

La peor zona. Ningún cliente. Se podía morir de hastío y nadie le preguntaría el precio de sus piernas abiertas. Y la culpa la tenía el *Jirafa* por pendejo, por dejarse ganar la calle. La portezuela se escondía por más que la buscaba en la oscuridad. Sintió un jalón en los cabellos y cómo su cara se estrelló contra el cristal, luego vino el golpe, la sangre, el diente roto, la verga sucia y fea del tipo que le aventó fuera del auto sobre el pavimento.

¡Putas gonorreas! Recordaba a su padre lavando su cosa en un lavamanos antes de irse a dormir, su madre sollozando al recibirlo; ella, con los ojos cerrados, tratando de imaginar un día sin nubes, mientras los gemidos de su padre subían y subían hasta convertirse en un feroz barrido que despertaba a los más pequeños. Su madre se levantaba apurada a callarlos y aprovechaba para llorar a solas.

¿Qué sería de su familia? Llevaba años sin tener noticias de ellos, desde que su hermano la encontró recargada frente a la Papelera Armenta con su bolsa de naylon donde guardaba el rollo de papel higiénico. Apenas tuvo tiempo de reconocerlo. De pronto su hermano estaba tirándole patadas. Salió corriendo. Su hermano quedó ahí, llorando —le dijeron sus amigas— al encontrar a su hermana haciendo de puta en una esquina.

¿Qué le contaría a su madre? Que no era cierto que trabajaba en una mueblería, que la hija mayor, la que una ocasión envió una rosca de reyes con un ropero de tres lunas, alquilaba las nalgas en pleno Centro Histórico de la ciudad de Puebla. Ése no había sido su día, como tampoco lo había sido horas antes cuando se le jodieron las medias

y Zoila le espío el culo. La mala racha continuó cuando un auto se estacionó frente a ella con un par de tipos adentro.

Uno de ellos usaba lentes oscuros y manejaba el auto, el otro vestía una playera tan ajustada que los músculos de sus brazos parecían trozos de carne muerta. Tenía unos bíceps enormes que pudo ver mejor cuando éste le pidió la tarifa por coger con los dos. Tú, nomás di cuánto, dijo.

Parecían levantadores de pesas y pensó en lo afortunado que resultaba tener trabajo a pesar de competir con alguien como Irma y Sonia. Cuando dijo su precio, el par de musculosos nomás se rieron. ¿Se les habría hecho barato? Tal vez hubiera podido exagerar un poco. ¡Qué diablos! Subió al auto, bajaron por la misma 16 Oriente y se fueron por la 9 Norte. Pensaba que tal vez la llevarían a algún motel de las afueras, por la salida a México. De pronto, notó que el auto iba rumbo al estadio Cuauhtémoc. Cuando salieron de la ciudad, el que usaba lentes metió el auto por un camino de terracería y ahí comenzaron a fajarla.

Eran torpes. Sus manos no sabían de caricias. Cuando supo la razón pensó en lo imbécil que a veces resulta la carne. Aquellos cabrones, con músculos y todo, se trenzaron en un faje que a ella se le antojó de expertos. Se trataban bien entre sí. Fue cuando el de la playera ajustada le ordenó a ella que se empinara. De buena gana hubiera salido del auto para dejar al par de putos con su calentura, pero carajo, la curiosidad por ver en qué terminaban aquellos fue más fuerte, así que prefirió atender el consejo de dar al cliente lo que pida. Se subió al asiento trasero, levantó su falda, bajó las medias rotas y ofreció el culo.

Lo dicho, aquellos cabrones no sabían de caricias, mucho menos de mujeres, porque el buey de la playerita ni siquiera le atinaba, andaba buscando entrar por el chiquito. ¡Estúpido! Decidió que debía mostrarle el camino... Ahí comenzó todo. El musculoso no estaba equivocado. ¡En verdad quería darle por lo más pequeño!

Ni madres, pensó mientras intentaba zafarse. Y no porque le disgustara que le embarra el palo, sino porque estaba incómoda y sabía que aquel imbécil la lastimaría. Y si quería juntar el dinero para sus dientes no podía arriesgarse a descansar por tener el culo lastimado. Para su desgracia el tipo de lentes la sujetó. Fue así como el de la playerita entró y salió y entró y dio paso al otro que hizo lo mismo y vuelta a repetir mientras se carcajaban y se daban besitos.

El dolor producido por las embestidas la hizo desmayar.

Cuando despertó sintió entre sus piernas el hilo de sangre que corría pastosa y tibia. Sentía frío. Su falda estaba destrozada, manchada de sangre, le faltaba un zapato y sus medias eran ridículos jirones llenos de lodo.

No podía quedarse ahí, pronto amanecería y el frío de la madrugada sería brutal. ¿Pero dónde estaba? A lo lejos sólo se miraba un caserío. Ya tendría forma de saberlo, primero había que ponerse de pie.

Cuando intentó hacerlo, un zumbido de sal y navajas entró por sus piernas. Jamás el alma le había dolido tanto como esa vez el cuerpo. Sus piernas eran de agua, se volvían cartón humedecido con sangre. De un momento a otro se diluirían con el frío y quedaría condenada a

arrastrarse por el resto de sus desgracias, sin poder alcanzar las luces del caserío que lejos titilaban.

No pudo continuar. Junto a una magueyera buscó lugar en un montón de tierra donde protegerse del viento y la escarcha. El improvisado refugio le permitió soltar un respiro de alivio. Aprovechó para seguir revisando la derrota y supo que aquellos tipos no se habían conformado con lastimarle el trasero. Sus brazos mostraban saetas de sangre coagulada, culebras de rojo que subían también por su cuerpo. Resultaba cómico, no sabía si llorar o agradecer el saberse aún con vida.

La hilera de magueyes se recortaba contra la noche. La zanja que corría paralela parecía usada como basurreo. Por todas partes se miraban desperdicios; latas, pañales desechables, polietileno. La basura ofrecía un espectáculo multicolor y hasta sorprendente. En el fondo, miró lo que creyó era un simple zapato, pero cuando notó que éste iba acompañado de un pantalón y éste a su vez de una pierna humana supo que algo fallaba en la lógica de los desperdicios, que aquel cuerpo no pertenecía a esa zanja ni a la basura que en vano había intentado devorarlo.

Es casi un niño, pensó cuando por fin pudo bajar y remover la inmundicia. Miró el rostro amoratado, la sangre seca que había estado escurriendo por su boca, las manos atadas a la espalda y el ojo izquierdo casi desprendido.

¿De dónde llegaba esa claridad que permitía observar con tanto detalle? Alzó la vista. Las nubes daban paso a un astro brillante que le permitía seguir mirando atónita el cuerpo del joven ensangrentado y muerto. ¡Putá madre! Comprendió que a pesar de sus deseos ya no podría

irse y dejarlo, mucho menos al notar que el muy cabrón cadáver sonreía.

Al menos no había sido la única a quien las cosas le habían ido de la chingada. Ya eran dos con media madre de fuera, sólo que ella no había muerto, mucho menos podía sonreír como el muertito ése que vestía camisa floreada.

## **La muerte pendular de Raimundo Manzanero**

*Leonardo Padura Fuentes*

### **Noticia**

El pasado domingo 21 de octubre, a las 4 y 23 de la tarde, Raimundo Manzanero, de 46 años, casado, subdirector económico en funciones de la Dirección Nacional del CAN (Combinado Avícola Nacional), y vecino de la calle Josefina 146 en el reparto Sevillano, en esta capital, se ahorcó en su vivienda, sin explicar verbalmente o por escrito la causa de este lamentable acontecimiento. Según los peritos, los preparativos del ahorcamiento fueron hechos con todo cuidado, como si Raimundo Manzanero tuviera experiencia previa en tales actividades suicidas. La sogá, atada de una viga del techo —que había quedado descubierta al explotar la capa de cal y cemento que cubría— alcanzaba la altura necesaria para que el lazo llegara justo al cuello de un hombre de cinco pies y seis pulgadas parado sobre una silla (tamaño estándar: 42 cm), y el nudo corredizo había sido previamente tratado con grasa para facilitar su mejor rodamiento. Mientras, los forenses que realizaron la autopsia, al rendir el informe de la defunción, especificaron que la muerte se había producido por asfixia y no por desnucamiento, pues el occiso con-

servaba perfectamente intactas todas las vértebras de la región cervical y significaron, en cambio, que el estómago del difunto presentaba las granulaciones y marcas características de una úlcera incipiente aunque tal vez en estado ya doloroso. Los investigadores policiacos, por su parte, admitieron en el informe del caso la muerte por suicidio, aunque especificaron que aún no habían hallado la escalera necesaria para atar la soga de una viga de un techo de 4.2 m de altura y que les resultaba especialmente sospechoso la ausencia de una carta en el escenario de los hechos, pues las estadísticas indican que más del 99% de los suicidados por ahorcamiento explican por escrito la causa de su fatal decisión.

Aunque la noticia del suicidio del compañero Raimundo Manzanero no se publicó en ningún periódico nacional ni provincial—como tampoco se suelen publicar los suicidios que a un ritmo creciente se registran cada día en el país—, lo cierto es que con este atentado perfecto contra su vida, Raimundo Manzanero traicionó todos los credos posibles: el de su militancia política (era miembro del Partido desde 1978), el de su militancia religiosa en sus años de niñez (había sido monaguillo y monitor de catecismo en la iglesia de San Juan Bosco, en la barriada habanera de Santos Suárez, entre 1952 y 1957) y el de su responsabilidad familiar, pues era padre de cuatro hijos (en tres matrimonios), el menor de los cuales contaba apenas con tres años de edad.

Póstumamente Raimundo Manzanero fue analizado por su Núcleo del Partido debido a su actitud inconsecuente ante las dificultades y el cura párroco de la capilla

del Cementerio de Colón, en esta capital, se negó a officiar la misa de difuntos solicitada por la madre del occiso, en virtud también de su actitud incompatible con los mandamientos cristianos. Finalmente, su joven viuda, Eloísa Espinel, desconcertada aún con la irreversible decisión de quien fuera su esposo, comentó entre los dolientes y allegados que la rodeaban en el velorio que su difunto marido no merecía el perdón de Dios ni de los hombres y mucho menos el de ella, que le había entregado lo mejor de su juventud a aquel hombre “desconsiderado e inconsciente”, según sus propias palabras.

El sepelio se efectuó en lunes 24 de octubre, a las 3 y 35 de la tarde, con la escasez de flores que se afronta en estos momentos, y contó con la presencia de unos pocos familiares y amigos y sólo un compañero de trabajo, una joven secretaria extrañamente atribulada con el suceso. E.P.D.

### **Testimonios**

“Por Dios que no me lo puedo explicar. Claro que yo conocí a Mundito desde que era un niño. Su mamá lo inscribió en el catecismo cuando cumplió los seis años y siempre pensé que era un poco místico, tanta era su fe. A veces tenía sueños que parecían revelaciones, y estoy seguro que no los inventaba, por Dios que no. Por eso lo hicimos monaguillo y responsable de un grupo de catecismo. Siempre pareció una persona con gran amor a Dios y eso nunca obstó para que fuera el mejor segunda base que jamás tuviera el equipo de la iglesia, el único *team* capaz de ganarle a las estrellas *maristas* y de la escuela de Belén. Tam-

bién, por supuesto, era el capitán del equipo. Luego, las vicisitudes de la vida lo alejaron de su religión: el trabajo, las novias, las clases por las noches, pero de vez en cuando pasaba por la iglesia, me pedía la confesión y luego comulgaba, hasta que por el año 62 dejó de hacerlo. Por todas esas cosas es que entendí que años después profesara la doctrina comunista y hasta militara en el Partido: él era un convencido y necesitaba expresar su convencimiento. Es una lástima, porque lo recuerdo siempre como un joven vital e imaginativo, incluso hasta escribía versos y todo. Pero es lamentable que haya caído en uno de los pecados mortales más aborrecibles, pues sólo el Señor está facultado para decidir el destino final de los hombres: Él nos da la vida y únicamente Él puede quitárnosla cuando lo decida. De mí parece que se ha olvidado porque en enero cumpla 92 años”. (*Padre Serafín Arnaz, párroco —auxiliar— de la iglesia de San Juan Bosco*).

“La verdad, aquí hay algo que huele mal. Uno está metido veinte años en esto por gusto, y yo he visto cada cosa... Claro, ya el caso está cerrado, y a lo mejor es preferible dejarlo así y no revolver la peste. Pero lo de la escalera es rarísimo, por varias cosas: tenía que ser una escalera de tijeras, porque la viga está en el medio de la habitación y ésta no se podía recostar contra la pared, y no es fácil conseguir una escalera de tijeras de 3 metros. Y no sólo es que no haya aparecido la dichosa escalera, sino que nadie la ha visto: ni la viuda, ni el presidente del CDR\*, ni el carpintero que vive a media cuadra, en el 136, y que hace todos los trabajos de la zona. ¿Está raro o no está raro?

Pero no vamos a calentarnos la cabeza, ¿verdad? Y lo de la carta... ¡Primer ahorcado que veo sin carta! Siempre la hacen; porque parece que eso da valor para guindarse. Es, como dice el *manual*, 'típico'. Los que se dan candela (*las*, debo decir, porque la candela es cosa mujeres) nunca escriben nada, ni los que se tiran por un balcón, ni los que se ahogan en la playa. *Los* que se matan de un tiro o *las* que se empastillan, casi siempre dejan la carta, pero es que los ahorcados sí lo hacen, siempre-siempre. Que yo haya visto, primer ahorcado sin carta. Entonces, ¿no está rarísimo el caso?" (*Teniente Cristóbal Cárdenas. Unidad Territorial La Víbora, Ciudad Habana*).

"No, no, les juro que no: yo no tenía nada con él... Pero es que me dolió tanto. En la empresa había gente que decía que era un cuadrado, un dogmático, otros decían que era un oportunista y hasta los que decían que era, y perdón por la expresión, tremendo hijo de puta... Pero ninguna de esas gentes lo conoció de verdad. Era un hombre sensible al que le había pasado algo muy grande. Lo digo porque yo trabajé con él mucho tiempo y yo soy muy observadora, la verdad, es una virtud que tengo, ¿no? Había veces que él estaba en su oficina y se quedaba mirando así por la ventana que da a la calle, donde hay unos algarrobos viejísimos, y se le perdía la vista, como si estuviera viendo algo que nadie podía ver. Un día que estaba así se me ocurrió preguntarle qué le pasaba y, ¿saben lo que me dijo? Pues me dijo que estaba pensando en el verso de Martí que dice *estoy en el baile extraño*. Fíjense si me impresionó que más nunca se me ha olvidado. *Estoy en el*

*baile extraño, qué triste y terrible, ¿verdad?” (Aleida Alou, secretaria “A”, Subdirección Económica CAN).*

“Claro que no, claro que no lo entiendo. ¿Qué un compañero como el compañero Mundo, es decir, el compañero Raimundo, flaqueara así? No puedo entenderlo. Yo creo haberlo conocido bien, porque trabajamos juntos mucho tiempo y militamos juntos desde 1978, yo mismo fui el dúo que le hizo crecimiento, hasta eso, y no entiendo. ¿Qué debilidad podía tener un hombre como él, que se atrevió a enfrentar lo que fuera por difícil que fuera? El suicidio es inadmisibles, compañero i-nad-mi-si-ble. Además, un cuadro tan responsable y cumplidor... Nada, que no lo entiendo”. (*Joaquín Zanabria, Sec. Gral. Núcleo No. 1, PCC, CA*).

**Nota:** No se pudieron obtener los testimonios de Eloísa Espine, viuda de Manzanero, ni de Aldo Hernández, amigo de niñez del difunto. La viuda dijo que ya sabíamos su opinión sobre el caso (remitirse a declaraciones hechas durante el velorio) y Aldo Hernández se disculpó argumentando que mucha gente tenía la culpa de lo que había sucedido, aunque el principal culpable era el propio Manzanero, y que no se sentía en condiciones de juzgarlo.

## **Documentos**

Según consta en el Expediente Laboral de Raimundo Manzanero Ortiz (no. 44120300242, Dirección Nacional de Combinado Avícola Nacional), ingresó en esta dependencia en 1970, luego de cumplir satisfactoriamente su

labor al frente del campamento cañero La Esperanza—Ministerio de Comunicaciones—, durante la Zafra de los Diez Millones. Ubicado en la Dirección de Cuadros, ocupa su jefatura en 1976, en la que permanece hasta 1984, en que es promovido a subdirector económico de la empresa. No presenta sanciones laborales de ninguna índole. Tiene de modo permanente los méritos laborales: (c) trabajo voluntario, (d) participación en guardias y otras actividades del centro, (b) por disciplina y el cumplimiento de sus responsabilidades, y el (a) por haber sido elegido *trabajador destacado*. Además obtuvo en otras ocasiones méritos tales como: (g) superación educacional, (f) movilización permanente en la agricultura o la construcción, y (h) aporte extraordinario a su centro de trabajo en investigaciones, control de la calidad, o premios y reconocimientos especiales, etcétera.

En las evaluaciones periódicas de su Expediente de Cuadro, la dirección de la empresa siempre evaluó de *satisfactorio* y *muy destacado* su trabajo y se recomendó al Ministerio su promoción a niveles de dirección. En 1976 se le asignó un auto particular (Peugeot), además del que le correspondía de la plantilla del centro por su responsabilidad, y en 1982 le fue repuesto por uno nuevo (Lada 1200). En 1980 le fue entregada una casa en el Reparto Alamar. En 1984 le fue entregada otra casa, en el Reparto Sevillano, pues al divorciarse de su segunda esposa, madre de dos hijos, debió irse a vivir a casa de sus padres. En varias ocasiones viajó al extranjero (URSS, Bulgaria, RDA\*\*, Venezuela, Brasil y otros) en misiones de trabajo, que también desarrolló satisfactoriamente y en una

ocasión a Checoslovaquia en un viaje de estímulo e intercambio concedido por el Ministerio.

**Apunte hallado en una agenda de 1982 de Raimundo Manzanero.**

“Abril 22. Plan del día:

9 a. m. Despacho en la Dirección. Asunto: Truene de Alcántara por los 325 pollos que se perdieron en el matadero de Santiago de las Vegas.

11 a. m. Reunión con Mirta y Ernesto para la revisión de la plantilla.

1 p. m. Despacho en la Dirección. Revisión de los convenios de CAME.

4 p. m. Reunión de Departamento. Información del resultado del caso Alcántara, de la revisión de la plantilla, de los nuevos convenios CAME, evaluación de Aleida y Figueredo, opiniones sobre la petición de nuevo equipamiento para la oficina y Asuntos Generales.

Lindo día, como todos mis días. Cada vez más siento que estoy en un baile muy extraño, muy veloz, siempre circular, del que no puedo escapar. Sísifo y la piedra. Prometeo y las águilas. Afuera el cielo es azul, como sólo puede serlo en abril, y en los algarrobos hay esta mañana más gorriones que nunca. Sobrevivo. Sobrevivo”.

**Nota en la última página de *París era una fiesta*, de Ernest Hemingway (Editorial Arte y Literatura, Colección Huracán, Ciudad de la Habana, 1988, 184 pp.), hallado en el librero de Raimundo Manzanero.**

“Leer esto me ha producido dolor en el alma. En el medio del alma. Es devastadora e implacablemente desconsolador para un tipo como yo. Y él tiene razón; París no se acaba nunca, pero hay gentes para las que jamás empieza. Y gentes para las que empezó y se acabó inmediatamente. Hace falta valor para ser muy pobre y muy feliz. Voy a cumplir 46 años”.

### **Chismes callejeros y comentarios de pasillo**

Roberto Alcántara, administrador del matadero No. 1, amistad cubano-soviética, Santiago de las Vegas, CAN: “Siempre dije que era un hijo de puta y que iba a terminar así”.

Lidia Mendoza, secretaria de la dirección del CAN: “Últimamente siempre estaba como ido y el jefe le dijo: Mundo, ponte pa’ esto y no pa’ la cola del pan. Pobrecito”.

Enrique Corrales, carpintero, vecino de Josefina 136: “Seguro se dio cuenta de que la mujer le estaba pegando los tarros con el cartero. En casa de Mundo el cartero siempre llamaba dos veces”.

Magdalena Grau, primera esposa de Manzanero: “Yo me imaginaba que un día iba a hacer esto. No se puede vivir pensando que uno puede ser distinto. Y mi hijo Mundito va a ser igualito, por Dios”.

Consuelo Armenteros, empleada de limpieza Dirección de Cuadros del CAN: “Imagínate, la última vez que estuvimos hablando un rato me preguntó si yo iba a

limpiar pisos toda la vida. Y sabes que le dije —¡ay, qué horror!—, le dije que estaba aspirando a su puesto y que se cuidara”.

Roberto Ortiz, tío materno de Raimundo Manzanero: “¿Y de verdad tú crees que se mató él mismo? ¡Qué va!, yo voy a averiguar bien, porque Mundito no era hombre de eso”.

Sergio Figueredo, jefe de personal de la Dirección Nacional del CAN: “Coño, con lo bien que vivía el muy cabrón. Casa, carro, viajes, sus pollitos y pavitos de vez en cuando, una jevita joven... Qué clase de comemierda. Total, mientras hubiera cinco pollos en la isla, él se iba a comer uno. Allá él, ¿no?”

### **Otro documento**

Página manuscrita (papel bond 8 y medio por 11, membrete de la Dirección Nacional Combinado Avícola Nacional, CAN), hallada en una gaveta, entre diplomas, cartas de reconocimiento, bonos de trabajo voluntario, evaluaciones, etc., en la vivienda de Raimundo Manzanero.

“Hoy, en la playa, hablando con Aldo, sentí mucha lástima por él. Quisiera poder decírsele, pero sé que no me voy a atrever nunca, y por eso lo escribo, para decírmele por lo menos a mí mismo, que estoy en su mismo saco. Aldo dice que es feliz, y de verdad lo es, sólo porque está vivo, es saludable y puede ir un domingo a la playa con su mujer y los muchachos. ¿Ésa puede ser la utopía de la felicidad? Seguro que no, Aldo —como yo— apenas sobrevive. ¿Y cómo vamos a sobrevivir? Apenas somos un recipiente que contiene vida, pero esa vida se ha secado

porque no conservamos la razón del riesgo: nos conformamos, y así vamos sobreviviendo. Siempre pensé que sobrevivir es cosa de animales: comer, dormir, procrear. Vivir es otra cosa, más creativa y, justamente, viva. Pero no hay vitalidad ni creatividad en lo que hacemos y somos. Él no quiere a su mujer y se conforma con pegarla tarros; no resiste a Eloísa, pero le ríe las gracias; NO tantas cosas, pero las acepta. Y yo, ¿por fin qué quiero yo? Creo que apenas ser yo mismo, y no me atrevo. Me he pasado todos estos años traicionándome para tener lo que tengo, que no es lo que debería ni querría tener. Creo que un día...” (y se interrumpe el manuscrito).

### **Análisis subjetivo de un suicidio pendular y esbozo de una carta posible que nunca se escribió**

Nunca se sabrá, con la necesaria objetividad, qué pensaba Raimundo Manzanero la tarde del 21 de octubre, cuando —al menos oficialmente— decidió buscar una escalera de tijeras de por lo menos tres metros<sup>1</sup> para pasar, por el mínimo espacio que existía entre la viga de acero y la placa de hormigón, la cuerda engrasada de la que colgaría a partir de las 4 y 23. Tal vez Raimundo no pensó que aquella era una de las tardes más hermosas del año: había sol, el cielo estaba limpio y, sin embargo, una brisa decididamente otoñal refrescaba la ciudad y anunciaba una noche delicada y apacible. Quizás sí pensó que apenas con dos sacos de cemento —siempre se pueden resolver dos sacos de cemento— se podía arreglar ese desconchado en el altísimo puntal del techo de aquella casa —su casa— construida en 1930 por unos dueños desconocidos y desamo-

rados, que la abandonaron para siempre en 1961, cuando pusieron proa a Miami. A lo mejor hasta pensó que para muchos él era un hombre afortunado: tenía casa, carro —particular y estatal con asignación especial de gasolina—, viajaba al extranjero, vestía y comía bien —pollo ya nunca comía, había logrado hastiarlo— y a sus cuarenta y seis años disfrutaba una esposa de veinticinco, trigüeña bien formada y fiel hasta donde sus informes y certezas le permitían asegurar. Pensó, por supuesto que lo pensó, que colgarse por el cuello duele muchísimo y que los segundos que demora la muerte en llegar son, literalmente, agónicos, y que después, balanceándose todavía, el ahorcado saca la lengua —y no parece una burla—, se mea y hasta se caga. Y no lo pensó, porque no lo hubiera hecho, que en su caso y en su muerte era imprescindible y disciplinado dejar una carta, o al menos un memorándum, explicando el porqué de su decisión.

Si Raimundo Manzanero hubiera escrito su última carta tal vez se habría granjeado la indulgencia de algunos de sus detractores. O quizás no: simplemente ni la carta lo hubiera justificado. Pero si en definitiva se hubiese decidido por la imprescindible —tratándose de su caso— carta, es casi seguro que se la hubiese dirigido a sí mismo, pues no tenía nadie a quien culpar ni nadie a quien perdonar y mucho menos nadie a quien explicar el porqué de su determinación. Es difícil imaginar que hubiera escrito esa misiva a sí mismo, aunque tratándose de tan cercano destinatario, con pocas palabras habría bastado. Quizás sólo con una.

Pero, definitivamente y comprobadamente, tal carta nunca existió y sus pensamientos de esa tarde y el mo-

tivo de su decisión quedan en el campo de la más subjetiva y anfibológica especulación. De lo que no hay lugar a dudas es que Raimundo Manzanero, al tiempo que traicionaba todos los credos posibles al emprender aquel baile extraño y pendular, estaba tratando de reparar su más insoportable traición.

<sup>1</sup>Finalmente la presunta escalera empleada por Raimundo Manzanero fue hallada en la casa de su tío Roberto Ortiz —con lo cual quedaba demostrado policialmente su suicidio—, a seis cuadras del lugar de los hechos. Parece increíble que su tío no recordara en varios días que poseía ese tipo de escalera y más aún que nadie viera a Raimundo Manzanero transportar un objeto tan evidente —en pleno mediodía del domingo— desde la casa de su tío a la suya, pasando frente a dos bodegas, un bar clandestino, la esquina donde se reúnen los vendedores de flores y hasta una zona de los CDR y que luego la devolviera —otra vez sin ser visto— a su lugar de origen. Además, la soga engrasada que esperaba por el cuello del suicida debió estar colgada del techo más de quince minutos, mientras Eloísa Espinel y su pequeño hijo dormían la siesta dominical pues, como ella misma refirió durante las investigaciones, “no quiso ver la película de la Tanda del Domingo porque era sobre una niña que se queda ciega y ella ya tiene bastantes desgracias ajenas en la televisión”.

*La Habana, 1992.*

\* CDR: Comités de Defensa de la Revolución.

\*\* RDA: República Democrática Alemana.



# **Feliz año nuevo Botella de Klein Tuyo es el reino**

*Abilio Estévez\**

Y por cada palabra algo se añadió a la realidad. El mundo se conformó y ordenó como yo quería o deseaba. El Herido y yo paseamos por aquel invento con alegría que no tuvimos modo de contener. Sé, o creo saber, que llegamos a un lago. Debimos de habernos sentado en sus orillas (los lagos están para que nos sentemos en sus orillas). Con gesto cargado de intención, él ordenó: Inclínate, mírate en las aguas azules que, como están acabadas de crear y como todavía somos los únicos humanos, aún no están contaminadas. Allí, reflejado en las aguas, no me vi, lo vi a él, vi al Herido que Tingo y yo encontramos, aquella noche de finales de octubre, en la carpintería del difunto padre de Vido. Y la imagen de las aguas, titubeante y casi efímera, me permitió entender, en una iluminación, qué hacía con el cuaderno y, lo más importante, me permitió entender quién era yo. Maestro, dije, quiero contar la historia de mi infancia, la historia de aquella Isla en que nací, en Marianao, en las afueras de La Habana, junto al cuartel de Columbia, narrar la historia de aquellos que me acompañaron e hicieron desdichado o feliz, regresar a los meses finales de 1958 en que estábamos próximos,

sin saberlo, a un cambio tan definitivo en nuestras vidas, aquel ciclón que abriría puertas y ventanas y destruiría techos, y echaría abajo paredes, ignorábamos entonces el poder de la Historia en la existencia del hombre común, Maestro, ignorábamos que éramos las fichas en el tablero de un juego incomprensible, no pudimos percatarnos de que la huida del tirano con la familia hacia la República Dominicana, la entrada en La Habana de los Rebeldes victoriosos (que tomamos por enviados del Señor), transformarían tanto nuestras vidas como si hubiéramos muerto la noche del 31 de diciembre de 1958, para nacer el primero de enero de 1959 con nombres, cuerpos y almas completamente transfigurados (aunque esto, lo sé, no tendrá espacio en la novela: deberá ser narrado en otros libros). El Maestro, al parecer, no escuchó. Quedó sonriente, inmóvil. Los ojos adquirieron fulgor especial. Rejuveneció. De su cuerpo comenzó a emanar un resplandor intenso, que encegueció. Sólo entonces reaccionó. ¡Escribe, no pierdas el tiempo, escribe!, gritó mientras giraba, y noté, y ahora notarán ustedes, distinguidos y posibles lectores (por el seguro ademán que acompañó a la exclamación, el brillo de los ojos verdosos y la sonrisa tan segura como el ademán), que él (o ella) tenía justa conciencia del valor que debía imprimirle a la frase. Continuó girando y terminó por deshacerse en humo, en polvo brillante que subió a lo alto y se precipitó luego en forma de lluvia generosa sobre la tierra. Comprendí, comprendo: quedaba y queda un solo camino. Vuelvo a abrir, pues, el cuaderno. Escribo: “Se han contado y se cuentan tantas cosas sobre la isla que si uno se decide a creerlas termina por enloquecer...”

*“No es la victoria lo que yo quería, sino la lucha”*

Strindberg y se levantan, junto con matas de mango, de mamey y guanábanas, álamos, sauces, cipreses y hasta el espléndido sándalo rojo de Ceilán, crece una vegetación intrincada, helechos y flores, se ven estatuas el Discóbolo, la Diana, el Hermes, la Venus de Milo, el busto de Greta Garbo, el Laonte con sus hijos, el Apolo de Belvedere junto a la antipara de zaguán, la fuente en el centro muestra al niño que tiene la oca en los brazos, ahí están las casas, la gran verja que da a la calle de la Línea. El Más Acá separándose del Más Allá. Regreso a una noche de finales de octubre. Frente a mí, Mercedes con su soledad. Martha con sus sueños. Lucio y su confusión, el tío Rolo en la librería, la señorita Berta que nos daba clases soñando con Dios, Tingo llorando de ignorancia, Merengue limpiando el carro de los pasteles mientras pensaba en Chavito desaparecido. Casta Diva y Chacho, Helena, Vido, Melissa, la Condesa Descalza, el profesor Kingston, doña Juana que duerme... Puedo verlos: esperan. Están listos, lo sé, para cobrar vida y repetir, transformando, el breve aunque vigoroso intervalo de tiempo que irá desde una noche de finales de octubre (amenaza, lluvia, sienten la presencia desconocida en la Isla) hasta aquella fecha histórica del 31 de diciembre de 1958 en que tuvo lugar el incendio devastador. Se animan. A medida que escribo se animan. Viven los ojos, resuenan las voces. Se escuchan pasos, susurros. Se abren y cierran puertas, ventanas. Anochece. Amanece. Las ranas croan. Vuela un búho. La brisa mueve las copas de los árboles. Despierta el olor intenso de los pinos y las casuarinas. También la tierra huele de modo especial, como si viera. Es el reino, mi reino,

animado otra vez. La Isla de mi infancia de nuevo frente a mí. Y aquellos que la poblaron. Sus estados de ánimo, victorias y fracasos.

El destino de ellos dependerá de mí, de este cuaderno. Es hora de escribir: escribo. Por el momento, ocupo el lugar de Dios. Y como ahora el que crea soy yo, las cosas, por supuesto no serán, no han sido como alguna vez fueron. Rectifico. Escojo. Recompongo. Paseo por un cuarto, me asomé a la calle donde la vida resulta una alucinación. También yo soy una alucinación. No me engaño. No tengo valor material. Cuando salgo a la calle, nadie repara en mí. No existo. Luego, ¿quién soy cuando no estoy frente al papel que relumbra? Para sentir que vivo, regreso al papel. Bastarán las palabras. Aliadas, confabuladas, poderosas. ¿No es acaso justo y hasta necesario que en el principio haya sido el Verbo, que la complejidad del mundo haya comenzado por una simple palabra?

La Habana, 1996

\*Nació en La Habana en 1954, publicó: *La verdadera culpa de Juan Clemente Zenea* (1987), *La noche* (1994), *Manual de tentaciones* (1989), *Tuyo es el reino* (1997), *El horizonte y otros regresos* (1998).

## Espera, ponte así

(fragmento)

*Andreu Martin\**

Estoy sumergido en la bañera. Hundido. Acaba de suceder algo muy importante en mi vida. Pero no sé qué es. Estoy sumergido en la bañera, pensando en Laura y los niños, recreando algún recuerdo apacible de los juegos y rutina conyugal, la paz del hogar, las risas infantiles y entonces entra ella, desnuda y perversa, y se arrodilla junto a mí, y mete las manos en el agua jabonosa para jugar con esa porción de mi persona que hace unos instantes le ha procurado un viaje de ida y vuelta al Paraíso. No disimula su fascinación por el placer sexual, el regocijo que le causa provocar y notar su resurrección. Me acaricia con las yemas de sus dedos, como comprobando si está dormido, calibrando su consistencia, fingiendo que no tiene ningún interés en despabilarlo. Pero también lo acaricia, y más interesante, con su mirada impúdica, y con sus intenciones, que se pueden advertir solamente viendo cómo frunce los labios. Me fastidia, me fastidia muchísimo. La he dejado rendida sobre el lecho de los revolcones, los gritos y el forcejeo, la he dejado exhausta en el campo de batalla, lasa, aparentemente dormida, muerta, olvidada, y me irrita sobremanera que se haya despertado, y que venga a interrumpir mis reflexiones

acerca de la fidelidad y la infidelidad pasajeras. Me estaba limpiando el cuerpo y el alma de culpabilidades, liberado de toda lujuria, y no es el momento adecuado para mezclar sentimientos. Mi cuerpo, sin embargo, a pesar de mi rabia, o precisamente a causa de ella, está reaccionando. Lentamente. Ella contempla el fenómeno con curiosidad y ternura, con brillo triunfal en sus pupilas, como si intuyera mi rechazo y se supiera la más fuerte de los dos, como el encantador que consigue despertar a la peligrosa cobra y obligarla a bailar frente a los turistas fascinados. Contempla la emersión de mi virilidad como se mira un artefacto cuyo funcionamiento no conocemos bien pero que, por alguna razón oculta, responde correctamente a nuestras manipulaciones. Me domina. Se ha apoderado del extremo más frágil y desprevenido de mi personalidad y tira de él, y arrastra una larga ristra de sensaciones y sentimientos, encabezada por los más ignotos y que termina en aquellos sobre los que yo siempre había creído tener mayor control. Me enfurece que mi cuerpo vibre contra mi voluntad, que la boca se me llene de saliva densa y dulce, que la respiración se me altere. La recuerdo hace rato, en la cama, a horcajadas sobre mí, abriéndose la vulva con los dedos después de un par de infructuosas embestidas, la recuerdo haciendo una “o” admirativa con los labios, ojialegre, dando a entender que el asta que debía empalarla era excesivamente grande, y que le hacía ilusión verse ensartada por ella. Revivo sus (nuestros) estremecimientos iniciales, la húmeda languidez que nos invadía, la tensión de nuestros cuerpos. La veo vencida y encabritada, de espaldas a mí, echando la cabeza atrás,

arqueando atrás el cuerpo, poniendo al alcance de mis manos sus pechos llenos y enhiestos. Ella y yo camino del orgasmo. El galope, la impaciencia, la inconsciencia, la descarga simultánea. Recuerdo su grito. Y mi excitación, respuesta a sus manipulaciones, ya es más que manifiesta. Levanta ella la vista, buscándome los ojos. Para pedirme permiso, quizás, o para ver qué efecto me hace el dominio que ejerce sobre mí. Son de color de miel los suyos, y hablan un idioma que sólo puede comprender alguna parte muy irracional y remota de mí. Tengo la sensación de que me hablan de mi futuro desgraciado. La bruja. La brujita. La puta. ¿Por qué esta sensación de fracaso si todo ha ido bien? Ha gritado, se ha estremecido, se ha dejado caer sobre las sábanas, exhausta. ¿Qué me ha dicho que me ha afectado tanto? La agarro por los cabellos de la nuca, por sorpresa, y le doy un firme tirón. Cabrillean sus pupilas, se entreabren sus labios gruesos y prominentes. Su mano se ciñe con fuerza a la empuñadura y la empuñadura se endurece más todavía. —No te enamores de mí —me lo ordenó—. Ni se te ocurra. Tengo esposa. Y dos hijos. Tengo la vida montada, y bien montada, y no tengo ganas de que una putilla como tú me la estropee. ¿Entendido? Asiente. Entrecierra los ojos y la boca. Y asiente. Entendido. —Pues ahora, chupa.

\*Nació en Barcelona en 1949. Sus obras de novela negra han recibido numerosos premios nacionales e internacionales, de sus múltiples obras editadas mencionamos: *Prótesis*; *El hombre de la navaja*, *el señor Capone no ésta en casa*; *Por amor al arte*. Es autor de guiones de cine y televisión. Ha escrito obras de teatro y se ha

dedicado a la literatura infantil y juvenil. La última obra publicada, *Bellísimas personas*, ganó el Premio Ateneo de Sevilla. Recibió el premio La Sonrisa Vertical 2001.

## **Benita y Bonita\***

*Angelina Muñiz-Huberman\*\**

Debió ser por la vida sexual tan tranquila y ordenada que tuvo por lo que empezó a contarle a su hija todo tipo de perversión, anomalía, reversión e inversión.

No ejecutó actos imprevistos, súbitos o alterados. Siempre siguió las reglas. Siempre en orden. No hizo el amor bajo la mesa de la cocina, ni sobre el piso del elevador. Ni en equilibrio sobre una valla. Tampoco en la oscuridad del cine en la última fila. Mucho menos en el vestidor del almacén. No. No. Nada de eso. Ni siquiera a pleno sol o a plena luna: en medio de una visita; tras bambalinas o en el centro del escenario.

Entonces, ¿qué hazaña logró en su vida? Pues valerse de la perversión mental. Convirtió a su hija al mundo de la sexualidad obsesiva. Todo acto, todo gesto, toda palabra hacían referencia a ese único mundo. Enseñó a su hija algunas reglas. En primer lugar, que la vista se dirige a alguna de las partes pudendas de las personas, sin importar sexo, edad, parentesco, ideología, ni nacionalidad. En segundo lugar, al resto de las partes. En tercer lugar, hay que sacar una conclusión de la totalidad. En cuarto lugar, calificar. En quinto lugar, aceptar o rechazar. En sexto lugar, exaltar la mente. En séptimo lugar, reconocer

que la imaginación es en realidad. En octavo lugar, descubrir que todo es posible en la pasividad. En noveno lugar, situar los atributos del sexo en la razón. En décimo lugar, concluir que el sexo se aposenta en la cabeza.

Armada con tales preceptos, Benita, la hija de Bonita exploraba los cuerpos desde una cómoda objetividad y sin peligro alguno. Deploraba la pérdida de la capilaridad que había obligado al ser humano a cubrirse con pieles ajenas a la suya. Porque al cubrirse con pieles ajenas cometió el error de creer que su verdadera piel era defectuosa o semicruda y que, por lo tanto, no debería exhibirse. Si no debería exhibirse es que algo andaba mal. Y si algo andaba mal, todo andaba mal. Se le ocurrió que las partes generadoras, por el extraño poder —pudor— que tenían y por su fragilidad, deberían ocultarse más que cualquier otra parte. Protegerse del mal de ojo y de toda forma de hechicería. En cierto sentido, Benita había aprendido de Bonita a traspasar las pieles artificiales para llegar a las verdaderas. El menor pliegue de la ropa, abultamiento o vacío despertaba de inmediato la imagen de unas formas reales o irreales, porque claro está, Benita aún no conocía el desnudo y sus variantes. La vaga idea que tenía del cuerpo humano era por intermedio del suyo, un cuerpo infantil, no desarrollado, y por el de su madre que no vacilaba en exhibirse sin ropa ante ella. No había visto a un hombre desnudo y en las pinturas o en las estatuas siempre había un lienzo o una hoja incómoda que imposibilitaba el conocimiento. Así que el cuerpo era un misterio. Era un misterio que a ella, Benita, le parecía que podría desentrañar algún día. Si bien para su madre, Bonita, era

una obsesión. Por eso mismo fue para ella el tema natural por excelencia. Podía mencionar todas las partes del cuerpo sin sonrojarse y sin que le creara ninguna tensión lingüística ni trasposiciones retóricas, porque el pan era pan y el vino, vino. Su manera de hablar era precisa y espontánea: no ocultaba pensamientos ni sentimientos. Y esto se lo debía a su relación con el cuerpo que, al mismo tiempo que le era neutro, le era presente en todo momento.

Esta intimidad entre Benita y Bonita era un huerto cerrado que nadie traspasaba. Por algo, la lectura favorita que le hacía Bonita a Benita era el *Cantar de los cantares*. Donde lo erótico se funde con lo hermético y lo bello con lo doliente. Cuando se planteaba el problema de la virginidad, Bonita le explicaba a Benita que se puede seguir siendo virgen y gozar de todas las satisfacciones sexuales (por lo del huerto cerrado, huerto sellado). Que hasta se había dado el caso de embarazos sin rompimiento del himen: desde los divinos hasta los profanos. Ahí estaba la prima María de la Luz, virgen y casada aunque ni monja ni mártir.

Pero Benita se distraía a veces o tal vez no llegaba a entender lo que se le decía. O, a lo mejor, no le interesaba tanto la materia. ¿Quién ha dicho que hay que estar obsesionada por el mundo sexual aparte de su madre? (¡Freud!) Por eso, cuando se distraía le quedaban pequeños huecos que luego no sabía cómo rellenar y se daba a la libre invención. Después, en sueños, le surgían imágenes, relaciones, posturas que, al día siguiente, consultaba con Bonita. ¿Se puede hacer el amor con un perro pastor alemán? ¿Con un cojo? ¿Con un manco? ¿Con un cojo y

manco a la vez? ¿Con un enano? ¿Con un gigante? ¿Con un duende, con un gnomo o con un elfo?

Preguntas todas ellas que le eran contestadas religiosamente por Bonita. Con pelos y señales. Así que Benita se estaba convirtiendo en una auténtica enciclopedia del conocimiento sexual.

Cuando Benita y Bonita salían a la calle se dedicaban a un juego que habían inventado. Consistía en escoger hombres guapos a los cuales mirar insistentemente, pero nada más. Descubrir desde lejos a quien venía caminando en dirección contraria: clavar los ojos en él: apreciar los rasgos de su cara: luego ir bajando la mirada por su cuerpo hasta recorrerlo todo. Lo que habían aprendido de la técnica descriptiva del *Cantar de los cantares* lo aplicaban, sólo que al sexo masculino. Con esto se divertían y alargaban su paseo por las calles de la ciudad. Se conocían los lugares por los hombres que habían visto y solían regresar para encontrarlos de nuevo. Hacían esto mismo si viajaban en un autobús o en un tranvía. El juego progresaba mientras más rasgos y formas bellas habían descubierto. Si algo se le escaba a Benita, Bonita se lo señalaba, y a la inversa también. Así iban conformando una de las más perfectas artes de amar, de cortejar, de seducir. Claro que a larga distancia: por lo menos de dos metros.

En sus paseos callejeros solía ocurrir que ellas fueran el objeto de observación y que palabras pertenecientes al lenguaje amoroso, desde el vulgar hasta el refinado, les fueran dirigidas. Ahí se establecía una fuerte discusión sobre hacia quién habían sido dirigidas. Benita y Bonita eran implacables y cada una se atribuía los re-

quiebros escuchados. Sobre todo se detenían en uno, en el colmo de la elaboración, que cada una quería celosamente para sí. “Ay, si tú quisieras, yo contigo construiría mi jardín particular”. De inmediato se lo imaginaron: sí, claro, estarían desnudas en ese jardín particular que sería de altos muros, de espesa vegetación y flores olorosas, ah, y una fuente en el centro, y pájaros en los árboles. Benita desplazaba a Bonita y Bonita a Benita. Que me lo dijo a mí. Que no, a mí.

De este modo empezaron la rivalidad y las peleas entre madre e hija. Cuál de los dos sería mejor amante. Cuál de las dos era más bella. Cuál tenía el cuerpo más perfecto. Benita estaba en desventaja pues a los ocho años aún no podía adivinarse cómo iba a evolucionar. Pero sabía defenderse al predecir para sí maravillas y prodigios que, claro, por ser futuras, no podían comprobarse. Esto preocupaba a Bonita, pues su hija podría convertirse en un peligro para ella. ¿Y si la sobrepasaba? ¿Y si sus enseñanzas se quedaban cortas ante quien tan precozmente había empezado a conocer el arte teórico de amar? Debía infiltrarle una mayor obsesión, pues observaba que Benita no estaba afectada y que lo había tomado a juego. No, no, la cosa era seria. Así que redoblaba esfuerzos y le compró, para mayor abundamiento, el *Kama Sutra*, para que se ilustrara con las páginas y páginas de fotografías eróticas y aprendiera, de manera visual, las posibles formas, combinaciones, lucubraciones, fantasías, invenciones del ser humano que no se conforma con ser animal. ¿Una sola posición? No, qué va: todas las variantes habidas y por haber.

Pero Benita no se inmutaba ni sentía pánico. Pertenecía a la generación liberada. Era Bonita quien había contribuido a esa liberación. Es más, lo que había logrado era la perfección: eliminar el sentimiento de culpa. El sexo es para divertirse, le decía Benita. Entonces, ¿por qué se molestaba de la tranquilidad de Benita? Pues porque le costaba trabajo conformarse con una sola cosa: o lo bueno o lo malo. Ahora, Bonita sentía envidia de que su hija no sufriera lo que ella había sufrido. Pues, en el fondo, Bonita se juzgaba severamente, como alguien ejecutando un acto clandestino.

Entonces, empezó a ocurrir un fenómeno a lo bumerán. Se le revirtieron sus enseñanzas. Decidió dar un paso en la instrucción de su hija. Se dijo: le voy a hablar del homosexualismo. Comenzó con el homosexualismo masculino, pues así alejaba un poco el tema al que quería llegar en realidad. Benita se extrañó algo al principio, pero, enseguida encontró un símil: Ah, ¿cómo los perros de la calle? Con lo cual derrotó a Bonita.

Que su hija fuera alumna tan brillante ya no le estaba haciendo gracia a Bonita. El bumerán casi estaba tocando base.

Bonita pensó que podía dar el paso siguiente al cual Benita le estaba orillando. Déjame que te diga que también hay homosexualismo entre mujeres. Con lo cual Benita soltó la carcajada pues no podía explicarse cómo sería eso. Bonita recuperó la confianza perdida y se sintió con ventaja y alevosía de nuevo. Otro día te lo diré. Para mantenerla con curiosidad.

Luego que Benita aprendió los detalles del amor femenino se quedó cavilando un buen rato. Después de

todas las cosas que ya sabía, otras más no le causaban sorpresa. Era cuestión de gustos. Lo que sí le estaba empezando a surgir era una duda: ante tan amplio panorama, ¿qué habría de escoger ella cuando fuera grande? Bueno, esto le parecía todavía muy lejano, aparte de que se encontraba por encima del bien y del mal. En la escuela algunas niñas empezaban a tocar el tema de marras, pero eran ignorantes y decidió no aclararles nada. Su cátedra era intransferible. Su conocimiento, para iniciados. Su lenguaje, demasiado especializado. ¿Quién habría de entenderla si salía con palabras como *coitus interruptus*, *fellatio*, *cunilingus* y otros latinajos? Tenía un compañero que era monaguillo pero seguramente la terminología teológica era diferente. Mejor no intentarlo. Imposible hablar con niños de su edad.

El mundo cognoscitivo de Benita se reducía al de Bonita. El aprendizaje avanzaba. Ahora Benita comprendía muchas alusiones de los cuentos de hadas (como eso de retirarse a una apartada cámara) y ciertos cortes en las películas que veía cuando la pareja iba a besarse. Todo le parecía demasiado ingenuo y llegaba a pensar que solamente ella —y Bonita— comprendía y podría interpretar el mundo en su entorno. Gran alianza de poderosas fuerzas.

Por su lado, Bonita estaba feliz de su obra, cuyo propósito era resaltar la teoría sobre la práctica. Pulir y repulir las exquisiteces del orgasmo mental, anular la tediosa materia sensual y exaltar el cerebro como auténtico órgano sexual: corregir un grave error de la naturaleza.

Benita estaba a punto de tomar la decisión definitiva de su vida. Lo pensó mucho y hasta en sueños lo madu-

raba. Finalmente lo supo. Esa noche se metió en la cama de Bonita y le dijo: “Quiero hacer el amor contigo, ¿eso es lo que tú querías, verdad mamá?”

De repente el bumerán rebotó en el cuerpo de Bonita: su obra había sido completada.

\*Fragmento de *Las Confidencias*, Tusquets, México, 1997.

\*\*Narradora, poeta y ensayista. Introdujo la novela neo histórica en la literatura mexicana. Ha recibido los premios Villaurrutia, Fuentes Mares, Sor Juana Inés de la Cruz. Entre sus libros publicados se cuentan: *La lengua florida*, *Dulcinea encantada*, *El mercader de Tudela*. Su novela más reciente se titula *Areísa en los conciertos*.

## Con los niños no se juega

*Joëlle Wintrebert*

*Traducción de Una Pérez Ruiz*

En la calle, las casas parecen porteros en cuclillas. Sus rostros están surcados de cicatrices y sus bocas desdentadas exhalan suspiros.

Agazapadas en posturas obscenas, harapientas, manchadas y sostenidas por muletas, ocultan en un abrazo secreto un mundo de cerebros podridos a su imagen y semejanza.

En la calle, Marieke juega. La infancia es reina y hace de los sitios más pobres su reino.

En la calle, Marieke juega.

Sobre su cabeza, que mantiene inclinada hacia atrás, avanzando con los ojos cerrados, uno de sus juegos favoritos, el cielo en erupción deja fluir lentamente su lava.

Un ruido de pasos. La niña endereza enseguida la cabeza. Una mujer gorda se cruza con ella mirándola con aire reprobatorio.

Marieke es joven y bella. Trece años. Aún niña, ya mujer. Hace una trompetilla a la matrona, estira su camiseta demasiado corta, como toda su ropa —ha crecido mucho en estos últimos tiempos— y se enfrasca en un nuevo juego.

En escena. Les presentamos a Marieke, la gran equilibrista.

Con brazos estirados como balancines, camina sobre las piedras que marcan la orilla de la banqueta, sobre el arroyo.

Al principio con prudencia, luego más rápidamente, avanza sobre el estrecho borde. Envalentonada con su larga experiencia salta, hace cabriolas, gira sin que sus pies vacilen. Sus cabellos dorados danzan sobre sus hombros, la falda demasiado corta baila un vals alrededor de sus esbeltos muslos adolescentes, y las calcetas de escolar que parecen acordeones sobre sus zapatos hacen lucir aún más finos sus tobillos.

Y ahora, para cerrar el espectáculo con broche de oro.

Suenen tambores, tambores suenen.

Y hala, una vuelta de carro eleva a la chiquilla por los aires, revelando sin pudor su cuerpo hasta la cintura.

Inesperados, se oyen aplausos. “Bravo, bravo”, dice un desconocido que se acerca.

A medias halagada y furiosa por haberse dejado sorprender de esa manera, Marieke observa al intruso. Un hombre de entre treinta y cuarenta años, bastante insignificante a excepción de los ojos de mirada extraña... A la vez fija y turbia.

Un largo estremecimiento sacude su cuerpo. Marieke, a la defensiva, retrocede un paso.

Sus ojos... se diría que son de lodo.

Finalmente, el hombre ríe, ella se relaja y se pone a platicar con él, que le hace preguntas sobre su familia, la manera en que vive... Le propone ir a su casa... Ahí tiene libros, dulces, todo lo que una niña necesita.

Pero ella no es una niña, y si lo es, entonces, de acuerdo, iré, pero antes tiene que jugar con ella.

Luego de echar un vistazo a la calle desierta, el hombre acepta, a condición expresa de que la pequeña lo acompañe a su casa.

Marieke no es candorosa. No es la primera vez que una ocasión se presenta y ella sabe bien lo que hay que pedir. Ya decidirá en el juego si sigue al hombre o no.

Saca de su bolsillo un gran trozo de gis y comienza a dibujar una especie de laberinto, lleno de figuras cabalísticas entre las cuales el extraño reconoce un pentágulo.

—Comienzo—dice ella—, fíjate en las figuras.

En medio del juego, mientras ella se encuentra rodeada por tres de las figuras mágicas, el hombre trata de besarla.

El agudo grito que ella lanza lo hace soltarla de inmediato.

Perdiendo el equilibrio, con un aire de angustia mortal que deforma su rostro, Marieke logra enderezarse justo a tiempo. Cuando logra recuperar el aliento bajo las pullas burlonas del desconocido, un resplandor frío, helado, destella en su mirada. El temible reflejo de un odio implacable.

Sin darse cuenta, el hombre comienza a jugar, imitando escrupulosamente a la niña.

Es simple, basta con poner los pies en las casillas vacías de figuras... y él tiene las piernas más largas que la chiquilla.

Al llegar al lugar en donde minutos antes embistió a la niña, se da cuenta demasiado tarde del pie atravesado

para hacerlo tropezar. Agitando los brazos ridículamente, cae justo sobre una de las extrañas figuras y... desaparece.

Marieke se quedó mirando las líneas entrelazadas con aire soñador, y enseguida sacó un pañuelo de su bolsillo para borrar los signos.

La calle seguía desierta, fuera de un niño que, a treinta metros del lugar, hacía flotar un pedazo de corcho en una gran charca.

—¿Viste lo que acaba de pasar? —se acercó a preguntarle Marieke.

El chico se tomó su tiempo para responder, luego la miró fríamente, con ojos astutos.

—Tú lo sabes —dijo sin admitirlo.

Marieke volvió a buscar en su bolsillo y sacó una barrita de regaliz manchada de yeso.

—¿No dirás nada? —imploró, tendiéndoselo al niño.

Y como el pequeño no contestaba, se puso de cuclillas junto a él al borde de la charca con intención de seducirlo, como los otros.

Era un señor charco el que tenían ahí.

El agua estancada estaba quieta, absolutamente opaca. Sin embargo, el cielo violáceo reflejado en ella la animaba con una especie de vida malsana, oculta.

—¿No dirás nada? —repitió Marieke.

El niño tendió la mano, y la chica vació en ella el contenido de sus bolsillos, gis, pañuelo, una segunda barra de regaliz y el viejo y roto reloj de bolsillo de su padre, tesoro inestimable.

Solamente entonces el pequeño dijo:

—Está bien, no diré nada, pero ve por mi barco.

—Ese tapón, ino! ¿Crees que me voy a mojar los pies por un pedazo de corcho? —protestó ella.

Inflexible, el niño repitió:

—Ve por mi barco.

—De acuerdo, pero júrame que no dirás nada.

Después de que chico lo prometió. Marieke colocó un pie lo más lejos posible sobre el agua, con el fin de no mojar más que uno de sus zapatos.

Su pie tocó el líquido, se hundió en él, desapareció hasta la rodilla, hasta el muslo.

Estupefacta, Marieke intentó apoyarse, pero sus manos no encontraban nada más que la sustancia acuosa y seguía hundiéndose.

El terror deformaba su cara:

—¡Maldito!, gritó ella, ¡maldito escuincle!

El niño la miró con mucha atención, con los ojos brillantes, como si hubiese contemplado una carrera de caracoles.

—Qué bueno —murmuró.

Luego en voz alta:

—¡Qué bueno, qué bueno, vi lo que hiciste, eres mala, qué bueno!

Marieke gritó por última vez y su cabeza desapareció.

Se dibujaron círculos concéntricos que llegaron lentamente a las orillas de la charca, que volvió a quedar quieta.

Indolente, el pequeño saltó dentro de la charca haciendo salpicar un chorro de agua, recuperó su barco y se alejó silbando, tanteando con la mano en el bolsillo sus nuevos tesoros.



## **Stan & Ollie, *terror detectives***

*Valerio Evangelisti*

*Traducción de Eduardo Lucio Molina y Vedia*

A bordo del Air Force One, George W. Bush, presidente de los Estados Unidos, contemplaba horrorizado el increíble espectáculo propuesto por las pantallas televisivas fijadas a las paredes del habitáculo. Tras el primer avión, un segundo se acababa de estrellar contra las Torres Gemelas de Manhattan. Una visión alucinante y espantosa: un perfecto silencio, sólo alterado por las voces afanosas y vacilantes de los comentaristas, una lengua de fuego y humo se estaba elevando de la estructura herida de la torre, después que la primera ya ardía en la cumbre.

Bush, palidísimo y desencajado, se dejó caer sobre uno de los asientos. Se pasó la mano derecha sobre la frente, bañada en sudor. Los dedos le temblaban cuando hizo una seña a uno de los oficiales presentes, angustiados como él, para que le pasara el teléfono. Por suerte no había que marcar ningún número. Se limitó a alzarlo.

—¿Dick? —murmuró con tono pastoso cuando oyó del otro lado la voz turbada del vicepresidente Dick Cheney—. Gracias, me tranquiliza que los míos estén bien, pero no es para eso que te llamo...

Cerrados los ojos, tragó saliva y después abrió lentamente los párpados dejando libres los iris azules.

—Dick, yo creo... Creo que nos queda una sola solución... Sí, has comprendido perfecto: el Gordo y el Flaco.

Del otro lado de la línea debió llegar una ráfaga de objeciones tan vehemente que Bush, en cierto momento, se vio obligado a alejar el auricular de su oído. Tomó aire. Tenía el tubo suspendido en el vacío. Después volvió a acercarlo a la oreja. Habló con ceño autoritario, marcando cada frase.

—Cállate, Dick. Ya sé que el Gordo y el Flaco son un modelo experimental, ¿qué te crees? Pero escúchame: no hay otra salida. ¿No entiendes que nos han atacado en nuestro propio territorio por primera vez en la historia?

El teléfono parecía vibrar bajo el ímpetu de la réplica. Bush dejó que su interlocutor se desahogara pero después frunció las cejas sobre los ojos pequeños y fríos. Habló con tanto énfasis que llenó el aparato de gotitas de saliva.

—¡Basta, Dick! ¡Recuerda, soy el presidente de los Estados Unidos y me debes obediencia!

Esperó que del otro lado se hiciese silencio y siguió:

—Bueno, así es mejor. Mi orden es activar al Gordo y el Flaco. En este momento todo puede suceder. Te pondrás en contacto con Collin Powell para que mande un hombre a Los Álamos. Quiero al Gordo y el Flaco en acción dentro de treinta minutos a partir de ahora. Espero un: “Sí, señor presidente”.

Transcurrió un tenso instante pero después la respuesta llegó.

George W. Bush se recostó sobre el respaldo del silloncito. Le pasó el teléfono al oficial y le ordenó retirarse. No sabía si sentirse aliviado o no. Una elegante anunciadora de la CNN estaba explicando que algo terrible había ocurrido en el Pentágono.

El teniente Klements irrumpió en el sótano más profundo de la base militar de Los Álamos. Era tal su urgencia que derribó una pila de papeles que había sobre una mesita.

—¿Está aquí la máquina del tiempo? —preguntó imperativo.

Los técnicos presentes en la sala se agolpaban ante el televisor. Sólo uno de ellos, un joven rechoncho, con anteojos gruesos que le agrandaban las pupilas claras, giró hacia el intruso.

—¿Busca a Stan & Ollie? Sí, es aquí. ¿Pero usted quién es?

—¡Stan & Ollie...! —Klements hizo una mueca siniestra—. Les gusta bromear... Soy un enviado del secretario de Estado, Collin Powell. Dejé mis datos en la entrada. Hay que activar la máquina. Ya. Es una orden del presidente Bush.

Esta vez fueron todos los técnicos quienes se voltearon a verlo. Se oyó un sordo murmullo. El joven regordete pareció muy sorprendido.

—Teniente, no dudo de sus funciones ni del origen de la orden. Pero lo que pide es imposible. El Terror Detective... lo que usted llama “máquina del tiempo” y nosotros Stan & Ollie... es sólo un prototipo. Un modelo experimental, nunca probado.

—¿Pero está completo, verdad?

—Sí, seguro. Aunque debo sin embargo advertirle...

—Entonces hay que probarlo ya. No me obligue a recordarle de quién proviene la orden. Se lo repetirán en la cárcel, donde usted y sus amigos terminarán encerrados por conspiración, actividades antiamericanas y atentado contra los poderes del Estado.

El técnico rollizo se humedeció los labios mientras sus colegas se quedaban de pronto en silencio. Amagó con moverse hacia dos grandes computadoras gemelas, colocadas sobre una plataforma en un ángulo del laboratorio, pero quiso intentar una última resistencia.

—¿Usted sabe cómo funciona el Terror Detective, teniente? Seguro que el presidente Bush está al tanto, pero es bueno que usted también lo sepa. Así comprenderá mejor las dificultades.

Klements estaba por responder con el clásico “Ni sé, ni me interesa”, pero la curiosidad prevaleció. Miró el reloj de reojo:

—De acuerdo. Dígamelo, pero ya...

—No nos tardaremos.

El técnico gordinflón se dirigió hacia los dos ordenadores seguido por Klements y por el séquito silencioso de sus colegas. Mostró los complejos equipamientos, unidos entre sí por brazos metálicos y el enredo de los cables. Una especie de turbina rotaba zumbando en el centro de la plataforma.

—Como ve, se trata de dos computadoras distintas pero que forman una sola máquina. Stan & Ollie... (el Gordo y el Flaco)... quiero decir... los dos elementos..., se

pasan informaciones y adoptan decisiones, pero en tiempos ligeramente desfasados, de modo que cada dato sea ponderado a fondo... ¿Pero qué le pasa, teniente? ¿No se siente bien?

Klements estaba petrificado. Miraba estupefacto dos máscaras de látex fijadas a cada uno de los ordenadores. Representaban las facciones sonrientes del Gordo Oliver Hardy y el Flaco Stan Laurel, con su bombín.

El técnico siguió la mirada del oficial y manifestó un repentino embarazo.

—Lo sé, ahora parece de mal gusto —balbuceó—. Considere, teniente, que creíamos que pasarían años antes de que el Terror Detective pudiese entrar en acción. Bromeábamos un poco de más. Las máscaras que ve sintetizan en sonidos vocales el flujo de datos que pasa de un ordenador a otro.

Intentó una sonrisa, pero el resultado fue mísero.

—También hacen muecas y tienen las vocecitas de Laurel y Hardy.

Si no hubiese sido un concurrente asiduo a los oficios de la iglesia bautista, del Boulder, Colorado, Klements probablemente habría blasfemado. En cambio volvió a mirar el reloj.

—Jovencito, tiene tres minutos para explicarme por qué llaman a este cachivache “máquina del tiempo”. Después irá a prisión y la máquina será desactivada por uno de nuestros hombres.

En el grupo de técnicos hubo un alboroto y algunos se asustaron. El interpelado, muy pálido, habló premiosamente, comiéndose las sílabas.

—El Terror Detective es capaz de ir hacia atrás en el tiempo. No mucho: cuarenta minutos, una hora como máximo.

—¿Cómo es posible?

—Gracias a los taquiones —señaló la pequeña turbina—. Esa cosa minúscula es un acelerador de partículas. Genera taquiones, más rápidos que la velocidad de la luz. No está protegido, razón por la cual el campo que circundan los taquiones puede extenderse a la Tierra entera.

—¿Y entonces? —Klements estaba aterrorizado pero trató de no demostrarlo.

—Entonces, cuando se supera la velocidad de la luz, el tiempo vuelve atrás. En el caso de un atentado terrorista podemos llevarlo a un momento inmediatamente anterior a que se cumpla —la voz del técnico había recuperado una frágil seguridad—. El ordenador Uno, el Flaco Stan, analiza todos los datos en su poder hasta individualizar en detalle a los responsables del atentado inminente. El ordenador Dos, el Gordo Ollie, decide, sobre la base de una masa de antecedentes, la acción más eficaz para castigar a los terroristas.

—¿Y después?

—Después el propio Gordo da las órdenes del caso a los organismos militares norteamericanos en el tiempo previo al acto terrorista. Estos pueden, por lo tanto, llegar oportunamente y del modo más adecuado a los cerebros del atentado, y de ese modo desbaratarlo.

Klements estaba muy impresionado. Sabía que los minutos corrían pero una última pregunta —la que más lo perturbaba— no podía dejar de hacerla.

—¿Qué nos sucede a nosotros... la gente... mientras la máquina está en funcionamiento?

El técnico esbozó una sonrisa.

—Absolutamente nada. Perdemos sólo una pequeña parte de nuestra vida. Esta conversación, por ejemplo, dejará de existir. En la memoria, en las crónicas, en la historia, en todo —lanzó un soplido—: Pffll, completamente desvanecida.

La inquietud de Klements aumentó. Sin embargo frunció las cejas y dijo, decidido:

—Bien. Se procede.

El técnico hizo un gesto pero después bajó con los dedos una serie de palanquitas. El rostro magro y seráfico de Stan y el inflado y enfurruñado de Oliver contrajeron las facciones de látex mientras la turbina comenzaba a producir una especie de silbido. Un instante después existían sólo ellos, dentro de una bola temporal inmersa en la nada.

El Flaco acentuó los hoyuelos de sus mejillas y gorjeó, dirigiéndose a la carota del Gordo que lo enfrentaba: “Caso resuelto. El inspirador del ataque terrorista contra los Estados Unidos se llama Osama Bin Laden. Vive en Afganistán protegido por el gobierno local. Hasta dos años antes de los atentados contra las Torres Gemelas y el Pentágono era considerado ‘combatiente de la libertad’ y se lo juzgaba un aliado objetivo de los USA. Después, esta calificación le fue retirada”.

El Gordo frunció el ceño mientras masas de datos fluían por sus circuitos. Cuando habló, le bamboleó su papada. “Encontrado: Tipología: Individuo aparentemente

aislado, jefe de una red denominada Al Qaeda, hostil a los Estados Unidos. Posibles reacciones: consultar el archivo israelí. Muchísimos casos de asesinato individual. En parte, los homicidios israelíes de intelectuales palestinos parecen atinentes a la eventualidad específica. Los cónyuges Khader, Ghassan Kanafani y muchos otros. Último en el orden temporal: Abdul Ali Mustafá, dirigente del Frente Popular para la Liberación de Palestina”.

El Flaco acompañó con una risita idiota una orden nada idiota. “Proceder: homicidio individual”. Un instante después, sin embargo, aprovechando la mayor lentitud del Gordo, lanzó una contraorden. “No. Detenerse. Nuevos datos están llegando”.

La máscara fijada al otro ordenador abrió desmesuradamente los ojos y frunció los labios en forma de corazoncito: “Homicidio bloqueado. ¿Cuáles son los nuevos datos?”

El Flaco cerró y volvió a abrir los ojos varias veces: “Resulta que Bin Laden no es el responsable principal. La responsabilidad principal es del país que lo hospeda: Afganistán. Clasificado a su vez, hasta dos años antes del atentado, como un ‘buen aliado de los Estados Unidos’, y como una ‘dictadura teocrática alineada del lado de la democracia.”

“También estas informaciones fueron eliminadas de la memoria. ¿No hay otras?”

“Análisis ejecutado”, respondió la cara del Gordo mientras el corbatín de moñito mariposa que llevaba bajo el mentón aleteaba con frenesí. “Tipología: País pobre, con algunas materias primas, dotado de armas conven-

cionales. Posibles reacciones estadounidenses: invasión directa como la que se realizó a Granada...”

“Descartado”, replicó seco el Flaco. “Territorio demasiado grande”.

“...o bien a Panamá, con más daños colaterales...”

“Descartado. Idéntica objeción: territorio demasiado grande. Además, si los ‘daños colaterales’ exceden las cuatro mil unidades pueden ser ocultados en el momento, pero tarde o temprano terminan por salir a flote. Sucedió en Panamá”.

“Entonces queda el recurso del desgaste mediante un presunto ‘ejército guerrillero’ creado ad hoc”, bufó el Gordo, elevando sus ojos a un cielo que no existía. “Nicaragua, Kosovo, Macedonia...”

“Ni hablar de eso: demasiado lento”.

“Golpe de estado militar como en Indonesia, Brasil, Bolivia, Chile, Argentina y otros países latinoamericanos...”

“Descartado: demasiado complejo”.

El Flaco parecía gozar presentando sus objeciones. En sus pupilas pintadas sobre el látex la malicia había tomado el lugar de la torpeza. “Escoge cualquier otra cosa”.

“Adquisición de la fidelidad mediante beneficios económicos, como en Birmania, Turquía, las Filipinas de Marcos...”

“Descartado. En Afganistán hay un régimen autoritario embebido de misticismo. Es dudoso que el dinero pueda seducirlo. Busca más”.

El Gordo había puesto las cejas en forma de V invertida, su señal de exasperación. Enseguida bajó los párpacos.

dos como si quisiese ver mejor los datos que aflúan por sus circuitos.

Estaba por lanzar otra propuesta pero el Flaco lo paró.

“¡Quieto! ¡Bloquea todo! ¡Llegan otras informaciones!”

Por un momento se oyeron sólo vibraciones y chirridos ligeros provenientes de los cables. Luego el Flaco recitó: “El Afganistán de los Talibanes es una creación directa de Pakistán, que siempre tuvo con Bin Laden relaciones excelentes. Es Pakistán el país que tiene la máxima responsabilidad. No hay duda al respecto”.

La cabeza del Gordo osciló un poco. “¿Pakistán? Tengo noticias controvertidas...”

“Te explico por qué”, respondió el Flaco. “Pakistán es desde siempre un fidelísimo aliado de los Estado Unidos... Mmmmm, un asunto feo”.

El moñito mariposa del Gordo aleteó más que nunca. El sombrero bombín se elevó un par de veces. “Según yo hay que activar el ANI”.

“Justamente. Concuero. Hay que activar el ANI”.

Las mirillas de un panel fijado al ordenador del Flaco se iluminaron. Si hubiese estado presente un ser humano habría podido leer sobre una pequeña chapa: “ANI—*American National Interest. BEWARE. With externed people it must be indicated as D—Democracy*”.

Una aguja se deslizó por el cuadrante circular deteniéndose sobre una cifra.

“El valor ANI es elevado, pero no obstaculiza la operación” explicó el Flaco con una mueca burlona. “La

responsabilidad objetiva de Pakistán está demasiado presente. Adelante con el análisis”.

El Gordo arrugó la frente, sopesó las informaciones y pronunció: “Pakistán. Tipología: dictadura militar con armamento avanzado y en posesión de cabezas nucleares. Toda posible reacción nuestra debe descartar obviamente la invasión o la lucha sobre el terreno”.

“Por supuesto. Tendríamos demasiadas pérdidas”, confirmó el Flaco. “Sigue adelante con las hipótesis”.

“Ablandamiento mediante bombardeos de precisión, como en Serbia, con efectos colaterales de víctimas humanas por debajo de las cuatro mil unidades”.

“Descartado. Costo excesivo, dado el gran número de blancos. Otra hipótesis, Ollie”.

“Contaminación permanente del suelo con daños genéticos a las futuras generaciones, como en Vietnam”.

“Descartado. Requeriría previamente encaminarse a una guerra abierta”.

“Difusión de la miseria y las enfermedades a través del bloqueo económico, como en Irak, Cuba, Nicaragua”.

“Descartado. Se necesitarían años”.

El Flaco resopló.

“Basta. Haz lo que puedas. Estamos perdiendo el tiempo, aunque aquí no exista el tiempo”.

El Gordo asumió una expresión afligida. “Yo leo sólo lo que me llega...” Su carota se iluminó. “Tengo una buena hipótesis: acción disuasoria ejemplar, como el abatimiento del avión civil cubano sobre las Bahamas en 1976. Daño colateral limitado a pocos centenares de viajeros”.

“Descartado. Poco significativo”.

“Entonces atentados intimidatorios, como en Italia desde 1969 en adelante...”

“Descartado Ollie. Gesto de atribución ambigua y carente de valor admonitorio. Se descubre después de décadas quién fue y por qué lo hizo... Pero... ¡Espera un momento!”

“¿Qué pasa?” susurró el Gordo. En sus ojos entristecidos por los continuos rechazos se entrevió un brillo de esperanza.

El Flaco parecía extremadamente perplejo, por no decir turbado. Parpadeaba casi con furia. Sólo tras una pausa larguísima alcanzó a susurrar: “Me llegan informaciones nuevas y perturbadoras. Es un verdadero desmadre...”

“Explícate”.

“Resulta que Pakistán no es sólo aliado de los Estados Unidos. Es fincado por Washington, que sostiene su sistema político y apoya sus pretensiones expansivas. Son los Estados Unidos los que guían su política exterior...”

El Gordo abrió al máximo sus ojazos: “No querrás decir que...”

“Sí”, respondió el Flaco en un susurro. “Los Estados Unidos son el país con la máxima responsabilidad. Las informaciones que me llegan de las memorias coinciden. Esto no se previó”.

La aguja del ANI había saltado hacia adelante y presionaba sobre el tope de tu trayectoria hasta casi doblarse. Las lucecitas que constelaban el panel brillaban con un rojo vivo en los límites de la incandescencia. Una decena de ellas explotaron con un pequeño estallido que resonó

en la nada. Todo terminó en que el cuadrante se empañó, permitiendo ver sólo una última cifra astronómica.

“¿Qué hacemos?”, preguntó el Gordo en tono grave.

El Flaco mostró el mentón del látex. “Sólo nuestro deber”, gruñó. “Continúa con el análisis. El terrorismo será aplastado ahí donde se encuentre”.

“Y bueno...” susurró el Gordo resignado: “Estados Unidos de América”, moduló. “Tipología: única. Se trata del país más poderoso de la Tierra. Reacciones a adoptar... Resumiendo, aquí te lo anticipo: están descartadas casi todas las basadas en la confrontación militar y también las económicas”.

“Dijiste ‘casi’... entonces algo hay”.

“Sí, pero...”

“Nada de peros...”

“De acuerdo”. El Gordo cerró los ojos, como si lo que estaba prefigurando debiera espantarlo a él en primer lugar. “La única hipótesis practicable es la de una acción no determinante pero altamente espectacular...”

“Vamos, dime los antecedentes” urgió el Flaco.

“Ninguno... excepto si se considera el derribamiento del rascacielos de Belgrado, que albergaba a la televisión yugoslava durante la guerra de Kosovo. Espectáculo impresionante de gran valor emotivo”.

El Flaco mostró incertidumbre: “Entonces debes transmitir la orden a la aviación de los Estados Unidos para que...”

“¡No, no!”, interrumpió el Gordo con un trino. “Nada de aviación. Mejor una operación confiada a pocos hombres dispuestos a matar y morir en nombre de una causa.

Fanáticos, dementes o algo por el estilo. Sería bueno que estuviese Dios de por medio”.

El Flaco no respondió. Calló un instante tan largo que el Gordo terminó por preguntarle, vagamente esperanzado: “¿Hay nuevos datos?”

“No, ninguno. Los Estados Unidos tienen la máxima responsabilidad en el acto terrorista que está por golpearlo. No hay dudas al respecto”.

“Salvo que el número excesivo de daños colaterales impida que...”

El rostro móvil del Flaco se ensombreció: “Estamos muy por debajo del máximo. En Indonesia las víctimas fueron un millón”.

“¿Entonces, procedo?”, preguntó el Gordo, que había perdido toda su jovialidad.

“Procede”.

A bordo del Air Force One, George W. Bush, presidente de los Estados Unidos, contemplaba horrorizado, el increíble espectáculo propuesto por las pantallas televisivas fijadas en las paredes del habitáculo. Tras el primer avión, un segundo se acababa de estrellar contra las Torres Gemelas de Manhattan. Bush, palidísimo y desencajado, se dejó caer sobre uno de los asientos. Se pasó la mano derecha sobre la frente, bañada en sudor. Los dedos le temblaban cuando hizo una seña a uno de los oficiales presentes, angustiados como él, para que le pasara el teléfono.

—¿Dick? —murmuró con tono pastoso cuando oyó del otro la voz turbada del vicepresidente Dick Cheney—. Dick, yo creo... Creo que nos queda una sola solución... Sí, has comprendido perfecto: el Gordo y el Flaco.

La respuesta de Cheney sonó espantadísima.

—Señor presidente, había pensado también en el Terror Detective. Advertí a Powell, que mandó un hombre suyo a Los Álamos. Pero la máquina está desaparecida.

—¿Qué quiere decir con “desaparecida”? —aulló Bush cianótico.

—Lo que acabo de decirle, señor presidente. La máquina no está más.

En ese instante, sobre las pantallas, las Torres Gemelas estaban derrumbándose en medio de una tempestad de polvo y fuego.



## **Delito sin cuerpo**

*Ana Gusmão\**

*Versión: Ángeles Godínez G.*

Sólo el dinamismo de la venganza consigue mitigar mi miedo. La venganza es como una enfermedad curable; se detecta, se combate y se elimina el mal. El miedo no tiene cura posible y continúa con nosotros hasta la muerte. Entro al Washington Park decidida a quedarme el tiempo que sea necesario. La venganza me da la fuerza necesaria y la convicción de que no puede ser de otra manera.

Pruebo sistemáticamente todas las bancas del parque en la búsqueda de aquella que me dé el mejor ángulo de visión. Anticipo innumerables veces el momento en el que llegarán. Quiero verlos trastornados, quiero ver el miedo transfigurarle el tono saludable de la joven piel en la flacidez verdosa del pavor. Imagino que al extenderle la mano en un gesto incierto y agresivo ella correrá, aterrorizada, huyendo. En mi furia olvido algo tan obvio como la existencia de las múltiples maneras de ser, es decir, ciega por la rabia y por lo celos sólo puedo ver a esa mujer como una extensión de mí misma.

Ambos entraron al parque tomados del brazo y creo que no pude engañar a Jaime. Durante momentos de respiración pasmada y sin osar desviar de él la mirada,

espero el grito de reconocimiento. Pero el grito no llega y ahora percibo que la intensidad con que me mira no traduce reconocimiento, sino aprehensión.

\*Nació en 1952. Autora de libros como *Delito sem corpo* (1996), *Das tripas coração* (2000) y *Até que a vida nos separe* (2001).

## **Auto de los condenados**

*António Lobo Antunes\**

*Versión:*

*Felipe de Jesús Hernández Rubio*

No son sólo los ratones que viven, también con nosotros en el sótano. Poseemos un jardín zoológico completo de hormigas, mosquitos, palomillas, ciempiés, arañas, grillos, polillas, que presumo se alimentarán de la misma falta de comida que nosotros, sin contar las mariposas que se estrellan contra las lámparas, en el verano, y se reducen de inmediato a un polvillo oscuro de barniz. Y están los palomos. Y las tórtolas. Y los barcos, como orugas, en el Tejo. Y los vecinos en camisola interior, incapaces de volar, crucificados en las plantas de los clavos de las verandas. Y tú y yo, cada vez más transparentes y flacos, para prepararnos el pequeño desayuno de medio gramo de heroína de la inyección de la mañana.

## **No entres tan de prisa en esta noche oscura**

Cuántas veces por la noche, me sucede escuchar a alguien que se aproxima y aparta en los guayabos y no me atrevo a llegar a la ventana por temor a los muertos.

cualquier cosa me dice al despertar que los muertos están allá afuera.

el señor general y el presidente Kruger hablarán de Mozambique pronunciándose en una veranda en África, mi abuelo que arregla las piezas de ajedrez en el emparra-do geométrico del lago, mi abuela de regreso del casino y Adelaida a su espera con tisanas y chales, quien sabe si mi padre acabado de fallecer en la clínica y de aquí a nada el teléfono, de inicio una pausa en la vivienda con el timbre a retorciéndose, después la misma pausa en la sala de la planta baja mientras en el cuarto de las criadas y en el primer piso protestas, tropezar de chanclas, compartim-entos que se encienden de golpe, se vuelven conocidos y van perdiendo misterio

rasteros, espejos

mi hermana descalza en los escalones apartando oscuridades con los brazos

-Es para mí

docenas de perros sepa de dónde, la cocinera nueva con una bata de mi madre, la color lila que yo envidiaba tanto cuando éramos pequeñas, me lo ponía a escondidas y me encerraba en una careta severa para saludarme en el espejo del ropero.

\*Nació en 1942. Autor de libros como *Os Colucos de Judas* (1979), *A ordem natural das coisas* (1992) y *Não entres tão depressa nessa noite escura* (2000).

## Ensayo sobre la ceguera

*José Saramago\**

*Versión: Saúl Ibargoyen Islas*

Aquí tiene, dijo el escritor. La mujer del médico preguntó. Sin esperar respuesta tomó las hojas escritas, serían unas veinte, pasó los ojos por la menuda caligrafía, por las líneas que subían y bajaban, por las palabras inscriptas en la blancura del papel, grabadas en la ceguera. Estoy de pasada, dijera el escritor, y éstas eran las señales que iba dejando pasar. La mujer del médico le puso la mano en el hombro, y él con sus dos manos fue allá a buscarla, la llevó despacio a sus labios. No se pierda, no se deje perder, dijo, y eran palabras inesperadas, enigmáticas, no parecía que vinieran al caso.

### **El año de la muerte de Ricardo Reis**

Durante toda la tarde Lilia no apareció. A la hora de la distribución de los vespertinos. Ricardo Reis salió a comprar el periódico. Recorrió rápidamente los encabezados de la primera página, buscó la continuación de la noticia en las páginas centrales, otros títulos, al fondo, en tipos grandes. Murieron doce marineros, y venían los nombres, las edades, Daniel Martins, de veintitrés años. Ricardo Reis permaneció parado en medio de calle, con el

periódico abierto, en medio de un absoluto silencio, la ciudad detenida, o pasaba en puntas de pie, con el dedo índice sobre los labios cerrados, de pronto el barullo se volvió ensordecedor, el claxon de un automóvil, el desquite de dos billeteros, el llanto de una criatura a quien la madre tironeaba de las orejas. Si vuelves a hacer otra, te hago pedacitos. Lidia no estaba esperando ni había señales de que hubiera pasado. Es casi de noche. Dice el periódico que los presos fueron llevados primeramente al Gobierno Civil, después al Asilo, y que los muertos, algunos sin identificar, se encuentran en los depósitos. Lidia andará en busca de su hermano, o estará en la casa de su madre, llorando ambas el enorme, irreparable dolor.

Entonces tocaron a la puerta. Ricardo Reis corrió, fue a abrir, ya dispuestos los brazos para recibir a la lacrimosa mujer, finalmente, era Fernando Pessoa. Ah, es usted, esperaba a otra persona, Si sabe lo que sucedió, debe calcular que sí, creo haberle dicho algún día que Lidia tenía un hermano en la Marina, Murió, Murió. Estaban en la recámara, Fernando Pessoa sentado a los pies de la cama, Ricardo Reis en una silla. Anocheció por completo. Media hora pasó así, se oyeron las campanadas de un reloj, o lo olvidé luego de haberlo oído la primera vez... Fernando Pessoa tenía las manos sobre las rodillas, los dedos entrelazados, baja la cabeza. Sin moverse, dijo. Vine para decirle que no volveremos a vernos. Por qué, Mi tiempo llegó a su fin, recuerde que le he dicho que sólo tenía para unos meses. Lo recuerdo. Pues es eso, se acabaron. Ricardo Reis se subió el nudo de la corbata, se levantó, se puso el saco.

\*Nació en 1922. Autor de libros como *Memorial do convento* (1982), *História do cerco de listoa* (1989) y *Todos os nomes* (1997).



## La ciudad ausente

*Hoda Barakat\**

*Traducción del francés:*

*Patricia Jacobs Barquet*

El papel está amarillento, las esquinas maltratadas, pero la fotografía todavía se ve clara. Mi madre lleva un vestido de manga corta en colores claros; el pelo recogido con una cinta en la cabeza y unos lentes de sol ocultan sus ojos sonrientes. Va del brazo de su amiga cuyo aspecto se parece mucho al suyo.

Esta foto —no tiene la fecha anotada al dorso del delicado papel— probablemente haya sido tomada a finales de los años cuarenta, en pleno centro de Beirut, o mejor dicho, en la Plaza de los Mártires. Mi madre y su amiga no aparecen “estáticas”, como en las fotos antiguas, o en esas tomadas en los estudios, impresas en cartulina gruesa, con personas inmóviles ante la cámara y al fondo un paisaje pintado en tela o en cartón. Mi madre y su amiga van por la calle sonrientes, con aire descuidado; los vestidos como volando, probablemente por el movimiento de sus piernas al caminar. Tienen prisa por llegar a la famosa tienda *Orosdi Bak* en donde trabajan, una como vendedora de ropa y la otra como cajera.

Si hablo de esta foto —de aspecto actual y moderno— es porque representa, en el álbum familiar, los ini-

cios de nuestra llegada a Beirut y, el principio, para todos los libaneses, de la constitución de Beirut como ciudad. Mi abuelo materno, cuyo juicio mereció el respeto de su pueblo y de su tribu de montañeses del norte de Líbano, fue el primero de ellos en ver el mar, pasearse por la costa e instalarse en su gran ciudad. Célebre por su renombrada mano dura, él no estaba dispuesto a que dicha celebridad se limitara a los confines de las planicies de Becharre, de Quora y de Baalbek<sup>1</sup> cuyos verdaderos caciques habían comenzado a instalarse ya en la capital. Mi abuelo no hizo lo que otras gentes del campo habían hecho al dejar las alturas de las montañas y mesetas para pasar el invierno en los alrededores de Beirut, de acuerdo al estatus de sus propiedades en sus lugares de origen y según en qué barrio éstas se ubicaran; él decidió quedarse a vivir en el corazón de Beirut, en la colonia Gemayzé, muy cercana al centro, y luego —y esto todavía me asombra— permitió que mi mamá trabajara en la tienda *Orosdi Bak*, después de que en su tierra ya había casado a sus seis primeras hijas sin pedirles su consentimiento; de hecho algunas de ellas no visitaron Beirut sino hasta que ya eran bastante mayores.

¿Y yo? Yo nací en Beirut, o más precisamente en los alrededores del Este de Beirut, allá donde los provincianos como yo reconstruyeron los mismos barrios de sus pueblos de origen. Aparecieron muchas poblaciones alrededor de Beirut en esa época, marginadas dentro de la ciudad y de su tejido urbano, excluidas de aquello con lo que se identificaban. Por la noche sus habitantes atravesaban el corazón de la ciudad apresuradamente

para regresar a los pueblitos de la periferia, llevando consigo su universo rural con todos sus defectos y cualidades. Así es como regresaba yo a casa en el camión del colegio, sin haber visto nada de Beirut. La familiaridad que sentía mi madre en sus calles, sus plazas, y sus mercados era casi excepcional en su caso, tanto más auténtico que el mío. Las tierras que mi abuelo vendió, seducido por las tentaciones de la gran ciudad, nos habían privado de su sustento, máxime que era él quien nos había traído a Beirut, en donde solamente vivían potentados y gente influyente que trabajaba en el comercio y la política: más una pequeña minoría, que sentía aversión por la vida provinciana, se había revelado contra sus valores y había huido para desarrollarse en el campo “del arte”.

No empecé a conocer Beirut —casi al igual que mis semejantes— sino hasta que estuve en la universidad. Al principio fui atraída a la capital por una enorme curiosidad y una pasión por la aventura. Quizá me haya animado la foto de mi madre con su amiga, la Plaza de los Mártires. No era bien visto entonces que las jóvenes pasearan por ciertas calles y se expusieran a osados cumplidos o a ser perseguidas por charlatanes; en resumen no era de buen gusto acercarse a todo aquello que representaba la ciudad para la gente del campo, tan apegada a la virtud. Las manifestaciones estudiantiles que al inicio de los años setenta ocuparon el centro de la ciudad, me hicieron conocer el seno de Beirut y me quitaron el miedo a sus peligros. Las horas en las calles me ayudaron a darme cuenta de que en verdad entrábamos al corazón de la ciudad, pero no porque nuestros cuerpos ocuparan un espacio, sino

porque nos mezclábamos con su gente, lejos de los poblados de la periferia. Era una mezcla sorprendente. Había entre nosotros gente del Norte y del Sur; de *la Bekaa*<sup>2</sup> pero también capitalinos, musulmanes y cristianos; armenios, sirios, palestinos, iraquíes y algunos otros extranjeros. Tiempo más tarde, pude ver otra mezcla más compleja y menos apasionante detrás de la que estábamos viviendo. Fue así que como adolescente me di cuenta, casi de repente, de que lo que caracterizaba a la ciudad no era únicamente la presencia de casas lujosas, o de los pudientes que habían venido de nuestro pueblo, sino también un fascinante e inmenso mosaico de diferencias y diversidades, así como la convivencia con extranjeros venidos de muy lejos. Mis profesores eran franceses o de otros países. En el edificio donde vivía mi tía —hermana de mi padre, mujer ambiciosa que había huido de la periferia, que había estudiado para ser secretaria y contadora, luego de haberse casado con un señor de Beirut—, en este edificio en Starco<sup>3</sup>, en pleno centro de Beirut, vivían ingleses, rusos, búlgaros, egipcios y también judíos de nuestro país. En el edificio de mi tía, al que me encantaba ir de visita los domingos, se podía oír música diferente en cada descanso de la escalera. Mi tía iba a la playa a nadar, veía el canal 9 en la tele para mejorar su francés y me invitaba a acompañarla al Epiclub para oír a Enrico Macías, y a Baalbek,<sup>4</sup> en donde nos dejábamos llevar por la voz de Oum Kalsoum<sup>5</sup> o de Nina Simone —no me acuerdo—. Mi tía vivía en el corazón de Beirut a pesar de la oposición de mi papá, quien siempre trató de convencerla de venir a vivir en nuestro suburbio, sobre todo desde que se quedó

sola con su hija a raíz de la muerte de su esposo, oriundo de Beirut. (Para un cuento breve: la hija de mi tía se casó con un francés y hoy día mi tía vive con ella en las afueras de Toulon, en el sur de Francia).

Sin duda, mi “moderna” tía prolongó hasta el cansancio su estancia beirutina, al grado de alejarse de ello totalmente. Pero hoy, cuando recuerdo su edificio y me entran tremendas ganas de ir a ver qué fue de él, me contengo por miedo a sufrir una inminente y fuerte decepción.

La verdad es que no entré totalmente a Beirut. Oí sus rumores, su llamado; vi sus imágenes, sus luces, pude oler sus olores, sus perfumes soñados. Pero, una vez que me preparaba para adentrarme en su seno, la ciudad se detuvo, sus entrañas se vaciaron; golpeada por la guerra civil que destruyó sus sueños; sus deseos la acarrearón a los poblados de las afueras, a un lugar, un *Rif*<sup>6</sup> que había perdido los valores y cualidades que caracterizaban al campo; ya no existían más, su memoria los había olvidado durante la lucha por construirse un presente. *Rif* endurecido, cruel y grosero, que negaba su origen deformado entre lo que no logró dejar, abandonar, y lo que tampoco pudo ser.

Hoy día ese corazón de Beirut está vacío. Ha dejado de aspirar y de expeler. Las miles de arterias que enlazaban sus caminos se han roto en pedazos. Hoy día cada quién ocupa su propio espacio. Cada grupo sueña con replegarse en una pureza, que más bien parece una pesadilla que excluye a cualquier extranjero y para *Rif* un hermano o un vecino resulta ser un intruso.

Eso es lo que dicen las novelas que escribimos. Cuentan cómo nos sentimos extranjeros en una ciudad

extraña, de pie ante sus puertas cerradas; frente a su ausencia y su desprecio. Algunos entre nosotros hablamos de las promesas incumplidas que nos hizo la ciudad antes de la guerra, cuando era acosada por la proximidad de su destrucción. Algunos hablan de la fisura que le hizo una hoz a la ciudad, de los fragmentos de su cuerpo ya sin alma, con la partida de sus extranjeros, de sus marginados; y de la ilusión perdida de que nuestras costas un día nos acerquen a horizontes lejanos. Después de mi primera novela, he sentido la tentación de adentrarme en Beirut, desde lejos, pero lo que encuentro son más bien barrios cerrados, restos de espacios sofocantes. En mi última novela inventé que entraba a su vacío; a esa carencia suya, a esa pérdida que este vacío ha creado entre nosotros. Su vacío, su vacío; que nos es rehusado hasta que nos vamos, hasta el duelo que nos está prohibido.

Es así que los novelistas libaneses de mi generación han escrito sobre su ciudad: su negación, su vacío, sus ruinas. Del sueño ausente y de la imposibilidad de construir una nación sin su ciudad. Una degradación que se repite y un constante y continuo trago amargo en las entrañas de barrios encerrados, de tribus y subtribus, y según el reglamento y las leyes que les son asignadas por los confesionalistas.

Mi hija no escuchará música diferente en cada uno de los pisos del edificio de mi tía en Starco. Me encuentro absolutamente incapacitada para ayudar a mi hijo a encontrar, al menos, una señal del antiguo corazón de una ciudad hoy vacía. Ellos viven ahora en países lejanos, no podrán ver el Beirut que yo conocí. Saben que las ciu-

dades existen por la asimilación de su gente, su diversidad, sus espacios abiertos y su integración en el tiempo bendito y fascinante mestizaje, y no en el detestable confín del pertenecer tribal o primario.

En nuestras novelas se lee una profunda tristeza ante la ausencia, en la foto de mi madre y su camarada, la Plaza de los Mártires. Una plaza que no existe más.

\*Nació en 1952. Creció y estudió en la Universidad Libanesa de Beirut, en donde obtuvo una licenciatura en Literatura Francesa en 1974; ahí conoció a su actual esposo, él musulmán y ella cristiana. En 1985 publicó su primera colección de cuentos: *Za'irat*. Poco tiempo después de dejar Líbano se publicó su primera novela *Hajar al-dahik* que ganó el premio Al-Naqid y ha sido traducida al inglés, al francés y al holandés. Su segunda novela *Ahl al-hawa* (1993) ha sido traducida al italiano, al francés y al español. Su tercera novela *Harit al-miyah* (1999) obtuvo el premio Nagib Mahfuz en 2000 y ha sido traducida al francés y al inglés.



## Yalo\*

*Elías Khoury\*\**

*Traducción del francés  
de Carlos Martínez Assad*

Yalo no comprendía qué es lo que sucedía.

Estaba delante del inspector con los ojos cerrados. Tenía la costumbre de cerrar los ojos cuando enfrentaba un peligro, los cerraba cuando se sentía solo, los cerraba cuando su madre... Esa mañana también, el 22 de diciembre de 1993, los había cerrado inconscientemente.

Yalo no comprendía por qué todo estaba tan blanco a su alrededor.

El inspector estaba blanco, sentado detrás de una mesa blanca y el sol que se filtraba sobre el vidrio borraba sus rasgos en el contraluz. Yalo no podía discernir sino los halos de luz y una mujer que avanzaba sola por las calles de ciudad tropezando con su sombra.

Yalo cerró los ojos un instante o, al menos, es lo que creyó. Ese joven de cejas cerradas con el rostro tostado y alargado, con la silueta desgarbada y enjuta, tenía la costumbre de cerrar los ojos algunos segundos y después abrirlos de nuevo. Pero aquí, en la oficina de la policía de Jounieh, cerrando los ojos, vio los rayos de luz cruzar sobre los labios que se removían como en un murmullo. Él vio sus puños esposados y sintió que el sol estropeaba los

rasgos del inspector, le golpeaba directo en los ojos, entonces los cerró.

El joven estaba de pie delante del inspector a las diez de la mañana de esta fría jornada, veía el sol estrellarse contra el vidrio e irradiar de la cabeza del hombre blanco que abría la boca con sus preguntas. Él cerró los ojos.

Yalo no comprendía por qué después el inspector le gritó.

Escuchaba a menudo una voz que chillaba: “¡Abre los ojos!” Él los abría, la luz le penetraba como dos picos ardientes, comprendió entonces que había mantenido los ojos cerrados demasiado tiempo, comprendió que había pasado la mitad de su vida con los ojos cerrados, se miró como un ciego pero no vio sino la noche.

Yalo no comprendía por qué ella había venido, pero al verla, se dejó caer sobre la silla.

Cuando él entró en la pieza, la chica sin nombre no estaba todavía allí. Entró tropezando, pues estaba cegado por la luz del sol que se estrellaba sobre el vidrio. Se mantenía en el círculo blanco, las manos atrapadas por las esposas, el cuerpo tembloroso y sudoroso. No tenía miedo, aunque el inspector iba a escribir en su reporte que el acusado temblaba de miedo. Pero Yalo no temía... Era la transpiración lo que le hacía estremecerse. El sudor, el olor extraño, salía de todos los poros de su cuerpo y manchaba sus vestimentas. Yalo tuvo la impresión de desnudarse en el interior de sus ropas; sentía el olor de otra persona y de pronto se daba cuenta de que no conocía ese otro hombre que se llamaba Daniel, al que daban el sobrenombre de Yalo.

Después la chica sin nombre había llegado. Posiblemente estaba ya allí cuando lo hicieron entrar en la pieza, pero no la había visto. Cuando la percibió, se dejó caer sobre la silla y tuvo la impresión de que sus piernas no lo podían sostener, fue presa de un ligero vértigo y le fue imposible abrir los ojos. Los cerró en forma resuelta.

El inspector chilló: “¡Abre los ojos!” Los abrió y vio un fantasma que se parecía a esa chica sin nombre. Ella le había dicho que no tenía nombre, pero Yalo había comprendido todo. Mientras dormía el cuerpo menudo y desnudo, él había abierto su bolso de cuero negro y anotó el nombre, la dirección, su número telefónico y todo y todo.

Yalo no comprendía por qué ella había dicho que no tenía nombre.

Su respiración era entrecortada, se diría que el aire alrededor de su rostro le ahogaba, no lograba hablar, pero al menos logró articular: “No tengo nombre”. Yalo hizo un movimiento con la cabeza y la tomó.

Allá en la cabaña, debajo de la ciudad de Gardénia, propiedad del señor Michel Salloum, allá, cuando la había interrogado sobre su nombre, había respondido con una voz desgarrada por la falta de aire: “¡No tengo nombre. Te lo suplico, sin nombres!” De acuerdo, respondió. Yo me llamo Yalo, no lo olvides.

\*Elías Khoury, *Yalo*, novela traducida del árabe de Líbano por Rania Samara, París, Actes Sud/ Sindbad, 2002.

\*\*El autor, nacido en Beirut en 1948, es actualmente redactor en jefe del suplemento cultural del diario libanés *An-Nahar*. Es autor de ocho novelas escritas en árabe, algunas de ellas han sido traducidas al francés como *La petite montagne* (Ardéa, 1987), *Le petit homme et la guerre* (Arléa, 1995) y también al inglés y al hebreo. Por *La Porte du Soleil* (2002) recibió el más importante premio literario palestino.

## Imperceptible

*Suso de Toro\**

Una indefinible sensación de malestar, cercana a la sensación de estar sucio, que me producía el aire del avión. El sudor en la cabeza, el cuero cabelludo húmedo y el pelo pegado al respaldo del asiento, el sol entraba por la ventanilla filtrado y me quemaba el brazo a través de la tela de la camisa, el cielo azul claro cegador y debajo un suelo de nubes continuas, bajé la cortinilla de plástico, tenía que encontrar la manera de descansar.

Nunca conseguía dormir en el avión, estaba asqueado de los aviones, de aquella vida, y en aquel asiento en la parte de de atrás, junto al estruendo de los motores, aún me era más difícil. Me trasladé al asiento contiguo vacío. Frente a mí, el pasillo del avión, todas las plazas ocupadas aquí y allí, codos y pies de gente adormilada. Puse mi asiento en la postura de semirreclinado, era insatisfactoria, lo sabía de siempre, no me permitiría dormir, cerré los ojos, el estruendo del avión se hizo más presente, insostenible. No podría dormir, tenía que aceptarlo y punto. Un asiento más adelante, al otro lado del pasillo, un hombre de bigote, sin siquiera quitarse la chaqueta del traje, se quedó dormido en cuanto despegó el avión y así seguía, allí estaba, inmóvil, respirando con la boca abierta, sumi-

do en un sueño profundo. Qué envidia me daba, seguramente él al llegar estaría descansado y yo, hecho polvo. Bajé la bandeja del respaldo del asiento delantero y cogí el maletín para abrirlo y extraer los papeles. Fue entonces cuando me fijé en la gota de agua parada en medio de la moqueta del pasillo unos asientos más adelante.

Debía habérseles caído de la jarra de agua fría a las azafatas o al sobrecargo cuando pasaron ofreciendo bebidas al pasaje, y se había quedado allí, parada llena de vida, sacudida por el temblor del avión. Era como si fuese un resto de vida en aquel ambiente artificial, un mensaje nacido en alguna fuente oscura de una montaña apartada y que siguiendo distintos caminos y después de muchas vueltas, habría sido destinada a ser servida en un vaso de plástico a miles de metros de altura y a ser engullida por un viajero distraído. Sentí una gran simpatía hacia ella, y entonces empezó a deslizarse, resbalando sobre las fibras de la moqueta, dejando una breve estela que no se desprendía de la cabeza de la gota, algún movimiento de elevación o descenso del avión la desplazaba hacia atrás. Si llegaba hasta mí y no me veía nadie, aproximaría mi dedo hasta ella y lo mejoraría. Se movía graciosa, seguía aproximándose, los movimientos del avión la hacían avanzar sinuosamente, como si caminase dudando hacia dónde debía ir, una cabecita decidida hacia delante. Y había llegado a la altura de mi vecino del asiento delantero, el hombre del bigote que seguía durmiendo, cuando se detuvo. Allí había llegado, no había estado mal, durante unos momentos fue como un pequeño ser vivo en el avión desafiando su destino de objeto destinado a ser consumi-

do, ahora probablemente acabase pisoteada, aplastada en la moqueta, por el zapato de alguien que se acercase hasta el váter. Ya iba a volver la vista con hastío a los papeles que tenía delante cuando ella empezó a moverse de nuevo y se dirigió hacia el zapato negro brillante del hombre del bigote, qué gracia, parecía saber adónde se dirigía, tan directa. Al llegar al borde de la suela del zapato ascendió por él desafiando la lógica y la ley de gravedad, siguió por la piel del zapato, perfectamente reconocible su brillo sobre los reflejos de la piel lustrada continuó por la superficie el calcetín negro de hilo y pasó a las piernas de piel blanca y peluda, se perdió por la pernera del pantalón arriba. Ya no la veía, había desaparecido. El hombre movió algo la pierna, como sintiendo incomodidad, y volvió a su respiración lenta y rítmica.

Me di cuenta de que tenía la boca abierta, la cerré. Lo que acababa de ver era cierto, acaba de ser testigo de cómo la gota aquella se le había metido a aquel hombre por dentro de la ropa. Como si estuviere viva. Estaba viva. Y no se disolvía en la ropa. Tenía vida e inteligencia, y le había entrado a aquel hombre dentro. Me adelanté a ver si la mujer que viajaba en el asiento delantero estaba despierta y había visto aquello. Dormía plácidamente con las gafas en la mano. Nadie lo había visto, sólo yo. El hombre se revolvió algo en el asiento, reconocí en sus movimientos que ahora la incomodidad le provenía del vientre, le andaba por ahí. Era cierto, no desaparecería atrapada en los tejidos, aquella gota tenía voluntad de seguir existiendo, no se rendía, seguía allí por encima del cuerpo de aquel hombre que continuaba su sueño. Yo no podía dejar

de mirar hacia él, aguardando cualquier cosa. Cómo iba yo a despertarlo para decirle que una gota de agua le había subido por la pierna arriba. Ahora el hombre se llevó una mano al hombro, andaba por allí, o ya había andado. Al momento, asomó lentamente bajo la barbilla por el borde del cuello blanco de la camisa, se quedó parada vacilando sobre la piel rojiza y sudorosa, como cogiéndose de la barba mal rasurada en aquel punto, debajo de la oreja, y de repente empezó a ascender hacia allí, avanzó por el borde del lóbulo, siguió una par de circunvoluciones del cartílago y entró limpiamente entre los pelos que se le asomaban en el hueco negro del oído. Había entrado. El hombre todavía se llevó una mano a la oreja y acarició el borde del oído, pero ya estaba dentro. Debía despertarlo. Pero no me atrevía. Seguí mirándolo. Ahora tenía la mirada clavada en su cara, que seguía respirando plácida, aguardaba algo en ella. Y ocurrió. Sin abrir los ojos, de súbito se puso tensa, la boca se movió un par de veces como pez fuera del agua y después supe que había muerto, la vida había abandonado aquel rostro, la cabeza cayó la-deada hacia el lado del pasillo. Había visto lo que tenía, lo que esperaba ver. Sacudí la cabeza, o mejor, era ella la que se movía negando lo que acababa de contemplar, me dolían los ojos de tenerlos abiertos, los cerré. No podía mantenerlos cerrados, tuve miedo de no ver. Los abrí otra vez y miré la oreja. Y allí estaba, se asomaba como indecisa, o espionando en el hueco del oído. Volvía a salir. Luego se lanzó rauda por la oreja de abajo y descendió todo seguido por el cuello hacia el interior de la camisa. Yo sabía bien lo que estaba haciendo, estaba recorriendo el cuerpo

muerto de aquel hombre de nuevo, la mano le colgaba del reposabrazos hacia el pasillo. Procuraba inútilmente descubrir por dónde andaba, pero aquel cuerpo muerto ya no respondía a la intrusión incómoda. Miraba con pánico el extremo de la pierna. Pero no acababa de aparecer. Y de repente la vi colgada de un dedo de aquella mano inerte. Brillaba allí, moviéndose con la vibración del avión. Y se soltó, la vi perfectamente. En un movimiento intencional, se había desprendido limpiamente y allí estaba de nuevo vibrando y destellando en medio del pasillo. Encogí las piernas y todo mi cuerpo más en mi asiento, adónde iría, qué haría. Y comprobé que se había ido desplazando con parsimonia hacia el otro lado, hacia el asiento de la mujer que tenía delante de mí. Quizás debería hacer que despertase. ¿Y si se vengaba de mí? No me lo perdonaría. Allá venía una azafata, debía decírselo. Traía la vista alta mirando hacia algún lugar detrás de mí, pasó a mi lado. Me retorcí en el asiento para mirar hacia adelante, la gota estaba parada entre el pie metálico del asiento y el tacón de la mujer, empezó a avanzar despacio hacia ella, como si ya no tuviese tantas ansias como antes. Y de repente se detuvo, sentí que me había visto. Me eché hacia atrás en el asiento, encogido.

No podía faltar mucho para aterrizar, veinticinco minutos. Tenía que pensar en algo, después vendría por mí. Me invadió un gran cansancio, ¿cómo no se diluía, cómo tenía aquella capacidad de pervivencia?

\*Nace en Santiago de Compostela en 1956. Ha publicado una veintena de libros, entre los que se encuentran: *Caixón desastre*, (Xerais); *Polaroid*, libro de relatos; *Land Rover, ambulancia*; *Tic-Tac*, novela; *Cuenta saldada*, novela (1996); El pueblo de la niebla: *Un viaje en el tiempo por la cultura celta*; *13 campanadas*, Ed. Xerais, (2004); *Ten que doer (Literatura e identidade)*, textos sobre literatura, artes y cultura editados por Rexina Vega, Ed. Xerais (2004). Ha recibido premios nacionales y regionales. Ha sido traducido al castellano, francés, catalán y holandés.

## La barra de pan

*Manuel Rivas\**

Tras el entierro, en el cementerio de San Amaro, habíamos ido al Huevito y luego al bar David para brindar por el alma difunta. Él estaba muy apesadumbrado, como si el peso de la caja continuase aún allí, en su espalda, y con ese aire de dolor culpable que tienen los hijos cuando se les va la madre. En su caso, la madre había tenido Alzheimer y confundía a su hijo con el hombre de la información meteorológica en la televisión. ¡Mira qué formal está!, decía ella. Y le mandaba un beso soplando en la palma de su mano hacia la pantalla.

Fontana interpretaba aquella desmemoria como una señal de protesta, de acusación directa por sus largas ausencias. Estaba soltero como todos nosotros y le iba la bohemia. Le llegó a tener mucha antipatía al Hombre del Tiempo. Hasta que O'Chanel le dijo un día: Es que se parece a ti, Fontana. Es igualito a ti.

Y Fontana se puso un traje de chaqueta cruzada como el de aquel Hombre del Tiempo y le dijo: Mamá soy yo.

Ya veo que eres tú, le dijo su madre sonriente. Mucho he rezado para que te dejasen salir de las isobaras.

En la barra del bar estaba Corea. Era un bebedor solitario que no se metía con nadie. Pero en lo poco que

hablaba, incluso cuando quería ser amable, le salían apocalipsis por la boca, que decía con una voz grave, como paladas de tierra. Por eso, cuando se acercó a Fontana, nos pusimos en guardia. Pero Corea le puso la mano en el hombro y le dio un pésame sorprendente: A los muertos hay que dejarlos ir. No hay que tirar de ellos hacia abajo. Hay que abrir una teja en el tejado. Y que el alma busque su sitio.

Sin más, se fue hacia la barra, bebió el trago que le quedaba, pagó la ronda y se marchó por la puerta sin despedirse.

Por un tiempo nos quedamos mudos. Es una bonita oración, dijo por fin O'Chanel.

La mejor, añadió Fontana pensativo.

Va un brindis por el alma.

¡Por el alma!

Es cierto, dijo O'Chanel. Es cierto que hay cosas que tienen alma. O dicho de otra manera, hay sitios en los que se posan las almas como los pájaros en las ramas.

O'Chanel siempre tenía un cuento en la recámara para tapar los tiempos muertos. Sólo necesitaba un trago para, según decía él, mejorar la prosodia. Había emigrado a Francia de joven, en uno de esos trenes que salían atestados de Galicia. Y le había ido bien. Oye, tú, iyo colocaba guardabarros en la Renault!, decía como un mariscal victorioso. Incluso contaba que había estado sentado con un filósofo célebre en la terraza de un café a la orilla del Sena y que el filósofo había tomado notas de cuanto él le decía. Por supuesto, aseguraba O'Chanel, antes me pidió permiso. ¡Ése sí que es un país con cultura y educación! Y es que

a veces le entraba nostalgia al revés: ¡Aún he de volver a París! Un hombre con prosodia allí es un galán.

Yo, una vez, dijo ahora O'Chanel, una vez me comí un alma.

Y miró a su alrededor, uno por uno, como quien pide tiempo antes de ser contrariado.

De niño, en los tiempos del hambre, mi madre me mandó con la cartilla de racionamiento. A ver qué daban. Siempre daban poco, pero cualquier cosa que entrase en casa del pobre era un majar. Nosotros vivíamos en la aldea, pero no teníamos tierras. Mi padre, ya sabéis, era obrero. Los labradores aún se iban arreglando. Venían los de Abastos, rapiñaban todo lo que podían, pero siempre había algo que echar al puchero. Pero el nuestro, las más de las veces, sólo tenía hueso para darle sabor al caldo de verdura. Y éramos muchos en la familia, una rueda de polluelos alrededor de la madre. Cuentas esto ahora y se ríen de uno, pero vosotros sabéis que era cierto.

Pues bien, mi madre me mandó con la cartilla. Me dijo: Anda, a ver qué dan.

Salí por la mañana temprano. Tenía que andar cinco kilómetros hasta Cambre. Dejé atrás la casa, oscura y ahumada, porque las desgracias nunca vienen solas y el fuego arde mal, se hace perezoso cuando no tiene sustancia qué cocer. Dejé atrás a mis hermanos, una letanía coral de llanto y tos. Y el día, por fuera, era como la casa por dentro. Con una niebla pegajosa, una roña fría y tristonera que envolvía todas las cosas y se te metía en la cabeza. Había algunos pájaros entre ramas y cercados, pero todos parecían estar de luto, ensimismados y con el capuchón

fúnebre. El camino estaba enlameado y yo buscaba apoyos de piedra para no empapar los zuecos, pero a veces resbalaba, hasta que el barro llegó a los tobillos y entonces me despreocupé, y me metía en los charcos adrede, como animal de agua. Por los lugares que pasé, la gente no parecía verme. Yo decía buenos días, miraban de reojo, pero no respondían a mi saludo. Era un niño invisible.

Así fue mi viaje hacia la barra de pan. Porque todo cuanto me dieron cuando mostré la cartilla fue una barra de pan.

Y volví abrazando la barra. Para mí, aquel pan tenía el color del oro. Ahora caminaba con mucho tiento, dando rodeo para encontrar el buen paso. Por nada del mundo podía resbalar y echarla a perder. Fue entonces cuando el hambre despertó. Yo la mantenía entretenida, adormecida, pero creo que despertó al sentir tan cerca el pan. Y, sin pensar, cogí un cuscurro. Y lo dejé ablandar en la boca, demorando sin masticar. Me sabía a todos los sabores. A dulce, a caramelo, a maravilla. Y ya noté que el día estaba clareando, con la niebla que se alejaba, deshiliéndose en los árboles.

Y los dedos siguieron agujereándole las entrañas haciendo bolitas de miga. Andaban a su aire, sin que yo tuviese cuenta de ellos, llevaban las migas a la boca como si fuese otro quien me las diese. Sí que era un bonito día. Nunca había reparado en los colores que tiene el invierno en Galicia. Con las violetas al borde del camino, los tojos que doran los montes, las flores de los nabales como inmensas alfombras palaciegas.

Otro bocado y los pájaros se ponen a cantar. El mirlo, el petirrojo, el gorrión, el reyezuelo, el herrerillo, el pinzón, la alondra en lo alto. Alegres parientes que no emigran.

Otro pedazo de pan en el paladar y las campanas de Sigrás que se ponen a repicar. No era un sonido fúnebre, como acostumbraban en aquel tiempo. Era un repique festivo, que recorría los campos como una alborada.

El mugir de las vacas y el canto de los gallos parecían himnos de abundancia y de vida. Un viejo apilaba estiércol en el carro, llenando la mañana de un aroma cálido que olía a las cosechas futuras, a cachelos cocidos y a borona, e incluso a las sardinas del mar.

¡Buenos días, chaval!, dijo Vulto, el viejo vecino que nunca decía palabra. ¡Feliz Navidad!

Aquel saludo cariñoso tuvo el efecto de una bofetada. Vulto era mudo y la Navidad había pasado hacía un mes.

Miré hacia abajo. De la barra sólo quedaba un polvo de harina en mi gabán. Ante mi casa, lo sacudí como quien sacude un pecado. Abrí la puerta y una docena de ojos, en aquella cueva ahumada, miró con brillo de ansia para mí.

¿Qué te han dado?, preguntó mi madre.

Un pan, dije, una barra de pan.

Para no retrasar más la penitencia, añadí a continuación: Me la he comido entera por el camino. Y dejé caer los brazos, acercándome a ella con desazón, deseando que me golpease bien fuerte.

Mi madre me miró de frente, como quien se pregunta en qué momento se estropea la obra de Dios. Pero

luego me llevó a su vientre y me secó la cara con aquel delantal que tenía, estampado en flores de manzanilla.

Y mi madre: ¡Has hecho bien, hijo, has hecho bien!

\* El periodista y escritor español Manuel “Manolo” Rivas Barrós, nació en La Coruña, 1957. Tras dedicarse con preferencia a la poesía en la década de los 80, se irá dando a conocer fundamentalmente como narrador a partir de los cuentos de *Un millón de vacas* (1990) y su primera novela *Os comedores de patacas* (1991). En ambas aparecen ya algunos de los elementos que cobrarán valor metafórico en su obra como referentes identitarios: la patata, la vaca, el pan, la rosa o el fútbol. *En salvaxe compañía* (1994) supone un logradísimo intento de ficcionalizar una vez más la tensión campo/ciudad pero incorporando mitos autóctonos. La concesión del Premio Nacional de Narrativa *¿Qué me quieres, amor?* marcará una nueva etapa en su trayectoria. En *O lapis do carpinteiro* (1996), llevada al cine, novela de un episodio de la guerra civil, y si en los cuentos de *Ela, maldita alma* (1999) o *As chamadas perdidas* (2002) profundiza en la creación de una lírica ‘realidad sentimental’, en *A mans dos paiños* (2000) reaparece la épica del mar y de la emigración.

## Alfiles

*Reina María Rodríguez*

Mi padre murió sin alcanzar el título de “Campeón nacional de ajedrez”. La fama no quiso acompañarlo hasta el final y murió dieciocho días después de haber cumplido los cincuenta años. Ahora, puedo comprender —cercana al arribo de esa edad, la semana próxima— lo joven que él era. (Yo acababa de cumplir los catorce y mi hija cumplirá ahora, los trece). Mi padre estaba en el cenit de su carrera de ajedrecista, cuando un coágulo le hizo la trastada.

A una semana de mis cincuenta julios, lo recuerdo. Era un hombre atlético y vital, un jugador y amante empedernido. De él aprendí el gusto por las piedras, los colores, el mar, la altanería (pero en alguna trama, seguro, perdimos resistencia) y hacemos tablas ahora, en la partida. No fue en el vicio ni en el amor (esa trampa de los sentidos quizás, mortal) aún no sé de qué carácter fue el error.

Después del vacío de su muerte y de la culpa que me persiguió por haberle dicho “egoísta” aquella mañana del primero de agosto en que lo vi, por última vez, a la distancia de los extremos de un pasillo alargado. Después de soportar muchas facetas jerarquizadas de esa culpa (que no es más que otra justificación o muletilla fácil para soportar ser “la víctima” de esa mandrágora que consume

también al padre) comprendo que sólo ha pasado un instante, un intervalo corto, entre su fin a los cincuenta años acabados de cumplir y mi proximidad a esa fecha que ya no es posible doblar como esta esquina del parque. Después, vino el olvido de mi padre.

Si el aferramiento (con todos los recovecos dolorosos, torturantes, de que somos capaces); si las sustituciones hechas poco a poco, no son más que aberraciones donde encontrar un eje o un sostén para acampar (y en cuántos hombres o textos quise yo acampar, ver a mi padre, su perfil moreno, la caída muñeco bisquí de sus pestañas) entonces vino después el olvido. Lo arrinconamos para ser famosos por un rato, para distraernos contra las pérdidas.

No sé quién tiene hoy sus libros de ajedrez que por años permanecieron encerrados en un clóset, sus pinturas de santos, algunas cartas (sólo conservo una foto en un bote de remos que se llamaba “El vencedor”, donde él descubre un torso triunfal contra las olas). He hablado de su mejilla prieta, de un lunar abultado, de su colonia gris impregnada en las camisas Mc Gregor; he hablado también de sus amantes, de las que ahora llevan el nombre de las protagonistas de mis bocetos de novelas. Pero todo esto que marca una defensa (una insuficiencia en la página) demuestra que mi padre me enseñó lo que es vivir en el abandono de un padre. Mi padre, sin querer (sin proponérselo) y sin la menor culpa, por supuesto (voz de trueno que hacía retumbar los cristales de aparador), me enseñó con aquel grito de despedida, ese límite (un abismo) que se llena con palabras abstractas, luego. Esa posición privilegiada que está entre el tener o no tener un padre. Y en

ese abismo (un cuenco) como también podría llamarlo, he colocado a todos mis amantes, textos, desprendimientos —boronillas, ripios, pacotilla, cachivaches—, que juntos no logran alcanzar lo que perdí: el amor de mi padre.

La soledad que quedó después (porque la soledad antes de ser una palabra abstracta es un doblez en la página) susto o promesa de que no volverá la palabra “egoísta” que se desprende sin querer de la boca de la niña y se convierte en eco, de manera que uno no quiere saber más de su contenido ni articular su vulgar sonoridad, y quisiera quitarla del resto de las palabras mortales, porque nos deja un hueco en el estómago, una tripa pegada contra otra (un tajo) esa inmoralidad de hambre que se siente más tarde, cuando la comprendemos en toda su resonancia maligna y es sólo una página que aún no está hecha o marcada ni por su envés, ni por ninguna parte, esperándonos para disculparnos un poco.

No he podido colocar la fama de mi padre en un lugar de mi propia trayectoria. No he podido colocar en los terrenos por los que él me aventuró (la piedra marfil con hocico de oso que encontramos en un cementerio de agua en Santa Fe aquella tarde) porque nunca he vuelto allí, o porque él nunca ha regresado. Porque no convencida de su muerte prematura, lo incluí en mi propio escenario robándome el suyo, más bien, ocultándolo. Porque no he tenido la fama (que es el coraje suficiente) para reivindicar su propia imagen sin apropiármelo, más que como repertorio cotidiano de quejas y de incapacidades.

Sólo una vez, pasando transversal a la esquina de “El encanto” (la famosa tienda de Galiano y San Rafael

convertida en parque después de un incendio que la consumió en segundos); cruzando en diagonal losetas perforadas por tantas pisadas, la estafa de estanque, los árboles arrancados por cualquier viento sur aficionado, vi su doble sentado en un banco (el otro pedazo de padre que me quedó), pero cuando retrocedí para buscarlo, ya no era él. Sólo un día, en un sueño, me llamó por teléfono y oí su voz, diciéndome la misma palabra con que nos despedimos: “egoísta”. Lo cierto es que nunca hice nada por reivindicar a mi padre y pretendí reconstruirlo, tragándomelo.

¡Pobre de mí! Por eso, él ríe ahora con sus amantes muertas (“Ricitos de oro”, las llamaba) con su colonia gris, con sus camisas de seda, cuando pongo una copa con un mar pacífico sobre el armario (por allí entrará cuando pase la fumigación, pienso) y vigilo si la lagartija que se esconde también y me engaña, habrá sobrevivido después de estos inventos de humareda y salvación para seres que pretenden tener dobles, fantasmas.

Quizás mi padre volverá por el reflejo del agua en la cubeta plástica puesta para las goteras del techo o se esconderá en la borra del café mezclado o entrará por otros “andamios del querer” (mala metáfora) salvando esa distancia que nos ha tomado treinta y siete años, miles de sílabas, de incomprensión, broncas y sustituciones imposibles para algún campeonato de simultáneas jamás realizado (con estilo o sin él) y donde no habrá tampoco vencedores.

Nariz y mejilla prietas. Papelitos sobrantes de los regalos vacíos de mis cumpleaños guardados en cajitas

chinas con formas nostálgicas de pirámide con palacios pintados a mano que nunca visité. Lazos de tafetán rajándose ante mis ojos dentro de una gaveta de la cómoda antigua. Etiquetas pegajosas en sus camisas (aún con la marca invisible de los besos con “pintalabios” que otras le daban). No son más que malas metáforas de un padre, ridículos envoltorios para sobrevivirlo. Pero me quedó una cosa importante, la mejor cosa que me enseñó a ser impresionista desde entonces: esta esquina llamada también “la esquina del pecado”, desde donde contemplo todavía en un rostro equivocado.

La tienda ha desaparecido con sus vidrieras, sus frágiles muñecas italianas y departamentos para encargos donde vendían ilusiones, artículos, curiosidades y hasta aquellas medias Casino que compré para que se las pusiera en el baile de mis quince años (las que nunca se pudo poner). Pero, aunque me vaya o me distraiga, dé la vuelta en la chiva que hace con su carretón ordinario y otro animal más joven el mismo recorrido por el escenario del parque, sigo sentada para sostener todo aquello que fue mi infancia. Los restos de un edificio art decó (paredes manoseadas) por el lujo de pensar que al quedarme y mirarlo, su fondo cuarteado caerá también sobre la página si regreso y ya no está.

Al pasar frente a otro derrumbe (un edificio que se limpió de basura recientemente) recuerdo los bares cerrados y repletos de escombros en la playa de Santa Fe, a donde él me llevaba. Aquellos escombros (latas vacías, piedras de mar pulidas, restos de algas ocre y trusas a rayas) todo con olor salobre al pasar, me llaman la atención

por los colores avivados en mi mente, vidrios rotos que ya no harán daño a nadie porque el mar los ha desactivado de su ambición de cortar. Pienso en el texto. Él existe cuando ha perdido como esos vidrios, la ambición de lograr una agresión real. Existen estos escombros frente a mí, y aquellos con olor salobre. Estos me son indiferentes (como si aún no tuvieran fondo) mientras los del pasado, reaparecen. ¿Por qué unos textos sobreviven y otros no?

Entonces, mi padre dijo: “Vengan siempre aquí cuando yo no esté...” y ésa fue la última vez que visitamos Santa Fe. Para lograr retener algo, había que dar la contraorden.

¡Era tan feliz cuando tocaba aquel guayo plateado, que un anciano me dijo (el de la foto) que sonaba como un caracol vacío y brillante! ¿Puedo rescatar aquel sonido al rallar con una piedra del derrumbe, el texto? ¿Por qué se fueron esas cosas que ahora vuelven con intermitencia? ¿Dónde se mantuvieron ocultas, y por qué se mantuvieron ajenas al trasteo? Así como protuberancias o bultos que de pronto enfilan por una bocacalle, en la oscuridad, los poemas estaban allí, configurados y anteriores al acto. “Desdibujos de recuerdos” —diría—, fragmentos de botellas ambarinas; pedazos de metrallas; restos de conversaciones (esas palabras que se desprenden de su panorama) y regresan con capital reciclado a un ajuste de cuentas al pasado.

Si reaparecen, son la barrera de coral que impulsa al movimiento subsiguiente... “He saltado sobre esta cordillera, aquellos arrecifes, el muro de cemento gris del parque, tengo que bucear o escalar lo más hondo de esa altura que se impone contra el tiempo” —nos dicen las estrellas.

Después, he nadado hacia los arrecifes prometidos confundiendo un tono verde petróleo, que es el color de cierta zona de mi mente. Cuando pegaba en las libretas escolares una fotografía, ésta tenía el color que buscaba, pero no me zambullí jamás en él. Busqué todas las fugas posibles para no restablecer ese color, su densidad de lugar prohibido en unos ojos. Marca de agua, inútil geografía de una costa perdida que me dejó mi padre. Por eso, saco piedras erradas, de aquí y de allá. Trasteo ese fondo pegajoso entre otros paisajes, pero no me atrevo a entrar a ninguno. La prohibición es absoluta. “...Si los paisajes se vendieran—dice R. L. Stevenson en *Travels with a Donkey*—como los recortables de mi niñez, a un penique en blanco y negro y a dos peniques cada día...”

Por dos peniques cada día he recorrido otras costas que aparentemente cambiarían la flecha lanzada, pero tampoco lo logré. No fue así. Al final, las libretas escolares con láminas recortadas sin mucha precisión (esos recortables de otros mares, otros ojos), me niegan la travesía que no hice. Me sumergí, pero sólo en la sustancia olvido que logra la única permanencia al volver. Siempre, claro, por rutas que nos mortifican y de las que no salimos ilesos nunca sin perder dominio de la sensación sobre ellas. Aguas malas donde quedó el poema con su mancha de salitre, intacto: era materia gelatinosa donde quedamos abrazados mi padre y yo. Fue mi vergüenza contra su pérdida, lo sé, sostener ese olvido monstruoso. Entrar por el pisapapel (burbuja de fantasía, ya no hay cristal) donde estaremos volteados para siempre en tono más turbio y hasta ridículo, para recuperar cualquier cambio. “Por eso estoy aquí” —grito, sujeta a la profundidad donde me dejó.



## Juego interrumpido\*

*Lisandro Otero\*\**

Aquel verano fue el tiempo de Cecile. Hilario Chan rectificaba una tela, en una tarde de agosto, tras el regreso de Banímar. ¿Cómo cambiar la perspectiva? ¿Cómo balancear la composición creando una masa en el extremo izquierdo? ¿Cómo mejorar el azul cobalto añadiendo una pizca de magenta en aquella estría feliz? Camila y Álvaro bebían en el jardín un ron añejo y aguardaban el instante en que el fanático heterodoxo se declarase harto de su jornada creativa y para salir a comer a la Fonda de Anacleto, cuando Cecile empujó la cancela de la entrada. Dejó su maleta junto al cactus del portal y el pintor fue el primero en advertirla, saltó de su silla y acudió a abrazarla. Daban saltos y giraban sonriendo, fuertemente abrazados. ¡Mira, Camila es Cecile, de quien te hablé! Sí, Camila sabía. El eterno retorno. ¿Quién pudiera vaticinar la consecuencia del reencuentro? La condujo a la habitación de los huéspedes, ahora invadida de rollos de lienzo, molduras y botellas de aguarrás. Trató de arreglarlo todo de inmediato, tropezó, cayó. Rieron. Camila ayudó con la ropa de cama, las toallas. Hilario sacudió el colchón y se alzaron nubes de polvo. Cecile desempacó lentamente, como para una larga estancia. Tras las efusiones el leal

amigo fue a la cocina a hacer su plato especial, calamares en coco. El Musicólogo se desplazó hasta La Servicial, no lejos de allí, y trajo una botella de Riesling. Comieron en el jardín, el ágape perfecto, el ambigú inolvidable, un psicolabis de dioses. Camila fingió estar a tono, pero mantuvo sus reservas, se distanciaba. Hilario interrogó a Cecile, ¿cómo le había ido en el trópico?, ¿insoportable el calor?, ¿a qué se dedicaba? Ella elogió los calamares. ¿Por qué los pintores serán tan buenos cocineros? Se acostumbran mezclando colores, son alquimistas. En los días sucesivos Cecile hizo visitas, compraba pan, acudía a misa. Las primeras semanas las pasó atareada. Después el hastío la venció. Pidió ayuda para comprar barro. No había olvidado su oficio desde que conoció a Hilario en París; en una esquina de su maleta traía sus escoplos, sus gubias, sus formones. El progenitor de la forma le desocupó una esquina de la inmensa sala. Las primeras jornadas pasaba la espátula sobre la blanda masa, la iba amansando, obligándola a la obediencia. Camila mostraba desinterés, pero se fue aficionando a la obra. Acudía cada día a casa del artista para ver los progresos en el trabajo de Cecile. Le fascinaba ver cómo aquella masa inerte se contagiaba de incandescencia, los arañazos y frotaduras se convertían en hálito o gemido. Lentamente aquella arcilla se transformó en poliedro, pájaro, cáliz. En el taller de San Andrés de las Vegas hacían moldes y endurecían la pasta en el horno. Camila la acompañaba y al retorno compraban pollos y sacos de maíz. En cada jornada construían una relación ajena a Álvaro e Hilario. Él se sumergía en sus gamas explosivas y al terminar la jornada se retraía, molusco al toque del limón, cargado de fatiga.

En esos días Hilario comenzó a realizar el desnudo de Camila en la puerta del baño con verdores marinos y la frescura de una odalisca de Matisse. Ella se inclinaba al cruzar sus muslos, el cuerpo inasible, casi una ráfaga, y los cabellos de oro, a la manera de Botticelli. Con su mirada anhelante, juiciosa, una niña cumplidora, de cordura irrestricta y a la vez deseosa de riesgos, poseía la transparencia de la luz criolla pero añadiéndole una violencia insólita. Una tarde Cecile confesó su deseo de retornar al figurativismo pero necesitaba un estímulo: le propuso esculpirla en un desnudo, tal como hacía el Maestro. Acordaron comenzar en ausencia de Hilario. Al inicio se sintió inhibida, no se atrevía a desvestirse ante otra mujer aunque sí lo había hecho ante muchos hombres. Daba vueltas por el estudio mientras Cecile preparaba el soporte, descubría el barro debajo del paño húmedo. Le trajo un vaso de vino. La modelo inexperta se distendió y comenzó por quitarse la falda, después, la blusa; cuando se despojó del sostén sus senos emergieron trémulos, fatigados. La escultora le fijó una posición: con la mano apoyada en la nuca, el seno derecho emergía de su declive como si fuera a alzar vuelo. Camila se despojó del panti y apareció su breve monte de Venus. Cecile comenzó a trabajar, la espátula corrió suavemente por encima de la terracota. Después de la primera hora le concedió un descanso. Eran largas las sesiones, se extenuaba al sostener la pose. Cecile confió en su vitalidad, no sería la primera en soportarlo. Camila se echó en el diván y se cubrió con un mantón. Hablaron de Europa, todo había quedado tan devastado; Cecile temía no hallar a sus viejos amigos, muchos murieron, sería un retorno doloroso.

Cuando Camila recuperó su pose ya estaba completamente identificada con su papel, no temía: Cecile era su amiga, no había dudas. Mientras posaba no miró hacia el verdor del patio, como antes, ahora estudiaba a Cecile, advirtió su nariz recta, sus labios martirizados, los cabellos peinados por zarpazos de tigre. Pudiera pasar por una romana del Imperio, una matrona preparando a sus hijos para el Senado o para el combate contra las tribus bárbaras. Su cuerpo honorable pero cortado a hachazos, era nervudo, como exigía la práctica de su oficio. Al terminar la sesión salieron al jardín. Cecile cuidaba los helechos, le gustaba ese amontonamiento de espuma glauca. Humedecía las hojas con un vaporizador, las protegía del sol con un lienzo, usaba una regadera de pico largo para enviar el agua hasta la base de los tallos. Cuando no los mimaba se mostraban malhumorados, las ramas se venían, la fronda se agostaba. Camila experimentaba una secreta rivalidad; querría atraer el mismo interés pero la hojarasca era una obligación para Cecile. Camila no podía dormir, comprimía sus muslos contra las almohadas, sentía el fresco roce de las sábanas de algodón en su piel, introducía su índice en la boca y lo chupaba con un candor infantil al principio, con frenesí después; su saliva se deslizaba por las comisuras de sus labios. Entraba un molesto resplandor por la ventana y pensaba en Cecile. La veía de pie, ante la arcilla, concentrada su atención en sus senos, en su talle. La perturbaba esa vigilancia. La tensión crecía. Se acarició y vio despertar el pezón. Movía las piernas sobre el colchón y la fricción la inquietaba aún más. La imagen de Cecile no desaparecía. Finalmente

pudo dormir con serenidad y en la mañana, después del café, fue a buscar a Cecile. No la halló. Abrió gavetas, pasó sus manos por encima de sus broches de madera, sus anillos de hierro, sus collares de semillas, abrió su pasaporte con una foto precipitada y deforme. Extrajo de su escarapate las faldas de lino, acarició las blusas de seda, sus chaquetas de terciopelo y pantalones de lana, el vestuario para dos climas. En el suelo se amontonaban los libros: la *Autobiografía de Cellini*, *Gigi* de Colette. Abrió un volumen con reproducciones de Henry Moore. En la primera página el estampado de su *ex libris*: una carabela con lonas hinchidas y oriflamas al viento.

Camila dejó vagar el tiempo. Su hermano la inició en los hechizos de la carnalidad. Jugaban en el jardín de la casa y la hizo caer a tierra con un traspíe. Ella quedó expectante, aguardando la próxima etapa de la travesura y él desabotonó su portañuela, extrajo un miembro enjuto y comenzó a orinarla. Le bañó el rostro y luego dirigió el escuálido chorro sobre sus incipientes pechitos. Camila sintió, con fruición, el tibio fluido mientras las gotas corrían por sus axilas de finos vellos pajizos; un ardor la poseyó y deslizó su mano hacia la fuente de la vida. Su hermano se alejó riendo y no se complació en ella, no era su intención entonces. Camila siempre se inclinó a una agradable turbación cuando el roce de una textura sobre su cuerpo la electrizaba, especialmente el de la seda. Más propensa al bienestar de los sentidos que a los rigores del examen teórico, se dejaba llevar por la claridad lúdica más que por el rigor reflexivo. En la escuela el profesor de matemáticas la miraba con especial insistencia, so-

bre todo si en un descuido ella entreabría las piernas y lo enardecía con el blanco algodón de sus braguitas. Cuando le entregaba los ejercicios de clase él siempre buscaba la manera de palparle los pechos con algún movimiento equívoco. Al recibir el papel avanzaba el brazo un poco más de manera que el dorso de su mano tocara el flanco externo del busto. Camila gustaba de aquellos frotamientos y esperaba que el profesor pasara a otra etapa de sus aproximaciones, pero la audacia definitiva nunca ocurrió y quedó frustrada. Una tarde, al quedar a solas en el aula, concluyendo una prueba, su condiscípula más cercana le mostró una verga de goma que extrajo de su maleta de libros, la había hallado en una gaveta de ropero de su madre. Durante el receso fueron juntas al baño y la amiga le mostró cómo se colocaba, pasando por sus ingles unas bandas de cuero que abrochó sobre sus caderas. Quiso que Camila ubicara el consolador entre sus muslos, pero ella se resistió y le pidió que lo besara, órgano viril de un hipotético novio. Obedeció y el contacto de sus labios con el frío falo fue estremecedor. No olvidaba la tarde en que su hermano se despojó de su cinturón y tras alzarle la falda, comenzó a azotarla en muslos y nalgas, menudas pero ya respingadas, dejándole unos verdugones rojizos. Sollozante, Camila advirtió, por la notable protuberancia en sus pantalones, la erección motivada por el castigo. La amiga solía invitarla a merendar en su casa para realizar juntas las obligaciones escolares. Discutieron por una diferencia acerca de la historia, esgrimió un almohadón y comenzó a golpearla como una divertida bufonada. Acaloradas por el combate abandonaron los cojines y se abra-

zaron, en un remedo de lucha grecorromana. Sus muslos se entrelazaron y Camila percibió el contacto del sutil vello púbico de su amiga contra su propio monte de Venus, apartados apenas por la fina bastida de sus pantaloncitos; sintió que se humedecía. El juego terminó cuando se percataron de que iban más allá de una diversión candorosa y cesaron abruptamente los retozos. Su tránsito entre la adolescencia y la plenitud fue conducido por su hermano. En las Navidades él recibió de obsequio una cámara fotográfica. Camila fue objeto de un cuidadoso escudriñar en las imágenes captadas por el lente hasta que él le propuso tomarle una foto de su sexo. Era algo insólito, dijo, poder guardar la imagen del pubis de una virgen, una rareza. En el garage de la casa accedió a someterse al pasatiempo y alzó su falda, se despojó de sus pantaletas y él oprimió compulsivamente el obturador. Mientras más se acercaba a su pelusilla naciente más se evidenciaba su excitación, hasta que la arrastró al piso y forzó su entrada. Ése fue el día en que descubrió que la prometida dulzura era un estricto ejercicio que podía ser cruel y ultrajante.

Cecile la invitó al barrio chino. El taxi las dejó en la calle Zanja y pasaron ante el teatro Shangai y la cartelera de sus filmes porno. La vieja jaula blanca las alzó hasta la soleada luminosidad del restaurante El Oriente, en el quinto piso. Las mamparas en torno a cada mesa aseguraban la intimidad. Comieron pollo almendrado, rollos de puerco agridulce y pato con bambú. Hablaron de Hilario, especie de dragón ingenuo con triste sensibilidad de violinista invidente; reiterativo y machacoso hasta el aburrimiento. Su prodigiosa egolatría era como unas fau-

ces devoradoras: amigos y enemigos, amantes y esposas, alegrías, aflicciones, esperanzas y arrepentimientos, ternuras, irreverencias y turbaciones eran consumidos con una bulimia inextinguible. No le fue posible vivir a su lado, pero al abandonarle surgía la nostalgia del tiempo transcurrido. Para Cecile esa amistad fue una experiencia miserable y gloriosa, pero irreplicable. Camila se lamentó de su postración. Hilario era como un hermano de Álvaro. Sin embargo, no podía compartir con él sus morbos ni sus fulgores. Después caminaron por el barrio y entraron en las tiendas de artesanía. La escultora apreciaba mucho los caballitos de tierra cocida, los leones antropomorfos y los perros barrigones. Cecile tomó de un anaquel una pequeña campana de bronce, con un timbre clarísimo, y la estuvo tañendo, alborozada, hasta el arribo del dueño, malhumorado. La hizo envolver. Un regalo para Hilario.

Cubierta con un tul finísimo, Cecile quería buscar un contraste entre lo visible y lo vedado, un contrapunto entre la incitación y el estorbo. Camila trataba de sostener su pose, de pie, en la tarima, ante la puerta del patio. La escultora trazó en la arcilla algunos planos con la espátula y abandonó el trabajo. La modelo, enhiesta, era una recompensa de sus viglias. Cecile tomó un viejo abanico de plumas en la vitrina del salón, abrió el varillaje, se acercó a ella, deslizó el flabelo por encima del cobertor; Camila sintió la enervante caricia y se estremeció de culpabilidad gozosa. Tiró el abanico y tomó de la bastonera una caña con regatón de plata y fue siguiendo con la puntera la línea de su cuerpo. Camila perdió la pose. ¿Qué deseas? El bastón continuó recorriendo su cuerpo

y se hundió levemente en el ombligo y siguió hacia el pubis. Camila bajó del pedestal y fue a refugiarse en el sofá. Cecile la besó por encima del lienzo, en la boca primero, un tenue contacto, apenas un roce, y siguió con sus labios la línea de la mandíbula hasta el cuello y allí se refugió en la oreja; su lengua recorrió los pabellones, acariciando sus meandros hasta lanzarse a un asalto profundo y Camila gimió, quebrada. Una semana después hicieron las maletas. Escribió una seca despedida. Cuando leyó la carta ante un Álvaro apesadumbrado, Hilario sonrió: había intuido la desertión. Ambos supieron que en algún momento Camila retornaría al apartamento de El Vedado, a la casa de Marianao, a los esplendores de la imaginación. Esa noche el pintor dibujó de nuevo. Hacía tiempo que deseaba repasar el óleo pero no existía ninguna vibración para quebrar la inercia. Abrió los celofanes con carboncillos y volvió a sus bloques de papel bristol, a su catedral imaginaria, santuario de la fe recobrada.

\*Fragmento de novela inédita.

\*\*Novelista, diplomático y periodista. Director de la Academia Cubana de la Lengua. Miembro correspondiente de la Real Academia Española y de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. En 2002 se le concedió el Premio Nacional de Literatura de la República de Cuba. Actualmente es editorialista de Organización Editorial Mexicana y su columna se publica en sesenta periódicos. Es autor de novelas, ensayos, testimonio y periodismo traducidos a catorce idiomas.



## Un paseo por Brighton

*Neus Aguado*

Lydia M. Crook vivía en Brighton cuando la conocí, si es que se puede decir conocer a ver a una mujer estrafalaria vestida en pleno agosto con un abrigo de pieles, un sombrero de invierno y un pañuelo anudado a la garganta. Paseaba con altivez y nadie parecía prestarle la menor atención, lo que me hizo pensar que era habitual verla por el centro de Brighton, pues lo más seguro es que viviese allí. Ni mi marido ni el amigo que nos acompañaba hicieron ningún comentario, yo tampoco, ellos estaban discutiendo y es muy posible que no captasen el ir y venir de la extravagante mujer. Tenía una edad indeterminada, aunque se acercaba a la sesentena, un orgullo muy marcado hacía que no se le tuviera compasión, en medio de la demencia esa altivez la salvaba de las burlas, incluso de ser percibida como una enajenada. Sólo su mirada y su atuendo delataban que estaba en otro estado de conciencia al habitual, ni mejor ni peor: diferente. Me llamó la atención.

Mi marido y yo habíamos ido de vacaciones a Gran Bretaña y el bueno de Peter King nos había invitado a pasar el día en Brighton; ya habíamos visitado el pabellón real de Jorge IV, habíamos bebido agua de las fuentes fe-

rruginosas del balneario, y habíamos comido pescado y patatas en la playa con la hermana de Peter, que residía en la hermosa ciudad. La hermana se había despedido y nosotros proseguimos contemplando la arquitectura del lugar, comprando litros y alguna postal antigua; aunque no es de la belleza de Brighton de lo que quiero hablar ni del para ellos canal inglés y para los españoles canal de la Mancha ni del imponente malecón “West Pier”. No, es de Lydia M. Crook de quien necesito hablar para intentar entender algo de esa persona absolutamente desconocida para mí y que había logrado captar mi atención tan sólo con su paso displicente y arrogante. Deduje que debió ser un personaje muy respetado ya que nadie ni taxistas ni camareros se mofaban de ella sino todo lo contrario, se notaba que el respeto persistía. Siempre me produce mucha vergüenza hablar en un idioma que no domino por completo y máxime si tengo que hablar con alguien que quizá, como era el caso, si no me comprendía correctamente no contestase, me insultase o cualquier otra cosa aún peor. No sabía cómo iniciar la conversación y mientras, mis acompañantes seguían casi peleándose. Estaba harta de la forma en que mi marido trataba a su buen amigo Peter, pues eran ellos amigos desde hacía veinte años, a Peter lo conocí en esas vacaciones y me pareció tan encantador y tan volcado en hacernos la estancia feliz en su país que no entendía cómo Marcos podía ser tan desagradecido. Para mí en aquel momento resultaba mucho más apasionante intentar descubrir quién era aquella mujer que desafiando el verano, por muy inglés que fuera hacía una canícula espantosa, caminaba con

parsimonia, dominando el espacio, dominando el mundo. Era más atractiva que bonita, la enajenación le daba un aire amable y no agresivo. Hubiese podido preguntar por ella a los camareros, a los taxistas de la parada, pero no era eso lo que realmente deseaba. Quería hablar con ella, conocerla mejor, aquí mejor no tiene sentido porque no la conocía en absoluto, pero lo he dicho porque me resultaba altamente familiar, como si un vínculo nos hubiese ligado en el pasado o me empezara a ligar a mí en ese presente de refrescos y espera, de bronca absurda entre hombres ya adultos, nunca supe por qué se enfadaban, pues cuando intenté intervenir mi marido me lanzó una de sus más hoscas miradas, así que me abstuve. Abandoné la mesita en la que estábamos sin que nadie me pidiese que me quedase y me acerqué a la mujer del abrigo de nutria. Ella siguió paseando sin que mi presencia le molestase o la alarmase. Le dije en castellano aquella expresión tan manida que usan muchos hombres para acercarse a una mujer desconocida:

—Creo que nos conocemos.

No me contestó y siguió su deambular, caminé a su lado e insistí:

—Perdone, pero creo que nos conocemos.

Me miró por primera vez, guiño un ojo —algo que me pareció poco aristocrático— y me dijo:

—Quizá usted me conozca, pero yo a usted no.

Su acento, aunque ya muy desdibujado, me pareció argentino. No me extrañó que me respondiese en castellano, lo único que me desconcertó fue el dejo de Entre Ríos, tampoco estaba muy segura, porque sólo conozco

de la Argentina, y no sin dificultad, los acentos rioplatense, cordobés, salteño, tucumano y entrerriano. Yo había vivido en la Argentina diez años, en Córdoba, trabajaba en el Colegio 25 de Mayo, y mi casa estaba en la avenida General Paz, en esa época aún permanecía soltera y mi madre, desde España, ya se había atrevido a decirme que si no me espabilaba corría el riesgo de quedarme solterona, al final le había salido el punto de castellana vieja y no entendía que no me quisiera casar, aunque toda la vida había hablado en contra del matrimonio y el suyo fue un desastre fulminante, desastre que sólo concluyó con la prematura muerte de mi padre. El recuerdo había pasado como una ráfaga por mi memoria y en ese momento la mujer se detuvo y dijo en inglés aunque sin una dicción especialmente trabajada:

—Soy Lydia M. Crook, me llamo casi igual que mi madre porque prescindo del apellido paterno, que es Marín. No la conozco y además tampoco creo que tenga ninguna necesidad de hacerlo.

Le contesté impávida en castellano:

—¿Por qué supone que yo sí puedo conocerla?

—Porque he sido modelo y grabado muchos anuncios en la Argentina y en España.

—¿Ya no trabaja?

Arrepentida de haber hecho esta estúpida pregunta, porque era notorio que ya no era modelo a pesar de que coordinaba mejor de lo que jamás hubiese sospechado por su desvaída mirada, le agradecí profundamente que no me contestara, tampoco parecía haberse molestado.

—¿Quiere tomar una copa? —dije vacilante, mientras miraba hacia la mesa.

En ese momento tuve la sensación de que dos hombres ajenos a mí proseguían con sus reconvenciones de años; ellos me parecieron los desconocidos, los extranjeros, los que habían perdido el encanto, además ni se inmutaron cuando me levanté, claro que estaba todavía en su campo visual. De repente, pensé que ya llegaría a Londres cuando me apeteciera, porque la señora Crook me estaba contestando:

—Beber es una de las pocas cosas que aún me interesan, conozco un lugar que le gustará, siempre acepto invitaciones a beber aunque tengo prohibida la bebida.

No me importó que tuviese prohibido beber y no se me ocurrió disuadirla, advertí que no estaba más loca de lo que pudiese cualquiera que hubiese vivido mucho años y que ya estuviese harta de la existencia de culebras de mucha gente. Fuimos a un pub, no me despedí, y ni Peter ni Marcos se dieron cuenta de mi partida. Lydia era una habitual del lugar, los camareros la atendieron con extrema corrección y la llamaron por su apellido, precedido del correspondiente señora. Este detalle me tranquilizó, ella bebía cerveza negra y yo agua mientras roíamos cuatro patatas. Mi bolso pesaba bastante porque lo había llenado con singulares piedras ocres y cuadrangulares de la playa de Brighton; se lo comenté a Lydia y me contestó:

—La primera vez que estuve en Brighton yo también cargué mi equipaje con esas piedras, tiene un poder de atracción que sólo percibimos los que estamos desequilibrados. Lo dijo con tal naturalidad que parecía un elogio, acababa de llamarme desequilibrada como quien llama preciosa, y así lo percibí. La señora Crook tenía una for-

ma muy peculiar de halagar el ego, desde que iniciamos la conversación en el pub no había dejado de decirme palabras hermosas, hablaba con muchísima precisión y nunca decía nada altisonante. Me confesó que era mentira que aceptase beber con la primera desconocida que se cruzara en su camino, pero que yo también le resultaba familiar, lo creí, estaba dispuesta a creerme cualquier cosa que me dijera. Seguimos charlando durante un buen rato, hasta vi que mi marido se acercaba muy serio, Peter se había quedado atrás.

—Podrías haber avisado, llevamos dos horas buscándote, menos mal que esto, en el fondo, es un poblacho. ¿Estás loca?

Entonces miró a Lydia M. Crook y dijo haciéndose el gracioso y pensando que Lydia no le entendería:

—Seguramente te ha contagiado la loca del pueblo.

Mientras hablaba me había cogido por el brazo e intentaba que me incorporase, me zafé de su mano y le dije que no tenía previsto volver a Londres por el momento, que se fueran ellos en el coche y que ya tomaría el tren.

—Ni hablar, yo no te dejo aquí, y además es muy tarde.

—No voy, Marcos.

Mi marido se puso lívido, acudió Peter, que había escuchado la conversación, y le dijo:

—Vamos, Marcos, ya conoce la dirección, ya es mayorcita.

E incomprensiblemente Marcos le hizo caso, y en vez de insistir o protestar me espetó:

—Tú sabrás.

Y se esfumaron, sentí un alivio inmediato; acababa de pasar lo que me esperaba desde hacía meses, por no

decir años, Marcos me dejaba en paz, en mi paz interior, aunque a él se lo llevasen todos los demonios ingleses. Lydia, que no había abierto la boca me sonrió y me dijo:

—Tengo el mejor whisky del país, ¿me acompaña?

Y yo la seguí. No pensé en que pudiese ser una psicópata ni nada semejante, me parecía la mar de natural que me invitase a su casa. Si reflexiono que hace veinte años no disponíamos de teléfonos móviles, aún me parece más increíble que mi marido se pusiera frenético en el transcurso de la búsqueda y que, después, —aunque a regañadientes— aceptase mi decisión de no regresar con ellos a Londres. El móvil nos ha sujetado a un tiempo continuo, exigente y trivial, y como resultado más inmediato intenta escamotear nuestro tiempo interior, ese ritmo necesario para poder sobrevivir entre tanto ajeteo. Debido a ese movimiento continuo hacia ninguna parte nos han hecho creer que necesitamos el móvil, y el móvil cumple perfectamente la función de omnipresencia que imaginara Orwell, y cuenta con nuestro agradecimiento, nuestro dinero y nuestra plena aquiescencia.

Cuando llegamos nos abrió la puerta una muchacha que le dijo en inglés:

—Ya estaba un poco preocupada mamá.

Y desapareció. Lydia me invitó a pasar al salón y me sirvió el whisky prometido, aunque sólo lo probé, me dijo que la excusara un momento porque le iba a pedir a su hija que nos preparase la cena. Cenamos solas, pues la hija a aquellas horas ya lo había hecho y se fue a leer a su habitación, según nos dijo.

—La tuve a los cuarenta y cuatro años con mi tercer marido, toda una temeridad, y una gran responsabilidad para ella, que me cuida como si yo fuese su hija.

Y añadió:

—Tengo 64 años, si es eso lo que se está preguntando.

—Yo tengo, justamente, 44 años —respondí— y estoy embarazada pero no de mi marido. Él no quiere tener hijos, ya tiene dos de un matrimonio anterior. Él no sabe nada, pienso separarme y tenerlo sola.

—Puede quedarse una temporada aquí, si lo desea, me encantaría sentirme abuela, ya sé que usted también es una Crook, lo supe en cuanto la vi.

## Ánima Alada

*Rosario Ferré*

Aquel silencio que me seguía a todas partes, pisando sobre mullidos colchoncillos, me convenció de que los gatos eran ánimas aladas. Ánima Alada era toda blanca, lo que implica ya una contradicción, pues los gatos tienen siempre algo de sombra y las sombras son inevitablemente negras. Pero Ánima se escurría por entre los muebles como una mancha de nieve que se resistía a derretirse. Era sata, pero hidalga por naturaleza. Jamás se rebajó a meter el rabo entre las patas, jadear con la lengua afuera, desgarrarse tras una presa y otras barbaridades por el estilo que suelen hacer los perros. Si el cálido ronroneo de su lomo solía ser, en un momento, la más maravillosa prueba de amor, también el inesperado zarpazo dejó muchas veces la huella de su paso.

Cuando Ánima estaba a mi lado, su calma se me contagiaba. Nunca tenía prisa, aunque tuviese hambre. Jamás se atragantó la comida, sino que la mordía delicadamente, hincando sus colmillitos en el paté de pollo o de ternera Gourmet Foods. Los gatos nacen con la sabiduría de la paciencia. Algo de chino sin duda hay en todo gato —quizá por eso nacen con los ojos rasgados.

Ánima era, como todos los gatos, un ser sumamente económico. Comía sólo lo necesario, aunque le dejaran el

plato rebosante de comida. Pero era su instinto de economía en el espacio que ocupaba lo que más me llamaba la atención sobre ella. Yo podía estar sentada durante horas mirándola. Su lengua, de punta rugosa y áspera, le servía de diminuto estropajo, y con ella se bañaba desde la punta de la cola hasta las orejas. Empezaba con los hombros, el lomo, las cuatro patas, y finalmente —lo que más trabajo le daba— el cuello, para lo cual tenía que girar la cabeza y a la vez mantenerla muy cerca del cuerpo con habilidad de contorsionista. Su cola, también blanca pero con punta de pincel negro, subrayaba la importancia que le daba a no ocupar ni un pelo más allá del espacio que le correspondía. Cuando se sentaba sobre las patas de atrás, colocaba las de adelante muy juntitas y cerca del cuerpo, y con la cola se daba a sí misma la vuelta, abrazando todo su perímetro.

Los ojos de *Ánima* eran dorados, pero con el iris rojo. En la oscuridad el rojo se destacaba más, y a veces me parecía ver cómo la sangre le circulaba por el cuerpo. Algo de ferocidad, de diminuto tigre de las nieves le quedaba en la mirada al traerme de vez cuando alguna presa: un arriero, una cucaracha o una lagartija —que depositaba orgullosamente debajo de mi silla en el estudio, mientras trabajaba frente a la computadora—. Era su manera de decirme diplomáticamente que ella no era una sanguijuela, que muy bien podía ganarse el pan y vivir por cuenta propia si quisiera. Su misión, sin embargo, era hacerle compañía a esas pobres mujeres que, por malgeniadas, torpes y demasiado celosas de su libertad, no lograban retener a un compañero a su lado por mucho tiempo.

Compartir el espacio respirado nos hace sentir menos solos, aunque el que remueva el aire junto a nosotros no sea más que una pequeña bestia, y por eso yo siempre dormía con *Ánima*. Terminadas las tareas del día, se subía conmigo a la cama y se tendía a mis pies sobre las sábanas. Yo leía por un rato antes de apagar la luz, y *Ánima* me miraba atenta desde su puesto hasta que yo alargaba la mano hacia el interruptor de la lámpara. En cierta ocasión en que estaba triste por una de mis muchas desilusiones amorosas, dejé de leer porque las lágrimas nublaron mis ojos y me empezaron a bajar por las mejillas. Entonces *Ánima* se levantó de donde estaba echada, se me acercó como una caricia de nieve y empezó a lamerme las lágrimas. ¿Quién se atreverá a negar que era un *Ánima Alada*?



## Piedras como estrellas\*

*Angélica Gorodischer\*\**

Que no existían las paredes, que el techo no tenía sentido, eso descubrió siendo muy pero muy chica.

—¿Qué le pasa a esta nena?

—Nada, ¿no ves que nada? Los bebés suelen hacer así.

—¿Así cómo?

—Así, poner esas caras.

No supo. Ella no supo de qué se trataba, pero lo sentía, y usted estará de acuerdo conmigo en que sentir y saber son dos cosas muy distintas.

Creció con eso, eso que fue pronto un deleite. Podía hacerlo y a veces bastaba con saber que podía. Otras veces había que salir de ahí cuanto antes y meterse, ir, partir, huir, zarpar, no sabía verbos, no sabía cuál usar, no los conocía, sólo hacía lo que había aprendido y a la par aprendía otras cosas. Salía, simplemente salía cuando se le daba la gana.

Es preocupante eso de crecer y ella lo hizo a los tirones, pero nadie se dio cuenta de nada porque todas crecemos a los tirones. Un día supo leer y escribir y chau, con eso había completado su aprendizaje. Las letras, ya se sabe, tienen sus secretos, pero en cuanto una puede

decir *quiero salir de este lugar*, hay literalmente años luz recorridos desde el bebé hasta ese instante: quiero salir de este lugar, y ya no hay secretos. Sólo que, ah, sí, sólo que las cosas no deben dejarse a medio hacer (acá entre nosotras le aclaro que madres y tías solían repetir eso con este dedito en alto y caras de serás como nosotras un día, y cruz diablo pensaba ella). Hay gente rara. Digo, entre toda la población del mundo hay una buena dosis de gente rara. Ella era no precisamente rara: no sabemos cuántas, e incluso cuántos hay que están capacitados quizá no para dirigir una empresa o para vender paco o para presentar escritos ante el juez o para curar la tuberculosis, pero sí para salir de ese lugar y que nadie nunca sepa nada. Ella era distinta; eso, distinta.

Cuando lo puso en palabras no supo si alegrarse o llorar. Puedo era para alegrarse pero soy única era para llorar o por lo menos retorcerse por acá adentro como si una cuchara le cambiara de lugar las tripas, el corazón y los epiplones. Bueno, que se acostumbró y empezó a gustarle.

Podía volar, vamos, digámoslo de una vez. Pero cuidado, digámoslo tal como era, tal como ella lo sentía, cuchara o no, llanto o tal vez sí. Podía flotar en el espacio negro, podía salir al vacío silencioso del universo y recorrer piedras como estrellas y estrellas como lagos y ver las naves de arena y oír el graznido de los pájaros siderales. Podía volver y nadie se daba cuenta, de modo que eso, además del placer y la extrañeza, eso le enseñó algo sobre el tiempo: que el tiempo es un invento maravilloso. Que en realidad no existe pero que quien lo inventó era

probablemente como ella aunque también probablemente tenía más pelo y se acostaba sobre el páramo a mirar hacia arriba y pensaba si es que eso se podía, ya, llamar pensar, que algo faltaba a su alrededor, algo que tenía que horadar el espesor de lo que iba desde su barriga hasta el helecho gigante más allá del agua, algo faltaba. Y así, presumiblemente pero casi seguro, así se inventó el tiempo. Ella, entonces, lo aprovechaba. Se iba, que no existían las paredes, que los techos no tenían sentido; se iba y al volver volvía en el mismo instante pero en ese mismo instante pasaban varias vidas bajo las palmas de sus manos.

—¿Qué le pasa a esta chica?

—Nada, está distraída, plena edad del pavo, qué querés.

Supo, más tarde, que flotar en el espacio negro del universo tampoco tenía sentido, que no servía para nada y en eso era parecido a la orografía y la hidrografía de Europa que les hacía estudiar la vieja de geografía, pero que al mismo tiempo le enseñaba cosas que tampoco tenían sentido y que eran como alhajas en una vidriera a la que nunca iba a llegar. Es que era precisamente eso: nunca llegaría. Y al año siguiente (física, química y literatura española) se dijo: *Y qué*.

No se trataba de llegar, óigame bien lo que le digo: no se trataba de llegar. Tampoco de esa cosa angustiada de buscar a alguien que sea como yo, ay, no quiero ser única. No. Se trataba de hacer lo que sabía, de irse, de moverse en el mar seco que era el aire; no, ni siquiera el aire. La nada. Tampoco, caramba, qué difícil se le hacía encontrar los nombres de las cosas. Tal vez no hubiera nombres. Tal

vez Adán, pobre tipo, dijo cosas alegremente vacías y alguien se las creyó y, dicen, propuso construir la torre de Babel. Bien hecho. Para qué nombres. Salía, sabía. Y por lo tanto las civilizaciones precolombinas importaban muy poco, casi nada.

De pronto, porque fue así, de pronto, de pronto fue feliz. Dejó de importarle la sangre que se le escapaba cada veintiocho días; dejaron de importarle las prohibiciones, los libros, las medias de seda, las amonestaciones y el futuro. Se dio cuenta de algo maravilloso: puedo hacer lo que otros no hacen y no necesito palabras para eso.

Sigamos diciéndolo lo más claramente posible: sólo con desearlo podía salir al vasto universo y moverse entre la música de los cometas, el grito de las supernovas, el murmullo de los anillos y los satélites, el silencio de los nacimientos de mundos, el rugido de las tormentas de polvo, el abismo como un vientre, los pulmones ahítos de espacio, los colores de lo negro, las sinfonías de lo que aún no ha nacido.

Ah, sí, porque no hay silencio allá en lo que nos rodea y nos solicita. Todo es voz y estruendo; todo es allegro vivace y rock; todo es himno y nana; todo es trueno y roce; todo es silbido y hervor; todo es bullicio y zarabanda; todo es estrépito y maremoto. Todo habla.

De día, de noche, cuando fuera, le era igual. Y no es que el turbulento espacio del universo sea siempre igual. Al contrario. Tal vez usted no me crea pero cambia segundo a segundo, segmento de microsegundo a segmento de microsegundo y ella se hamacaba en eso, quedaba encerrada en una burbuja de medio minuto de duración en la

que respiraba colores y hablaba con el fragor de los anillos de gas que rodean a los reyes del espacio, y salía sólo con un movimiento, apenas, de los talones, para zambullirse en el algo innumerable que iba a llegar a las lentes gigantescas algún día o al menos a eso que acá se llama día, otra burbuja aunque más sólida y extranjera.

Y así vivió y yo le digo a usted que vivir se dice de muchas maneras y que ella probó no todas y que algunas le interesaron y la mayoría no. Se enamoró y dejó de pensar en el espacio negro de allá afuera. Pero un momento: cuando tuvo que decidir qué hacer con ese hombre, ese hombre tan bello y tan dulce, se fue se fue se fue y estuvo girando entre luces y rocosos alaridos de lunas vertiginosas hasta que se dijo, esta vez con seguridad y cierto orgullo, que sería a sus ojos, a los de él, mucho más deseable cuando se enterara de qué era capaz. ¿Y si lo llevara conmigo?, pensó.

De modo que se lo dijo y él se rió muchísimo. Le encantaban, dijo, los sueños locos que ella tenía. Dame la mano dijo ella y se lo llevó con ella, no puedo ni siquiera tratar de decirle hasta dónde; hasta donde usted ni se imagina.

Al segundo siguiente, acá en este mundo, él le preguntó:

—Maravilloso. ¿Cómo lo hacés? Ya sé: me hipnotizaste.

Después de un segundo más ella supo que sabía, otra vez; que había aprendido, otra vez; que a los tirones, otra vez, había subido un escalón y había mirado de veras a ese hombre tan bello, ese hombre tan dulce. De modo

que a pesar de la desilusión de las tías, no se casó con él.

Hizo las paces con el espacio, con las piedras como estrellas, con los techos sin sentido, con el ulular del viento del sidéreo y vivió atenta y casi plácidamente, los cinco sentidos puestos en donde muchos no podrían siquiera empezar a comprender un color, una voz, una luz.

Se casó con un abogado, encantador, sensato y próspero con el que las tías estaban casi casi en un todo de acuerdo, y tuvieron cuatro hijos. Al primero lo llevó al espacio a los pocos días de nacido. Estás haciendo lo que nadie, sapito, le dijo casi como si le cantara, estás tomándote la leche de las estrellas. Y el muchachito chupaba goloso y la miel blanca caía del pecho redondo como caen las luces a las que se les pide en la noche tres deseos.

A la segunda no la llevó al espacio. Ni al tercero. Pero a la cuarta sí. No voy a tener más chicos, le dijo, así que vení conmigo. La muchachita gorda sonreía en la cuna. Vamos, le dijo. Y flotaron un buen rato y el tiempo que había inventado aquel peludo padre perdido en los milenios perdidos, las envolvió hasta que volvieron, más sabias, más felices, más abrazadas la una a la otra como dos plantas entrelazadas en una reja de oro.

Vivió muchos años. Viajó al espacio muchísimas veces, desde su cocina, desde la terraza, desde una fiesta aburrida, desde una clase, desde un transatlántico, desde un cine, desde la calle y la plaza y el supermercado y el auto.

Murió muy viejita, tranquila, con una sonrisa en los labios. No, su sonrisa no quedó en el espacio como la del gato de Cheshire, pero si usted se esfuerza tal vez pueda

ver la sombra de sus ojos, los de ella, en la luz rasante de un rayo dorado en las tardes de verano. Fíjese bien, pero no se deje ver, mire que es tímida y se ausenta enseguida.

\* Inédito.

\*\* Angélica Gorodischer: Rosario, Argentina (1928) escritora de reconocimiento local, nacional e internacional. Su vasta obra abarca el periodismo de opinión, y distintos géneros como la ciencia ficción, lo fantástico, lo policial y lo político, subvirtiendo y limando las fronteras entre los mismos. Adhiere al feminismo y la mayoría de sus personajes son mujeres. Tiene más de veinticinco libros de narrativa publicados además de ensayos y entrevistas. Ha sido traducida al alemán, al inglés y al italiano.



## La oveja rebelde

*Cristina Peri Rossi*

Todo sería más fácil si la primera oveja se decidiera a saltar. El campo, muy verde. La ciudad está a oscuras.

No salta, mirando ajenamente hacia un costado. Me detengo a analizar esa mirada. Es por los ojos que comprendemos que los animales son otra cosa. Pero ella se resiste a saltar. El último café que permanece abierto, cierra a las tres. Cuando abandono el lugar, los árboles están muy quietos. Algún auto rezagado atraviesa velozmente la calle, con una libertad de la que carece de día. Nunca había pensado en las ovejas, hasta que se me ocurrió contarlas. Parecía un procedimiento sencillo. Es la quietud, el silencio y la soledad de la noche lo que me mantiene despierto. Mis pasos que no quisiera escuchar, en la frialdad de la casa. El crujido de los peldaños al subir las escaleras, con su resonancia de madera reumática. Son los huesos, son los huesos de la ciudad los que suenan a esta hora en que todos duermen, y la oveja, la primera del grupo, se niega a saltar. Cierro los ojos. En la oscuridad de las pupilas se dibuja el campo verde, la valla blanca, el grupo de ovejas inmóvil. Miran hacia un lado y otro, distante, como si mirar no tuviera importancia. Entonces, trato de forzarla. Con los ojos cerrados, me concentro en el acto de

ordenar a la oveja que salte la valla. No sé cómo un hombre que no está dormido pero tiene los ojos cerrados puede hacerse obedecer. Me irrito conmigo mismo. ¿Por qué esa oveja obscena se niega a cumplir la orden? Trato de pensar en otra cosa, pero es imposible. Ahora que he convocado, en la oscuridad de la noche, en la soledad de mis párpados cerrados, y ella ha aparecido, con su gran abrigo de lana, sus cortas orejas y su simulada pasividad, no puedo ahuyentarla simplemente. ¿Cómo hemos llegado a invertir los papeles? *Yo soy el que manda*, tengo deseos de gritar. Permanecería indiferente ante este grito, también. No me escucha. La primera del grupo no siempre es la misma. Pero hay que ser un experto para distinguir una oveja de otra, especialmente si se tienen los ojos cerrados, si en la habitación no existe ninguna luz, y la ciudad está en tinieblas, si los árboles no se mueven y el teléfono no llama. En realidad, de la primera oveja sólo puedo decir que es la primera oveja. Nada la diferencia del resto, sólo que está frente a la valla blanca y que se supone que yo debería conseguir que saltara, para conciliar el sueño. Es muy posible que si ésta, la primera, se decidiera a saltar, las otras también lo hicieran. Sé que lo harían. Repetirían lo que ha hecho la anterior sin poner ninguna resistencia, y yo podría contarlas, una a una, a medida de que atravesaran la valla pintada de blanco. Entonces, dulcemente, el sueño llegaría, envuelto en nubes y vellones, en pasto, en números de prolija sucesión. Pero la primera, intransigente, se niega a moverse del suelo. A veces se acerca a la valla, pero sólo es para arrancar alguna hierba; no eleva la cabeza, no experimenta ningún interés por lo que hay del otro lado. Por momentos creo que ella piensa

que saltar es una tontería que sólo se le puede ocurrir a un hombre enfermo y cansado que no consigue conciliar el sueño. En realidad, ¿qué motivo podría llevarla a saltar? Por lo que alcanza a ver, el campo es idéntico del otro lado. El pasto es el mismo y no la estimula la posibilidad de apartarse del rebaño. “Vamos, vamos ovejilla, ánimo-te”, le digo. “¿No sientes curiosidad por lo desconocido?” Ella no me mira. En realidad, no consigo que salte, pero tampoco, que me mire. Creo que yo no existo para ella. Sin embargo, ella y su terrible resistencia son reales para mí. He de conformarme con mi ovejita rebelde. Pienso en gente cuyas ovejas saltan cada noche y deduzco que han de ser mejores pastores que yo. Mi rebaño es indiferente. No experimenta la emoción del riesgo, ni siente la aventura. La valla blanca constituye el límite aceptado de su mundo. “¿No crees que la valla es una opresión?”, le pregunto, a veces, a la primera del grupo. Ella no responde; permanece inmóvil, mirando hacia un costado, ajena a cualquier clase de inquietud. No es, por tanto, un límite. La valla no es límite. El hecho de que mis ovejas no salten, me confiere una rara distinción. No soy, pues, el dueño de mis ovejas. No las domino en la vigilia, lo cual me impide conciliar el sueño. No hay esperanza de dormir para mí.

—La oveja se niega a saltar—le dije a un compañero de la oficina, una noche, en casa, mientras jugábamos al ajedrez.

Él me había aconsejado, para dormir, el sencillo procedimiento de contar ovejas saltando una valla blanca. Levantó los ojos del tablero (sostenía en la mano su devastador caballo de dama) y con aire imperturbable (es un hombre que no se sorprende con facilidad) me dijo:

—¿Cuál de ellas?

—La primera —respondí.

Colocó su caballo de tal manera que sólo podía contribuir a mi ruina. No sé rematar la jugada, puedo ir ganando, pero ello me precipita irremediablemente en la pérdida.

—Fuérzala —me aconsejó, drásticamente.

Sólo puedo ganar cuando juego conmigo mismo, cuando mi mano derecha es rival de mi mano izquierda.

Esa noche, exasperado por haber perdido otra vez, a pesar de mi posición favorable y de contar con una pieza de ventaja, decidí forzar a la oveja rebelde. No bien me acosté, cerré los ojos y obligué al campo a aparecer, a las ovejas a pasar. Era el campo de siempre, y el rebaño, el mismo. Una oveja, no muy distanciada del resto, pacía cerca de la valla. “Salta”, ordené, imperiosamente. La oveja no se movió, no levantó la cabeza. “Salta”, volví a decirle, y creo que mi voz resonó en el silencio del edificio, de la ciudad en tinieblas. “Salta, condenada”, repetí. Ella no escuchaba mi grito, rumiaba alrededor de la valla, sin mirar más allá.

Entonces, me armé de un palo. No sé donde lo encontré, porque no suelo tener armas en la casa. Detesto la violencia. Blandiendo el palo, me acerqué a la oveja, a la primera del grupo. No pareció verme, y si me vio, el palo no significaba nada para ella. Lo agité en el aire, por encima de su nuca enrulada. El primer golpe se lo di de lleno en la cabeza, entre ambas orejas, y tuve la sensación de aplastar algo mullido, seguramente la lana espesa de los aros. Entonces, lentamente, la oveja volvió sus suaves

y oscuros ojos hacia a mí. “Salta”, le ordené, exasperado, pero al volverse, la valla quedaba a sus espaldas. Me había clavado sus ojos negros y, a pesar de mi furia, comprendí que la palabra valla no significaba nada para ella. ¿Cómo era posible que no entendiera una orden tan sencilla? “Salta”, grite otra vez, y el segundo golpe incidió sobre el mismo lugar, seco, feroz. Ahora la oveja retrocedió, trastabillando, de espaldas a los maderos blancos. Habíamos quedado separados del grupo, enfrentándonos; más allá de la valla se extendía otro campo idéntico: ¿había algún motivo para saltar? “Salta”, le dije otra vez, y al tercer golpe, un hilo de sangre comenzó a manar entre los vellones crespos. Su contemplación me excitó. La sangre se mezclaba con la lana, había filamentos de hojas y de tallos enredados en los vellones, tuve deseos de quitárselos, de acariciarla, de matarla, también. “¿Por qué no saltas, oveja del demonio?”, grite. Esta vez le golpeé en el lomo, en el aterciopelado, robusto lomo de la oveja que algún día iba a morir no de muerte natural, pero confiaba aún con pastar, con rumiar a lado de las otras, aunque yo no durmiera nunca, aunque el sueño me estuviera negado para siempre y el salto fuera el único modo de obtenerlo. En sus vellones se habían enredado abejas, hojas oscuras, diminutos tallos: la sangre, espesa y oscura, teñía un poco la lana: las demás ovejas pastaban, ella me miraba, me miraba sin comprender lo que yo quería, la valla estaba a sus espaldas, una inofensiva, simple valla blanca fácil de saltar, si uno se lo proponía. “Puedes hacerlo, salta”, grite, y volví a golpearla, otra vez sobre el lomo. Me pareció que algo crujía, pero no eran los maderos, no era la valla,

y ella continuaba retrocediendo, ahora estaba a pocos pasos. Para volver a golpearla yo tenía que avanzar, esto me repugnaba, ¿por qué era tan terca? Si se dignara darse cuenta, si fuera capaz de comprender lo que yo le pedía... sus patas trastabillaban, a cada golpe parecería más indefensa. Ahora va a inclinar las extremidades hasta morir, pero no va a saltar, no se elevará sobre la valla para que las otras la imiten; el palo estaba manchado, su visión me excitaba. “Así hay que tratarte”, le dije, entonces lo hundí en su vientre, aproveché su inclinación para asestarle allí otro golpe, no sabía que el vientre de las ovejas es rosado, soy un hombre de ciudad, no estoy acostumbrado a mirar ovejas, a contemplarlas del lado del vientre, esa panza blanca, ah, qué mullida era, la oveja expiraba, iba a morir en cualquier momento sin saltar, asesté otro golpe allí donde ella era rosada, la carne blanda, la delicada, tierna carne de oveja que ya no irá al matadero porque no saltó, porque no supo que la valla era un obstáculo salvable; cuando hundí por última vez el palo en sus partes blandas tuve un estremecimiento, una somnolencia me invadió, era dichoso, el palo estaba quieto, muy junto a su carne, la tibia, blancuzca carne que ahora tocaba con las manos ansiosas, pero si era esta tibieza, era este suave contacto el que me traía el sueño, comprendí que iba a dormirme, que manchado de sangre, muy pegado a las entrañas destrozadas de la oveja, todavía calientes, yo me iba a dormir como un niño muy ingenuo que no ha saltado todavía la valla blanca.



Impreso en México, 2025.  
Distribución gratuita.